

El oficio del investigador

Avatares y peripecias
de la investigación histórica urbana

JACQUES APRILE-GNISET

XVI CONGRESO COLOMBIANO DE HISTORIA
GUERRAS, REGIONES Y MEMORIA
OCTUBRE DE 2012

JACQUES APRILE-GNISET

EL OFICIO DEL INVESTIGADOR
Avatares y peripecias de la investigación
histórica urbana

XVI Congreso Colombiano de Historia

Diseño de cubierta: Miguel Cabezas Gómez

© Jacques Aprile-Gnisset

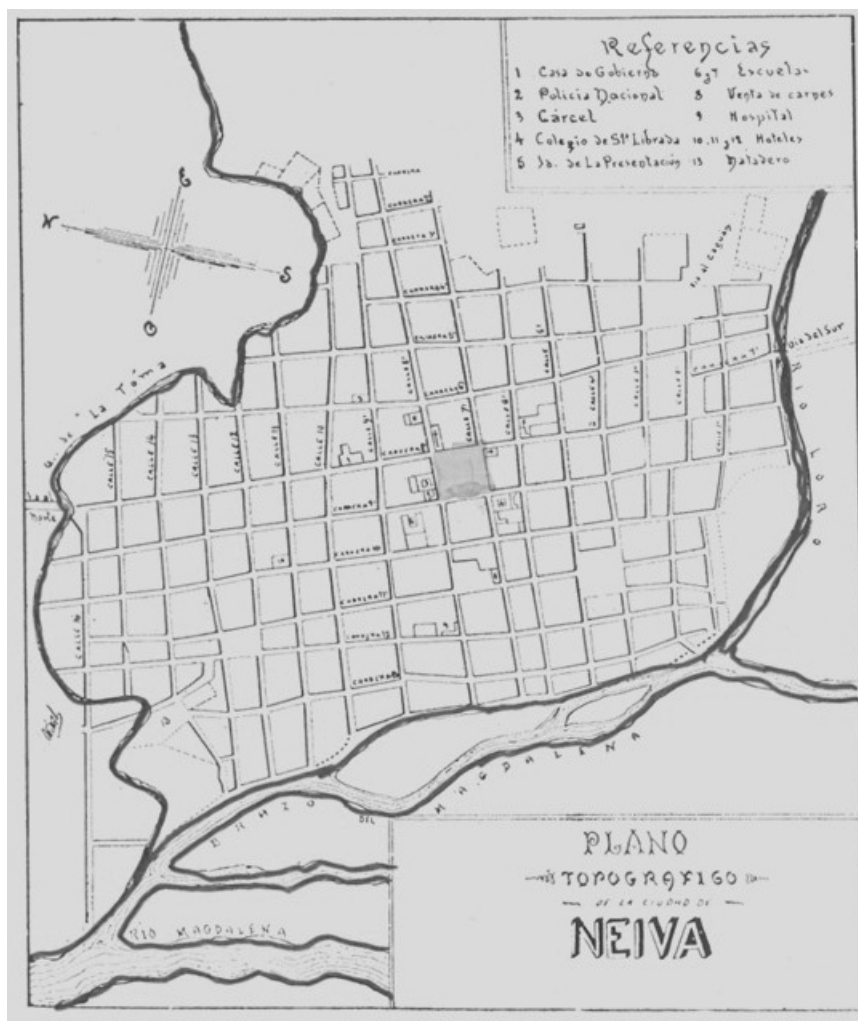
Universidad Surcolombiana
Asociación Colombiana de Historiadores
Maestría en Conflicto, Territorio y Cultura
© 2012

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

EL OFICIO DEL INVESTIGADOR

Avatares y peripecias de la investigación
histórica urbana

Peripecia: *«Suceso imprevisto que cambia el estado de las cosas, que rompe la monotonía»*. Diccionario Planeta de la lengua española usual.



Plano topográfico de Neiva, comienzos siglo XX.

EL INVESTIGADOR

No nací con especial vocación para esta tarea de la investigación histórica urbana; no tengo particular inclinación o calidad para ella y tampoco encontré la receta universal en bandeja de plata. Lo poco que sé, lo aprendí en la práctica, en el error y en las derrotas: trabajando. Hoy día no vengo aquí con verdades, fórmulas o doctrinas; pero sí con dudas y convicciones, y alguna que otra reflexión en torno a unas prácticas. En definitiva, soy un neófito en este oficio, y a pesar de mi formación universitaria, soy en este campo un autodidacto. Mi propósito no es de convencer, sino de exponer cómo actué y actuó a diario ante determinadas situaciones **y para lograr un determinado conocimiento**. Un conocimiento surgido de necesidades propias, para mi deseo y mi curiosidad, con el fin esencial de alegrar mi vida; algo distinto al saber con mayúsculas, cargado de erudición, de prestigio y de solemnidad. Por lo tanto, no pretendo, de ninguna manera, que mi camino sea el único, ni tampoco el mejor.

De entrada es necesario decir que tuve la suerte y la desgracia de interesarme en algo que no interesaba a nadie. Entonces no encontré ni ayuda ni limitantes; el desierto. Una total libertad y soledad. Me tocó desbrozar y lo hice, paso a paso; no abrí una autopista, **apenas una senda** en la selva. Es que la tarea y mi meta me obligaron a aprender los rudimentos de varias disciplinas del conocimiento en las cuales estaba yo completamente ignorante. Por ejemplo, me tocó reelaborar unos parámetros de estudio de la geografía urbana. Lo que aprendí en la Sorbona y los barrios de París con Pierre Georges o con Chombart de Lauw poco me servía en un país tropical colonial; insisto, colonial. La historia universal de la ciudad que me enseñaron Pierre Lavedan y Maximilien Sorre nunca había mirado por este lado del planeta. El curso de estadísticas y las densidades

de Auzelle, no daban cuenta de la problemática demográfica que encontré en Colombia, y no sabía cómo relacionar la teoría de Colin Clark sobre el equilibrio urbano a partir de los tres sectores económicos, encontrando aquí una situación concreta totalmente diferente. Tan diferente que en algún momento **me tocó dividir el terciario y considerar la indispensable adición de un «sector cuaternario»**, si se puede decir.

Y me tocó aceptar la existencia en estas latitudes de una forma peculiar de hábitat urbano, de una ciudad históricamente reciente e inacabada en su proceso básico si se puede decir. Es decir con una forma material todavía incipiente y en obra, incluso parcial, incompleta y en muchos casos aun muy rudimentaria, incluso rústica. Una urbe donde la expansión diaria, con los injertos de sus múltiples metástasis, producen un cuerpo híbrido y con dispersión espacial que contradice lo que aprendí y experimenté en nuestras viejas ciudades compactas y finitas.

Al fin de cuentas me convertí en especie de todero atrevido, situación bastante incómoda. Me volví espacialista, algo así como un especialista del espacio y de los hábitats de Colombia.

Ahora veo la salida del túnel, pero fue largo y oscuro el camino. Con toda la humildad necesaria quiero comentar este trabajo investigativo con carácter exploratorio que se llama “La ciudad colombiana”.

Con todo, si por algo llaman la atención mis trabajos, pienso con lucidez que será más por su novedad que por su calidad; y más por el peso del papel que por el peso de las ideas. Es que soy urbanista, no soy historiador, eso tengo que decirlo de entrada. Y doblemente atrevido, pues voy a hablar de Historia sin ser historiador, y de Colombia siendo extranjero.

Esta breve presentación resulta de una reflexión generada desde mis prácticas laborales en un determinado campo del conocimiento. Por lo tanto, quizá mi exposición sea muy concreta, algo pragmática, y no alcance la altura teórica que lograron otros ponentes de este evento.

LOS INFORTUNIOS DE UN INVESTIGADOR

Con frecuencia se aborda un campo de estudio que proporciona un activo, que tiene historia y un cierto patrimonio, un acervo, un cúmulo previo; en otras palabras, se parte de algo. Por desierta que sea la playa en la madrugada, encontraré las huellas de dos pies.

En mi caso no había nada, en absoluto, fuera de un ensayo de Carlos Martínez que salió poco después de mi llegada al altiplano; me aportó más interrogantes que respuestas. Por desgracia decidí estudiar la cuestión urbana en el momento en que todo el «parque investigativo» del país estaba focalizado, y con sobrantes razones, sobre las cuestiones agrarias. No encontré nada ni nadie, y hasta diría que éste fue el hecho accidental y anecdótico que me impulsó.

Es necesario indicar aquí que una bibliografía sobre arquitectura y urbanismo en Colombia quizá no pasaría de veinte títulos, y eso que se duplicó en los últimos diez años. Hoy los que entran en la tarea encuentran muchos apoyos en las obras, desde luego muy diferentes, de Alberto Corradine, Jaime Salcedo o Germán Téllez, los pioneros; luego vienen los trabajos de Néstor Tobón, Hans Rother, Margarita Serje, Silvia Arango, Samuel Jaramillo, Benjamín Barney. Por su parte Germán Colmenares ofrece una mirada innovadora sobre la sociedad de ciudades coloniales como Popayán o Cali. Este fondo no existía cuando abordé el tema en 1966, a mi llegada a la Universidad Nacional.

En cuanto a la historiografía de la ciudad era aun sumamente reducida: Bogotá, Cali y Buga, Cartagena, Tunja, Bucaramanga, Popayán, Pereira. Son obras generalmente tupidas, de concepción arcaica y muy a menudo ilegibles. De cada página brotan héroes y batallas, victoriosas desde luego, desbordan próceres, benefactores adinerados, pia-

dosas matronas asexuadas, obispos bondadosos y ejemplares; envueltos desde luego en una sucesión de aconteceres tan memorables como la visita de Rafael Núñez, la llegada del primer avión, el carnaval inolvidable de 1924, y de anécdotas fútiles o vulgares, y otros cuentos o leyendas de novias tísicas o “ultrajadas”, amantes trágicos, fantasmas maléficos y cornudos vengadores, listas de notables o del cuerpo de bomberos desde la Independencia; y el imprescindible lienzo milagroso encontrado por una humilde -pero digna- lavandera en la quebrada del pueblo. Son obras salidas del corazón más que de la razón y del cerebro, de la veneración más que de la reflexión. Y el “vía crucis” de la veneración mítica, en mi opinión no es el mejor “camino” para el conocimiento ...

Tampoco lo es, a mi parecer, una costumbre que muy a menudo practican unos afamados historiadores. Consiste, cuando se carece de datos precisos y auténticos, respaldados y fechados, en acudir al milagroso sanalotodo de “la tradición”, sin más ni menos. Una “tradición” a la cual sobra la d, y que no pasa de ser una vieja mentira con canas, ya aceptada y legalizada como patrimonio legítimo.

Aquí debo señalar -y celebrar- una excepción y decir que el único texto que se reveló de máxima utilidad para mis trabajos, fue un pequeño ensayo titulado “Tunja y sus vecinos”. Lo escribió con mucho saber y sensibilidad una señora que no conozco y que se llama Vicenta Cortés; lo descubrí por casualidad en una revista que me dieron hace poco unos amigos de la UPTC. Con todo eso, como vemos unos escriben historia con falsas “tradiciones” que son auténticas traiciones, otros con respeto y la máxima precisión.

Además, cuando existe, esta historia de la ciudad es aquella fragmentaria y mutilada del centro geográfico, por haber sido escrita desde “el centro”, es decir, desde la visión y la ideología del núcleo social central. Se escribió desde un balcón con vistas sobre la Plaza Mayor; desde un sitio dominante y para complacer la clase dominante. Nunca incorpora la periferia, por ignorar las masas “periféricas” de la sociedad urbana. Éstas son las turbas, o “la plebe de los arrabales”, “las montoneras” o “el común” cuando no la “chusma de la negredumbre”. Son seres que se miran con desconfianza o temor, y que no son dignos de ser considerados como materia prima histórica; gente minúscula, que apenas sirve para agregar ceros a las estadísticas, con la cual no se puede escribir Historia con mayúscula. Escrita por los poderosos o mediante contratación de alguno

que otro escribiente hambriento o mercenario, esta historia se elabora para la glorificación de los poderosos, y de inmediato se incorpora a su patrimonio ideológico.

Entonces, la Historia deja de ser una disciplina científica y se vuelve sencilla instrumentación del ideario vigente; un arma más en el arsenal del poder, concebido más para el óptimo manejo del presente, que para la evocación nostálgica del pasado. Es hagiografía urbana más que historia urbana; un escollo en mi senda, más que un apoyo. Afortunadamente no hallé una abundante bibliografía histórica urbana; ni su escasa ayuda, ni su estorbo.

Afortunadamente finalizando el siglo e iniciándose el siguiente, nos llegó un soplo nuevo y una visión renovadora con los trabajos sobre Bogotá de Alberto Saldarriaga, de Carlos Niño y de Germán Mejía ; de Ángela Guzmán en San Gil, El Socorro y Barichara; de Fernando Botero sobre Medellín; de Edgar Vásquez sobre Cali ; de Luis Fernando González sobre Quibdó y sobre Supía , o de Lina María Sánchez Steiner sobre Mocoa. Y seguramente algunos más que no conozco.

Mi interés fue inicialmente de carácter profesional. Estudié Urbanismo, mi oficio es el diseño de la ciudad y ésa era mi tarea cuando llegué a América. Pero enseguida me di cuenta que no podía trabajar con una materia prima de la cual ignoraba todo. Lo que se me confirmó con un primer descalabro profesional en Popayán ; luego experimenté otro fracaso en Quibdó, y después un tercero, en Neiva. Todos originados en mi ignorancia absoluta de la situación real y concreta de la cuestión urbana colombiana. Con la mirada parisina, yo andaba por la séptima en busca de palomas y de los Campos Elíseos ...

Al poco tiempo me percaté de que en las esferas oficiales a nadie le importaba que la ciudad tuviera o no un diseño y un rumbo. El gran asunto, entonces, era pegar uno a otro los parches dispares del “arlequín urbano”, construir casas y barrios, kilómetros de cuartos, pero no ciudad. Es más, descubrí que la falta de rumbo beneficiaba a unos y que la ausencia de política urbana era precisamente la política oficial escogida; el “laissez faire”, en provecho de un suntuoso caos y de un saqueo inclemente del cual surgen victoriosos los bancos, de un día para otro, como agresivos hongos.

Pero la ciudad no es un champiñón que brota en una noche, surge y madura de un día para otro. La ciudad nace y madura, más bien de un siglo para otro. En Colombia (y

quizá por doquier) verifiqué que **la ciudad, considerada como elemento constitutivo de la organización territorial de una comunidad, es decir, como parte de su hábitat, sólo surge en un momento ascendente de la trayectoria histórica de dicha comunidad**, nunca en su ocaso. Todas, sólo adquieren poco a poco sus “dimensiones” de ciudad, no sólo tamaño sino vocación urbana; lo logran al calor del pulso de la sociedad, y con el tiempo. Entonces en su transcurrir se modifican tanto su tamaño como su papel y sus necesidades; unas exigencias desaparecen otras las sustituyen. Hoy, muchos centros urbanos de Colombia ya no tienen el rol que originó su parto, o aquel que tenían hace apenas cincuenta años. El estudio de su transcurrir y de sus avatares es aquel conocimiento útil que permite, no sólo explicar eso, sino detectar lo que puede ocurrir, y pronosticar las tendencias futuras.

Por lo tanto, derrotado tantas veces por mi propio candor decidí alejarme del oficio: me pareció más interesante buscar la trayectoria del pasado de esta ciudad que diseñar su futuro, por lo demás muy incierto. Así empecé, pero todo se agravó cuando mi interés pasó de profesional a pasional, volviéndose enseguida obsesivo.

Aquí y antes de seguir, es preciso indicar una circunstancia que iba a incidir poderosamente sobre el trabajo y su resultado final. Como bien se sabe, cada ciencia dispone de un abanico más o menos amplio de herramientas técnicas del conocimiento y del trabajo investigativo; los análisis que posibilita la química, los archivos, las matemáticas y las estadísticas, los instrumentos de mediciones, etc.

Encontré una tal carencia que me tocó usar todo, lo que fuera, de donde proviniera, por mediocre o sospechoso que fuera. Desde los documentos falsos o mutilados en las notarias hasta los libros de Cabildos con páginas arrancadas, desde mapas apócrifos o “corregidos”, sin fecha ni escala, hasta dudosos censos de población o estadísticas complacientes pero a todas luces mentirosas, desde archivos carcomidos o saqueados hasta rápidas observaciones y mediciones in situ, desde la literatura y la biblioteca hasta el viaje.

Entonces se inició el vía crucis de los avatares de tipo doméstico. Aquí mi exposición se torna mera enumeración, se convierte en un fastidioso catálogo de las numerosas dificultades operativas. Es aquí el mal genio de un burócrata pueblerino, acá la cita frus-

trada con un testigo que se murió el día anterior, la desconfianza de unos herederos mostrando el baúl pero no lo quieren abrir -se perdió la llave-. Al anoecer y con un “mar bravo” entre Jurubidá y Nuquí , es un lanchero tan codicioso como inepto, y la ola sorpresiva abriendo una fisura de tres metros de largo en la lancha carcomida; un entrevistado prevenido y parcializado, casi mudo, o sibilino y que falsifica los hechos; en un legajo del juzgado el folio que estoy buscando es el único que falta, arrancado, entre mil folios; y en Tunja o en Caloto sin saberlo estoy hablando con aquel que robó unos documentos en un archivo, y desde luego no tendrá el descaro de mostrarme estas joyas.

Así fue, y todo eso en medio de penurias monetarias vergonzosas y situaciones laborales kafkayanas, un vuelo cancelado, un carro que se vara, no “salieron” los viáticos y no hay plata, que en Colciencias dicen que ... que Colcultura dijo que .. y es un pueblo sin hospedaje ni teléfono, y en Natagaima un hotel decrepito sin agua ni sábanas pero con putas famélicas y lastimeras, el cheque que “salió” a las cuatro, cerrado el banco desde mediodía, ay que pena doctor, y mi vuelo es a las seis; la plaza tétrica de El Dovio llena de “pájaros” amenazantes; de madrugada en Pitalito los agentes viajeros en los corredores de la “Pensión del Motorista”, cada uno con la barriga afuera y su cepillo de dientes en la mano; los estudiantes paisas que cambian un programa de encuestas en Santa Fe de Antioquia por una borrachera en Sopetrán; la secretaria de una notaría boyacense que decidió tomarse la tarde y se fue con las llaves; en la mitad del río Atrato el motorista oficial y sindicalizado que apaga el motor a las doce en punto y hasta las dos p.m. en punto; en un caserío cordillerano y quindiano los cuatro policías enloquecidos por su miedo y que toman posición detrás del parapeto cuando me bajo del carro; un notario frustrado y alcohólico; un inspector de policía amargado pero todopoderoso y con el palillo entre los dientes; el Índice de un archivo que “se perdió”; el agente del DAS siguiéndome paso a paso (con mucho gusto lo acompaño doctor); un secretario de alcaldía conservador que acaba de ser despedido por el nuevo alcalde liberal; entre Santa Marta y Cañaveral los dos aduaneros sudados y corrompidos que me quieren extorsionar para darme paso al sendero de Pueblito, “un billete de su país mister , para nuestra colección”. Ritualmente, después de media hora de cola, en el momento que me

va a atender, desaparece el operador de la fotocopidora: “ya vuelve se fue a desayunar” ... o “se fue la luz”.

En Anserma son los tenebrosos enanos con su mirada fija a la altura de mi ombligo, y sus armas ocultas debajo de amplias ruanas; unos concejales que me “agasajan” en un prostíbulo patético de las afueras de Popayán, Neiva o Pitalito y que huele a pachulí rancio con cilantro; un gobernador que decidió hablarme en francés, “¿Aodoyoudo me-sie?”; un funcionario que me dio cita para el viernes y había salida de puente desde el jueves; el burócrata chocoano corrupto que me recibió con el único fin de pedirme “un empujoncito doctor” para que su hijo medio tarado y con diploma comprado, entre a la universidad por la puerta trasera; y legiones de funcionarios famélicos, de estos que deben su cargo más a una complicidad que a una capacidad, y que me reciben tomando tinto o leyendo la prensa, o me contestan evaluando mentalmente cuanto me podrán cobrar, etc.

Si usted piensa viajar a Bogotá para dedicar dos o tres días al Archivo Nacional, llame primero para estar seguro que no están pintando el edificio y que no está cerrado por inventario. Recorrí durante dos días los ríos Anchicayá, Raposo y Mallorquín; un caserío, dos, tres, cuatro, cinco sin encontrar ningún inspector de Policía. De regreso con mi libreta virgen, me enteré que estaban todos en una reunión citada por el alcalde, en Buenaventura, de donde venía yo ... En la Alcaldía de Santa Marta me detuvo la fiesta de cumpleaños de una secretaria, a las tres de la tarde, un día hábil, habilísimo. En otra oficina para conseguir lo que busco tendré primero que transar en la polémica que mi llegada desató entre tres empleados, a saber “si es más fácil de aprender el inglés que el alemán ¿qué opina doctor?”, litigio capital y apasionante siendo que ignoro ambos idiomas.

En veinte caseríos del Atrato central tuve que aceptar un cambio de identidad y una extraña celebridad. Me volví Aníbal Smith, por lo que los moradores decidieron que era yo, de viaje por Colombia, el personaje de un programa que veían en el televisor del tendero paisa. Con eso, adquirí en estas orillas selváticas más popularidad que el mismo presidente. En la Gobernación de Santander el portero me informó en un idioma que él cree ser inglés que era día cívico; el motivo me resultó enigmático. En otro pueblo,

atravesándolo de paso un martes, el funcionario que me recibió con mucha amabilidad me aseguró que el jueves me dedicaría todo el día ... Por el contrario, este bibliotecario tunjano tan amable como erudito, me dedica toda la tarde, y muy servicial va sacando unos veinte libros; todos, menos aquel que necesito, “se lo llevó el doctor fulano, claro que se fue para Bogotá pero la hija está en la casa, si quiere la llamo ...”.

En la Alcaldía de Cartagena los que me atendieron en este venerable tugurio decidieron fingir que no entendían lo que les decía y estaba buscando. De lo contrario, hubieran tenido que abandonar sus sillas y caminar hasta unos estantes. Y les cuento que es difícil acceder al archivo de la Gobernación en Manizales cuando la mitad de la ciudad, a las tres de la tarde, está viendo por televisión el partido Brasil-Francia. En cuanto a relaciones con las oficinas públicas, en Medellín sé que no puedo hacer ninguna pregunta a una secretaria sin antes haber contestado yo a éstas cinco: que de dónde soy, que cuánto tiempo hace que vivo aquí, que si me amaño en Medellín, que si tengo familia, y que si soy casado. Sorpresiva excepción a la regla nacional, en las dependencias municipales de Barrancabermeja se inicia el trabajo a las siete de la mañana. En dos días pude seleccionar los documentos que buscaba, para ir luego a una fotocopiadora. Tan sencilla tarea se demoró tres días más porque la guerrilla del Opón había dejado a la ciudad sin luz ... Además y por doquier, soy siempre la víctima preferida del imprescindible bobo del pueblo. Son avatares del oficio ...

Moraleja: Aprendí a consultar el calendario deportivo y de festividades varias en el momento de diseñar el cronograma de una investigación. Aprendí también a no reír y quedarme serio cuando hablo con alguien que se llama Renán, Flobert, Víctor Hugo, Diógenes o Euclides, Hoover, Sócrates, Edinson, Nelson, Wilson o Jeferson, Rosenberg, Ladidi o Lindbergh; incluso Newton, Darwin, Rusvelt, Esenover, Usnavy o Bismarck.

Obviamente, tengo mil anécdotas más para una antología tragicómica sobre “Los infortunios de un investigador”. Pero quise citar con eso unos casos de dificultades de tipo doméstico, para mí mucho más frecuentes y molestas que las angustias de carácter metodológico o teórico. De hecho, el ideal de exactitud y de rigor al cual aspiro, a cada paso está interferido o derrocado por estas triviales realidades de las prácticas cotidianas.

Pero, oscilando entre la rabia estéril y la desesperación que sólo lleva al infarto, escogí la risa; así encontré la salida por la puerta saludable del humor. Pues, como bien anotó alguien: “En tono de broma se puede decir todo, incluso la verdad”.

Lo anterior no significa que estoy exento de obstáculos de tipo teórico, y puedo citar el ejemplo del tamaño tropiezo que me tocó enfrentar cuando abordé el estudio del nacimiento de las ciudades de conquista del siglo XVI. Estaba armado con el postulado de Marx y Engels retomado por Castells, sobre el crecimiento de las fuerzas productivas, su presión para el ajuste de los medios de producción y de las mismas relaciones laborales, la subsiguiente división técnica, social y espacial del trabajo y finalmente la separación y el antagonismo dialéctico campo-ciudad. Miraba la ciudad considerándola como producto máximo y más acabado de la división del trabajo, una separación de origen social y con manifestación espacial.

Manejaba -y sigo manejando- una concepción resueltamente materialista de la ciudad, mirada como el óptimo lugar de concentración de excedentes, flujos de productos y mercancías para su intercambio y consumo, de mayor acumulación del dinero y, por ende, de la más eficiente centralización del poder ideológico, político y militar para el dominio de un determinado ámbito territorial. En otras palabras, la ciudad vista desde la razón como hábitat de mayor socialización del individuo y, por tanto, de más intensa conflictividad; la quintaesencia de contradicciones sobre un metro cuadrado de suelo.

Sin embargo, encontraba una situación peculiar, aquella de la exploración militar colonialista, **fenómeno histórico en el cual se invierten las fases de construcción del hábitat**, surgiendo primero la ciudad, digamos en el desierto, es decir, sin que se cumplan previamente las condiciones de su supervivencia. En el proceso de poblamiento se transita obligatoriamente desde el núcleo «insular» intensivo (lo urbano), hacia la posterior expansión territorial extensiva. **La ciudad, si se puede decir, se adelanta a sus premisas, no resulta del dominio y de la explotación territorial sino que los antecede; puesto que con su existencia previa los posibilita y que su persistencia los exige.**

Por ende, en los siglos XVI, XVII e incluso XVIII **lo rural procede de lo urbano, siendo que la sociedad española urbana era el mayor productor de hábitats agrarios.**

Pero hacia fines del siglo XVIII, y más que todo a lo largo del siglo XIX, se invirtió el proceso y se devolvió la ola. Si la intervención colonialista foránea había adulterado el proceso “natural”, las masas autóctonas habían corregido la desviación.

Situación algo incómoda, el manejo concienzudo del materialismo dialéctico, me llevaba a invertir las fases de un modelo marxista, y a **enfrentar la ciudad armada “de entrada” y la ciudad “de salida” de la producción agro-pecuaria.**

No obstante, el máximo escollo contra el cual tropecé fue la arcaica y sumisa ideología imperante, tanto en los diversos círculos sociales como en la misma universidad. Me resultó sumamente difícil trabajar usando los postulados e instrumentos del racionalismo científico en una sociedad dominada y nublada por una religión anacrónica y en bancarrota, impregnada de mitos paralizantes y de magia primitiva, y que no ha logrado, ni ha intentado siquiera, “la emancipación de las ciencias naturales respecto a la teología” (F.Engels). Dudo mucho del investigador dispuesto a ayudarme “si Dios quiere”, o que me facilita el documento extraviado, pero encontrado “milagrosamente, gracias a Dios”.

Hoy en día todavía mi visión parisina del “neo-clásico franco-chibcha de las cordilleras”, choca mi audiencia, ofende a profesores y estudiantes. Nunca hubieran pensado que este edificio tan lindo del “patrimonio nacional” como dicen, sería considerado por otros como porquería apátrida y un “pot pourri” (popurri) mal copiado de una postal de París o Viena. Y es así, porque considero que el neoclasicismo en estas latitudes surgía en una sociedad donde mandaba un grupo carente de espíritu creativo o de ideología estética propia, y además afanosamente imitativo. Su arquitectura urbana no podía ser más que un simulacro torpe de neoclasicismo, y la manifestación construida burda del neocolonialismo entonces imperante en todo el país.

Con estos dos ejemplos, se evidencia la importancia que tiene para mí colocar adecuadamente este país, (como objeto de estudio) en su situación política de satélite, de nación bajo tutela; bajo “protectorado”, tal como lo pensaron en algún momento tanto Bolívar (1830) como Mariano Ospina Rodríguez (1854), y tal como lo hicieron Núñez y después Reyes; y luego, cada uno a su manera, otros veinte mandatarios hasta el actual y el próximo.

Pero antes de mencionar múltiples dificultades, es preciso señalar un hecho que iba a facilitar considerablemente las labores: el carácter nuevo o reciente de la ciudad colombiana. Por su poca edad es aún, en la mayoría de los casos un compuesto “químico”, social y espacial relativamente simple, es decir, de poca complejidad. En algunos casos no pasa de ser una proto-ciudad en su fase embrionaria, una ciudad “simplificada” si aceptan este calificativo, y rudimentaria, si no se ofenden por este vocablo. En mi país, construir la trayectoria de una ciudad puede significar un recorrido de mil o dos mil años, viajando de un modo de producción a otro, transitando uno de un ámbito social a otro; de poco interés además, puesto que otros ya lo hicieron.

Por lo tanto, después de unos años de aprendizaje, aquí aprendí a manejar para su conocimiento, una gama relativamente reducida de temas, indicadores , variables, y pocos instrumentos de medición y análisis. Un pueblo nacido en los siglos XVI o XVII, generalmente estuvo conformado por pocos componentes urbanísticos, y los suelos estaban asignados en su casi totalidad a la vivienda y algunos edificios religiosos. Adquirida cierta práctica, su análisis no presenta dificultades particulares.

De tal modo que optamos obligatoriamente y por razones meramente operativas, por un absoluto “eclecticismo investigativo” si se puede decir, lo cual significa acudir -sin prejuicios pero con la máxima cautela- a una total heterogeneidad informativa, técnica e instrumental. No nos podemos dar el lujo de despreciar una sola fuente, por defectuosa o sospechosa que sea, si nos puede proporcionar información, o inclusive meros indicios.

Entonces, manejamos todas las fuentes disponibles, y practicamos **las múltiples modalidades posibles y asequibles de indagación**. En otras palabras practicamos en las labores diarias **“la combinación de todas las formas de lucha y de investigación” para vencer nuestra propia ignorancia**. No se asusten, no hay nada “subversivo” en este postulado. Con él, sencillamente estamos resumiendo una actitud básica para alcanzar cierta exactitud y lograr la máxima productividad.

En un caso concreto, “la combinación” se concibe como el máximo aprovechamiento de todo lo que me ofrece “el mercado”, sobre el tema. Manejar en las pesquisas todas las herramientas disponibles que se revelen útiles, usar todas las técnicas de indagación que estén a mi alcance.

1- El conocimiento adquirido. Es probable que disponga de un mínimo acervo, bien sea por mis trabajos anteriores, bien sea por aquellos de los demás. La lectura será el método, el libro el instrumento más acertado.

2- La observación. Con las encuestas de campo tendré el contacto directo, libre y sin intermediario, con la realidad del objeto de mi interés.

3- La entrevista. El diálogo será la herramienta para profundizar las observaciones de campo, y para escuchar los eventuales protagonistas o los usuarios del hecho indagado.

4- La cartografía. Con cierta frecuencia encontraré una secuencia cartográfica que me permita seguir las etapas de una evolución. En algunos casos mi objeto ha sido registrado en una iconografía antigua. La podré comparar con fotografías de este siglo, o con la primeras aerofotografías de los años 30 ó 40, y éstas últimas con las más recientes.

En la práctica cotidiana, “la combinación” significa que en tal o cual estudio estamos dispuestos a usar simultáneamente los más heterogéneos instrumentos de trabajo. Tomando un caso concreto, si pretendemos analizar el pasado y la trayectoria de la arquitectura colonial en Cartago, sabemos de entrada que tendremos que combinar el manejo de una gama amplia de herramientas. Habrá que investigar los archivos documentales de Bogotá y aquellos que son locales, acudir a las descripciones de Holton, excavar en las mapotecas, examinar las colecciones de fotografías aéreas, buscar estadísticas del siglo XVIII, decriptar el minucioso censo de población de 1771 para intentar un ilusorio ejercicio de geografía social urbana, perder tiempo en lecturas tan fastidiosas como estériles, analizar la cartografía catastral urbana escala 1/500, y realizar unas pacientes

labores de observación y registro in situ; incluyendo este un arriesgado vuelo fotográfico sobre el centro de la ciudad, a 200 pies de altura, en un pretendido avión en tela roja que pilota una viejo alemán, y que más se parece a una cometa para niños.

En otros casos, la “combinación” puede ser más pragmática y algo trivial; tiene por único fin enfrentar de la mejor manera posible la estrechez de nuestro presupuesto. Significa que este dato que está en el Codazzi, en el Dane o en el AHNC, es inaccesible porque la universidad no puede financiar el viaje a Bogotá. Pero si alguien nos invita allá, trataremos de “exprimir” al máximo el pasaje aéreo, para “matar dos pájaros con una misma piedra”, mejor decir, con el mismo avión.

DESCRIBIENDO LA TRAYECTORIA

En un primer momento quise captar y consignar lo que estaba ocurriendo; eran los años 60, veía la gente llegando de los campos, hinchando pueblos y dilatando ciudades, veía surgir cantidades de situaciones urbanas y sociales nuevas, para mí insólitas, o enigmáticas algunas; vacas en el andén, gallinas poniendo en la cama de un rancho, el café o el cacao secando en la calle entre camiones, recuas de mulas llevando ladrillos a un rascacielos en construcción usando andamiajes en guadua, el ganado de don fulano atravesando la Avenida 3a sin respetar el semáforo, un fogón de leña en el patio, y oír un gallo en pleno centro de la ciudad, mirando el tráfico desde una terraza en tercer piso... Por eso quise entender, con motivos exclusivamente personales y sin más propósito que conocer algo que ignoraba. De ahí que la fase actual de la urbanización moderna fue el objeto privilegiado de la primera mirada del forastero. Así tenía que ser, y éste fue el inicio.

Es un hecho casual y un dato fortuito, que auspiciaron en 1967 los primeros pasos. Entre mis remembranzas, quedó grabado un sendero polvoriento de Neiva, arriba del batallón, hacia la meseta y sombreado por mangos; un barrio en construcción, con guaduas en bruto o en esterillas, cartones, plásticos; y pasando de un rancho a una choza la misma respuesta se repetía, con el mismo gesto de la mano indicando la blancura del nevado: “nos vinimos de Marquetalia”. Lo más patético era que estos labradores derrotados en la montaña, harapientos en sus tugurios, habían tenido el valor de expropiar en forma solidaria la orilla de una quebrada urbana, la Toma si no estoy mal. Peor

aún, estos indios sin vergüenza, aquí al pie de la Brigada, tenían el descaro insolente y magnífico de llamar su barrio “Marquetalia”. Así se inició para mí un recorrido que se prolongaría durante años.

Trabajé varios años (y hasta ahora), en asoció con mi compañera Gilma Mosquera, y hacia 1972 habíamos logrado acumular un material abundante, suficiente para hacer un alto. Con distintos métodos operativos y variados instrumentos estadísticos pudimos clasificar y ordenar este material, darle una primera organización general y luego realizar mediciones, cálculos, etc. Entonces conseguimos un primer panorama -por lo demás muy gráfico y visual, con mapas, usando una simbología en policromía y una técnica de superposición de calcos- que nos permitió reflexionar sobre el momento actual. De eso salió un ensayo -lo veo hoy con un ojo demoledor- en el cual pudimos consignar y precisar algunos tópicos meramente cuantitativos relativos al fenómeno moderno de urbanización del país. Esa fue la primera etapa. Por parcial que era el resultado, por lo menos, habíamos podido formular unas preguntas e hipótesis y concluir con unas respuestas y unas tesis provisionales.

Pero mientras estábamos trabajando sobrevino el censo nacional de población de 1973, lo que nos obligó a considerar una última etapa; con lo cual pudimos verificar algunas tesis y rectificar otras. Por ejemplo, las estadísticas de 1973 nos enseñaron algo muy importante: la “puja” de la concentración urbana de la población estaba disminuyendo (en cuanto a ritmo y tasas), y se evidenciaba que había pasado la ola mayor de los años 40-50 y 60. Esta tesis se reforzó doce años después con los datos del censo de 1985. Con ellos pudimos constatar la persistencia de nuestras indagaciones durante más de quince años. Luego, se volvió a verificar nuestra tesis, cuando publicaron los primeros datos del censo de 1993, que más tarde se comprobaron en el 2005.

Se puede señalar aquí que nuestras tesis sobre la urbanización, algo novedosas, chocaron de inmediato y de frente, contra la escuela sociológica-demográfica colombiana y su líder en esa época, Ramiro Cardona, vocero entonces de las corrientes norteamericanas antinatalistas. Tardó diez años éste en admitir el papel de las luchas

de clases en los campos colombianos y la responsabilidad de la oligarquía, en la concentración urbana de la población.

También nos tocó enfrentar una corriente supuestamente marxista en busca de proletariado pero no en las calles o las escasas fábricas sino en las bibliotecas. Ella veía aquí, en este trópico andino, como en un espejo, la copia del fenómeno capitalista industrial francés-inglés del siglo XIX. Nos ganamos insultos a granel en el Ceis o en el Cinep, en la Nacional de Bogotá o de Medellín, y otros sínodos de prados o cafeterías. Algunos de esos antiguos apóstoles “maomertos” son ahora ministros, resueltamente apóstatas, que usan a diario y profusamente nuestros postulados, pero nos insultaban cuando eran intransigentes “pequineses” dedicados al excitante concurso mundial “soy más marxista que tú” ...

Aquí, y mediante un corto paréntesis se sitúa mi primer descalabro de investigador comprometido con los derroteros de la sociedad. Resumido en pocas palabras así fue como recibí mi primer balde de agua fría.

Perfectamente sostenida y respaldada por un abundante material empírico, tanto factual como estadístico, me atreví a exponer una tesis relativa al peso demográfico comparado del secundario y del terciario urbanos. Se evidenciaba una marcada disminución del sector proletario de la industria fabril, y el crecimiento continuo de las capas intermedias.

Este postulado fue inmediatamente adoptado y explotado en Bogotá por aquellos que menos me interesaba pertrechar; unos grupos políticos con orientaciones que no comparto. Mientras tanto, mis propios amigos ideológicos vieron en esta tesis algo así como una peligrosa herejía. Enseguida la negaron ciegamente y la rechazaron rotundamente, por no coincidir entonces con un dogma, respaldando su equivocada estrategia del momento. Aquí termina el paréntesis, aunque no la amargura, y no es consuelo alguno que hayan reconocido en 1995 la validez de lo que detecté en 1974.

Entonces, hacia 1974 teníamos un primer cuadro de la situación moderna. **Mirada desde la dialéctica, la urbanización intensiva reciente presentaba dos etapas: aquella**

meramente cuantitativa de “la acumulación originaria”, no del capital, sino de la demografía, a la cual se articulaba la fase siguiente, esencialmente de transformación cualitativa de la sociedad y sus ámbitos construidos. Uno de estos cambios espaciales y bastante radical sería el paso de la ciudad compacta a la ciudad extensiva y dispersa; o sea, de la forma orgánica a la forma atomizada, o “derramada”, es decir, el paso de un patrón de crecimiento muy económico a un patrón de despilfarro en cuanto se refiere a sus costos para la geografía y para la sociedad.

Enseguida, en forma natural, surgió una pregunta elemental, aparentemente anódina: ¿Y antes qué? Con esta pregunta inocente, sin darnos cuenta de algo que no podíamos sospechar, nos internamos en una selva por más de diez años. A partir de este momento fuimos retrocediendo de período en período, desde adelante hacia atrás. Cada vez que se lograba algo, se asomaba la maldita pregunta: ¿Y antes qué?

Esclarecido el panorama urbano de principios del siglo, tropezamos con el siglo XIX y nos introducimos sin permiso previo, en los baldíos de la colonización de laderas. De allí nos tocó retroceder hasta la organización territorial colonial española. Pero ésta no era el bloque compacto que nos contaban los académicos y los manuales de historia patria, sino un mosaico heterogéneo en el cual había que **distinguir procesos, separar etapas y lugares; hatos, minas y haciendas; obrajes, curatos y pueblos doctrineros “de indios”, “reducciones” y “agregaciones”, ciudades y villas, desde los quese estaba asomando la idea del desarrollo regional desigual.**

De paso descubrimos una categoría urbana, jurídica y social que nadie había siquiera mencionado como tal, aunque era muy clara en 1770 para el funcionario real Moreno Escandón. Fue preciso esculcar los Informes de los sucesivos Visitadores Reales, las Relaciones de mando de los Virreyes, tarea ardua y a veces estéril. Logrado esto, bien que mal, había que relacionar los siglos XVII y XVIII con la génesis del primer sistema urbano de conquista. Nos tocó analizar in situ la morfología de veinte pueblos nacidos de la invasión, y escudriñar algunas 10.000 páginas de Cieza, Aguado, Medrano, Simón, Castellanos, Fernández de Oviedo y Fernández Piedrahita, Diego de Encinas y

las Leyes de Felipe II, más los tres tomos de la Recopilación de 1680 (que suman 2.000 páginas), para entender lo que era la ciudad de conquista. Terminado este trabajo bibliográfico embrutecedor, se asomó Bernardo Vargas Machuca que nadie conocía, un perfecto rufián y un tesoro, de 1580 y de lo mejor... De paso, nos fuimos percatando que los bárbaros no llegaban a un desierto sino a una geografía activa plagada de hábitats americanos milenarios, algunos de ellos todavía muy dinámicos. Nos pusimos a la tarea ardua de localizar en un mapa los verdaderos descubridores, y pudimos poco a poco reconstruir la **formación espacial** prehispánica con sus peculiaridades y sus prolongaciones residuales contemporáneas, aunque con muy pocos casos observables hoy, lo cual resta validez a nuestros intentos de generalización y de interpretación sintética. Terminamos así el ciclo de las pesquisas en 1986, con un regreso a la primera fase del *proceso* urbano del país, la época prehispánica.

Entonces algo se me aclaró : trabajar con la Historia, para mi oficio es buscar relaciones y conexiones, continuidades o rupturas, unir los segmentos de la trayectoria, para finalmente descifrar y entender lo que veo y que hoy existe en el espacio.

UNA HISTORIA ACTUANTE

Como ven, no seguí una trayectoria cronológica convencional, sino invertida, en reversa, desde hoy hacia el pasado. Pero siempre con la idea-brújula de una historia actuante, es decir, de un pasado aún vivo y activo; buscando por medio del amarre entre hoy y ayer, algún indicio que me guiara para, por lo menos, detectar tendencias y poder, desde mi oficio, diseñar hacia adelante con mediano acierto, cuanto se refiere a pronósticos y previsiones.

Un ejemplo sencillo para aclarar esta idea de historia actuante es el siguiente. El primer reglamento de urbanismo que tuvo el país se esboza en 1513 en las “Recomendaciones de Viaje” a Pedro Arias Ávila. Luego, se perfecciona con las ordenanzas de Felipe II en 1573, donde, por ejemplo, se promulgan las condiciones de transmisión de la propiedad privada por herencia de las Mercedes concedidas a los primeros “beneméritos”.

La lectura de la “Recopilación de las Leyes de las Yndias” me indicó que la noción de barrio figura en una ordenanza de 1534. En el título VII, del libro tercero, se encuentra una cédula de 1545 en la cual no es difícil encontrar en forma embrionaria el ancestro de la declaración de utilidad pública con miras a la expropiación urbana. Era la misma expropiación territorial de los aborígenes, con su cínico ritual legalizador, su procedimiento y sus escrituras, que antecedió a la fundación de la ciudad de conquista y figura en los protocolos.

Además, por seguridad y por si acaso, se notificó de entrada una “expropiación” continental pero disfrazada de “donación”, en estos graciosos términos:

“Por donación de la Santa Sede Apostólica y otros justos y legítimos títulos, somos Señor de las Indias Occidentales, Islas, y Tierra Firme del Mar Océano, descubiertas y por descubrir, y están incorporadas en nuestra Real Corona de Castilla”. (Recopilación Indiana, Libro Tercero, Título Primero).

Cuatro siglos más tarde, con igual descaro actúan Roberto De Mares y Rafael Reyes para “traspasar” el Opón-Carare a la Standard Oil de New Jersey ...

Una cédula real de 1563 se convierte en el origen del gravamen por valorización, tan exitoso en nuestros días. Otras distinguen las diversas categorías de propiedad: tierras del Rey, del Cabildo, de los particulares, urbanas unas, rurales otras. La venalidad y la codicia acompañan la empresa militar y la obsesión por la propiedad estimula la conquista. El “escribano público” se entroniza de entrada, y se convierte en el máximo exponente del despojo, precursor del moderno notario.

Cuando abordé el estudio de la ciudad colombiana fui asaltado por cantidades de preguntas. Ahora sé que todo lo que hoy veo en estas urbes, por lo general tiene raíces históricas muy antiguas y que por bien o por mal se siguen respetando. La “Recopilación” me devuelve a reglamentos, normas o decretos que a veces subsisten en nuestra época. Todos estos textos evitan especulación y divagación, me explican el origen de ideas y prácticas que hoy perduran. Con estos ejemplos vemos cómo las ordenanzas Reales dictadas desde Carlos V, en 1525, hasta Felipe II, en 1573, aún pesan sobre la ciudad colombiana. Esta persistencia testaruda del código indiano, tan arcaica como inamovible, es lo que entré a considerar como historia actuante. Pues no es historia muerta, es historia viva, activa y vigente.

Algún día nos asombró la atomización de la sectorización político-administrativa boyacense, un departamento con unos 120 mini-municipios, o minifundios municipales, si se puede decir; cada uno con una cabecera urbana que a veces no llega a mil moradores. Para reconstruir su origen y su trayectoria, nos tocó retroceder hasta las mercedes del siglo XVI y los 150 «rancheríos de indios» que configuraron la base sobre la cual se organizó la estructura territorial de las encomiendas. Así pudimos entender

la existencia hasta nuestros días de un determinado sistema de poblamiento y la fragmentación republicana en “municipios de encomiendas”, “reducciones” y “parcialidades” que persisten hoy sin ningún cambio.

Con Gilma Mosquera, hacia 1985 diseñamos algunas mejoras de la vivienda en las aldeas campesinas del río Atrato. Pero encontré diferencias evidentes entre la densa red urbana del río Magdalena o del río Cauca, y la que observé en el Atrato, este último carente de centros urbanos entre Quibdó y Turbo. ¡Trescientos kilómetros sin una sola ciudad! Tenía yo que entender porqué. No me embarqué en elaborar hipótesis ni marco teórico, busqué los informes de Visitadores reales y de Virreyes que explican el porqué del actual sistema aldeano de riberas del Chocó. Los archivos resultaron aclaradores, actuantes. Resumiendo, sé que lo anterior no tiene nada que ver con “el atavismo negro”, la tradición, la fatalidad o la Virgen de Chiquinquirá; nada de eso. Resulta del hecho que desde 1698 hasta la Independencia, la Corona prohibió la navegación por el Atrato, para no dejar que el “quinto real” se escapara al abastecer los barcos de contrabandistas franceses o ingleses. Una lejana decisión paralizaría el poblamiento de este río -y del San Juan por igual- durante más de un siglo. Eso es lo que llamo historia actuante, y en el citado caso “paralizante”.

Siguiendo con el mismo caso y ejemplo, trabajo últimamente asesorando un programa estatal de mejoramiento de unos hábitats rurales en zonas de reciente colonización. Pero anteriormente pude detectar unas constantes históricas en el destino de un frente de colonización y registrar la persistencia casi ineludible de su ciclo, un fenómeno muy repetitivo en el transcurso de unos cien años; algo así como una ley. Así que gracias a unas indagaciones de tipo histórico en zonas que tuvieron un desarrollo comparable, pude más o menos prever o suponer unas tendencias parecidas y, además, ajustar unas propuestas a partir de un futuro sino conocido, por lo menos no del todo enigmático. Con eso quería aclarar la idea de una historia actuante, es decir, de una historia activa y útil para buscar soluciones a cuestiones que conciernen a la sociedad actual.

Cuando Gilma y yo dedicamos días, y padeciendo múltiples avatares nada gratos, en tratar de reconstruir la historia de un infeliz caserío de la costa del Pacífico que no pasa de treinta ranchos, hilando el itinerario de varias generaciones de pobladores, y aclarar por qué todos son Rentería o Caicedo, no estamos dedicados a un excitante ejercicio académico. Estamos tratando de medir la sedentarización de la población, el grado de estabilización del villorrio; porque de eso dependen posibilidades, propuestas, programas, acciones e inversiones. De eso depende lo que vamos a proponer para tal o cual poblado de la costa tumaqueña o para tal caserío del delta del río Anchicaya o para Charambirá. Necesitamos medir las dimensiones históricas para proyectar las perspectivas futuras de estos hábitats. Esto debido a que en algún momento nos dimos cuenta que desconociendo la trayectoria del mundo neoafricano colombiano, se seguiría ignorando la mitad de la historia étnica, social y productiva del país.

Referido a la emigración rural, fenómeno capital en Colombia para el planificador, es preciso considerar sus múltiples mecanismos y diferenciar sus variadas manifestaciones y consecuencias. También es necesario estudiar los movimientos e intercambios de población que se dan entre los distintos hábitats de un determinado ámbito territorial.

Existen ciertas prácticas residenciales peculiares, bastante difundidas en toda la franja del Pacífico, que expresan la permanencia temporal de unas costumbres muy arraigadas mediante un largo proceso histórico. Reconstruido éste, puedo evitar un error, puesto que es necesario distinguir (y no confundir), y separar (y no mezclar) lo que es migración de carácter definitiva, y lo que es circulación temporal o cíclica.

En efecto, es muy frecuente el caso de una familia con su raíz rural transitando de la finca a una casa en caserío fluvial, o de ésta a una vivienda en una aldea costera o una casa en algún barrio de Buenaventura. En la familia X, que tiene su finca en el río X, los cultivos quedaron al cuidado de los padres o abuelos. Ellos a veces pasan una estadía en el caserío vecino de El Guadual, en casa de una de las hijas. Esta hija, de vez en cuando cierra su casa y con marido y niños va a pasar un tiempo en la finca, o se internan en

el monte para abrir otra finca. También puede ir a pasar una temporada donde un hermano, una cuñada, un primo, unos tíos, tías o sobrinos, radicados en Buenaventura; y estos, en determinadas épocas vienen a rozar unos colinos que han conservado. Otros miembros del mismo grupo parental se radicaron en un pueblo costero, donde a veces se alojan las mujeres parientes cuando bajan de la finca del río, para dedicarse a la recolección de moluscos. Así, **integrantes o segmentos de la familia circulan constantemente de un hábitat a otro, de una residencia principal a unas residencias temporales, pero sin salir del círculo de la sociedad parental.**

Este tránsito permanente y cíclico de los individuos se origina en los múltiples quehaceres de la vida cotidiana, y actúa a través de los lazos familiares y de una solidaridad parental de tipo clásico. Como se ve, aquí se manifiesta hoy una costumbre arraigada en siglos de práctica social, y que sigue siendo una eficiente adaptación a las necesidades modernas, pero que opera dentro de mecanismos consuetudinarios y tradicionales de la solidaridad comunitaria. Conociendo esta trayectoria histórica de una determinada práctica que queda vigente, podemos trabajar con más acierto; en términos no de emigración, pero sí de circulación.

Tomando otro ejemplo, hay varias maneras de enfocar la cuestión vieja de los tejidos urbanos. En Cali se ha vuelto un tema académico y es bien visto dedicar unas indagaciones en tomo al problema del ejido durante el siglo XVIII, o durante el período post-Independencia. Es problema del pasado. Pero resulta que en este caso el conflicto se prolonga hasta nuestros días, incluso se recrudece; lo que significa que **este episodio es historia viva de hoy, vigente y actuante**. Tan actuante que la estructuración física de la ciudad, su implantación geográfica y su morfología físico-social sencillamente no se pueden entender o explicar sin introducir en el análisis esta dimensión: el ejido y sus avatares. Es obvio que sin el “ejido del común”, la configuración que adquirió la ciudad, hoy sería otra, diferente. Y tan actuante, repito que estos días el ejido en disputa desde 1706 estaba a la orden del día en el Cabildo de una ciudad que vive bajo la dictadura terrorista de un latifundismo urbano organizado y armado. Tan actuante y viva está

esta historia nacida en 1706, que en 1991, por amenazas, hubo que levantar la sesión y postergar la discusión; en la que tres concejales quedaron aterrorizados, y uno de ellos huyó y se exiló. Pero eso no detuvo el asunto. Tanto es así que revisando este texto en 2011, la prensa local me informa que el cabildo sigue tratando de recuperar unos ejidos en los esteros de Cucarachas y en las lomas de Meléndez.

Ampliando la explicación con otro caso, los recursos de la geografía (considerados aquí como medios naturales de producción) explican en Puerto Tejada, el importante papel constructivo de la guadua, en la actualidad. Eso lo constato hoy, analizando en esa localidad las peculiaridades que adquiere allá la cuestión de la crisis de la vivienda urbana. Devolviéndome atrás encuentro que el pueblo se fundó hace cien años con la guadua de sus propios bosques cenagosos. Y durante casi un siglo, pero retomando las técnicas seculares y ancestrales de los cimarrones caucanos, se construyó la casa en guadua, íntegramente; estructura, columnas y vigas, paredes, piso, concluyendo con una cubierta en tejas de guadua rajada. Entonces, me encuentro en presencia de una tradición activa, especie de cultura arquitectónica de la guadua, aún viva y que seguirá actuando mientras haya bosques de guadua en los “monte oscuros” de “las dos aguas” y de las orillas del Cauca.

Eso es lo que califico como historia viva y actuante: detectar el origen de una tradición viva, seguir el comportamiento de un fenómeno, o el desarrollo de un conflicto desde su génesis hasta hoy, establecer su persistencia y perennidad, comprobar su sorprendente continuidad y su necesaria vigencia.

Entonces procuro encontrar la continuidad de una historia viva, mientras otros sólo se interesan en la historia muerta. Los académicos pertenecen a una respetable institución fundada con este fin. Removiendo temas para sepulcros que tienen el doble de su propia edad, son ancianos solemnes y venerados, colmados de honores, diplomas y condecoraciones. Se dedican a desenterrar difuntos sagrados y mudos, y por tanto silenciosamente cómodos, asépticos e inofensivos.

Me enteré que estos días en las fértiles tierras del Cauca, se dedican unos a un enigma, según ellos crucial y apasionante. Se trata nada menos que de elucidar si el Liber-

tador, una noche de aburrimiento, se divirtió ejercitando su feudal derecho de pernada sobre una niña negra de la hacienda de Mulaló, por ser ambas propiedades absolutas de un esclavista caucano. Mientras tanto me dedico a un tema que los venerables patriarcas siempre ignoraron, y quizá vedaron: los ejidos de la ciudad de Cali. Como decía, eso es historia viva; viva y caliente. El futuro inmediato de la expansión física de la ciudad, en cierta forma depende de una controversia que se inició en 1706, y prosiguió con una decisión capital, una cédula real de 1779; esto, que ocurrió hace dos siglos pesa sobre el destino de población actual de Cali, y sobre su porvenir. Entonces, con doscientos años de trayectoria y múltiples peripecias ininterrumpidas, este hecho sigue siendo historia viva, vigente, actuante. Incluso cursa un pleito en tomo a estas tierras, esperando fallo desde 1958. Por eso lo considero un acontecer capital del siglo XX. Y dejo a los respetables académicos el deleite de polemizar en tomo a elucidar si Bolívar fornicó o no con la agraciada y desgraciada negrita.

Por otro lado, cuando dedico un año de labores para reconstruir la crónica de Villarrica, Tolima, no se trata solamente de realizar un ejercicio académico de historia oral y testimonial. Para mis entrevistados, aquellos que fueron protagonistas de ésta tragedia, es aún historia viva, que trastornó su destino : desvió y cambió por completo el rumbo de sus vidas. Asimismo, una parte de la historia moderna del país, de pronto emerge de la oscuridad. Actuando como un revelador, un suceso me suministra pistas capitales para la comprensión de unos fenómenos actuales de la vida social: en este caso nada menos que la génesis de la “colonización armada” y del movimiento agrario armado, que hoy persisten en el oriente del país. **Eso en los campos, pero además el asunto concluye en varias ciudades-refugios, con el surgimiento simultáneo de un novedoso tipo de barrio. De pronto puedo tejer este hilo con otros, atar la Villarrica del 55 con el barrio Marquetalia de Neiva en el 67, por ejemplo; luego ligar todo con lo que logró Gilma Mosquera en sus estudios sobre la vivienda popular urbana. Y de pronto terminar proponiendo una nueva categoría socio-urbanística: la colonización popular urbana en la “ciudad refugio”.**

En un congreso en Bucaramanga, una alumna de la UIS concluyó su intervención deplorando “que ya en el siglo XVIII Girón se acabó”. No comparto sus angustias, Girón no se acabó, se transformó. Le pasó lo mismo que a Leyva, Tunja, Vélez o Pamplona. En el siglo XVIII las “ciudades de españoles” de la conquista del siglo XVI declinaron ante las arremetidas y la competencia de los nuevos centros mestizos, cuando brotan Piedecuesta, Cúcuta, Zapatoca, San Gil y El Socorro, Barichara y diez más pueblos del campesinado mestizo. Un eje de poblamiento se torna obsoleto y es sustituido por otro; fenómeno espacial con lo cual se resuelve una contradicción social. Entonces, Girón, enfrentada a sus propias contradicciones internas produce las condiciones del surgimiento de Bucaramanga. Ésta crece hasta absorber a Girón, y finalmente, la vuelve barrio suburbano de Bucaramanga; así reanima a la vieja plaza española, que nunca fue española, por lo demás. Pero Girón no se acabó, Girón sigue ...

Para mi trabajo, la historia es útil cuando su conocimiento me evita los errores nacidos de su ignorancia, y me previene de una especulación mental divorciada de dicho conocimiento.

En arquitectura o en urbanismo, el conocimiento histórico de determinadas condiciones previas, explica el surgimiento del zaguán o del andén, del antejardín, el aislamiento y la separación de la cocina pajiza de la casa igualmente pajiza, y más tarde la sustitución del techo de paja por la cubierta con tejas; el paso del alero en voladizo a la fachada plana, la esquina recortada en chaflán, etc; todos cambios surgidos de previas necesidades sociales que brotan de las prácticas cotidianas, y que a posteriori, y en últimas, conducen a nuevas manifestaciones plásticas. Por este camino puedo deslindar, o articular, lo que son las aspiraciones estéticas (o una determinada ideología plástica), con las necesidades prácticas o los imperativos materiales y sociales de la vida urbana, de los cuales son el resultado final y la expresión arquitectónica o urbanística.

De lo anterior, se podría concluir, que lo que soy, lo que pienso, lo que hago, mi situación en la sociedad y ante la sociedad, son factores que inciden tanto en mi concepción como en mi práctica de la investigación histórica.

En definitiva, la historia es siempre para mí, un sitio concreto; un lugar que respira y tiene pulso, que se mueve, se transforma, se comprime o se dilata, se modela y se remodela. No puedo imaginar historia sin piso ni gente. Si existe debe ser más triste que un entierro de pobre un lunes con lluvia ...

Hojeando y ojeando estos días un conjunto de mis trabajos, me doy cuenta de que **al fin de cuentas, lo que me interesa es aclarar el paso de una geografía en bruto a la categoría de hábitat, y luego la transformación de éste en territorio, es decir, la mutación de un paisaje natural pasivo en paisaje urbano activo**, por ejemplo. Y también el paso del espacio inanimado y apacible, a un espacio social y conflictivo, delimitado, controlado, administrado, impugnado.

En esta búsqueda, ningún asentamiento me es indiferente, por humilde, diminuto o naciente que sea. Hace poco estaba observando El Rosal y Subachoque , dos antiguos “rancheríos de indios” de la Sabana de Bogotá, pero con auténticos elementos de arquitectura civil colonial que el visitante ya no encuentra en ciudades transformadas; y a poca distancia La Pradera, curioso caserío atípico con plaza triangular y un par de cuadras que se abren en abanico en la Y de dos caminos confluyendo hacia los hornos de la primera fundición de hierro que hubo en éste país. Este diseño significa que hace más de cien años, mucho antes que en Bello o en Barrancabermeja, el trabajo industrial y la localización de la fábrica, quizá por primera vez en el país, dictaron el trazado; y la iglesia quedó relegada en una colina de las afueras ...

...Y UNA GEOGRAFIA ACTIVA.

Y no solo activa sino sensible, mutable y vulnerable. A propósito del papel capital del espacio natural en mi búsqueda, quiero recordar lo siguiente. Algunos -incluso muchos, desde el siglo XIX hasta hoy- creyeron que los fundadores del materialismo científico habían “olvidado”, despreciado o ignorado, estos factores naturales que el hombre encuentra previamente suministrado por el mundo natural, el espacio físico-geográfico. Me parece que leyeron mal, puesto que varios pensadores, Feuerbach, Marx, Engels, Plekhanov y el mismo Lenin, insisten en varias oportunidades en la relación existente entre el desarrollo de una sociedad y sus ámbitos geográficos; es decir entre la vida social y lo que le ofrece el mundo natural donde se asentó.

Mientras tanto, el desenvolvimiento científico de los dos últimos siglos dejó atrás las viejas especulaciones filosóficas del pasado negando la existencia de la materia y del mundo concreto. El espacio es pura materia sensible con sus tres dimensiones, con volumen, masa, densidad; y además en movimiento continuo y cambiante, siendo materia viva. Es tan viva la naturaleza que siempre ha producido los recursos de vida, y sigue hoy suministrando la materia prima y **los medios naturales de producción** de la supervivencia humana. Eso lo dicen no sólo la física, sino también múltiples campos del saber científico, la geografía física, la geología y la climatología, la química y la agrología, la botánica, la biología, cada disciplina a su manera; desde las ciencias naturales hasta las ciencias humanas.

Resulta sorprendente el hecho que a lo largo de los dos últimos siglos no pasan de tres o cuatro los estudiosos de la geografía colombiana. Nos suministran una visión geográfica en esencia descriptiva pero poco analítica, que registra situaciones pero no ahonda en su explicación ; una geografía estática y pasiva, que ignora la dinámica interna de sus componentes, el movimiento, los cambios en el mundo mineral, acuático o vegetal, y en el propio espacio sideral; y que desconoce la dialéctica que enfrenta a sus elementos constitutivos. Una geografía empobrecida y castrada.

EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO: LA PERIODIZACIÓN

Registro un hecho espacial nuevo, luego otro, similar, vecino y posterior. **Con eso se asoma un fenómeno**, y el tiempo se convierte en imprescindible categoría de mi trabajo.

¡A Colombia todo le llega tarde! Esta fórmula tantas veces oída, en algún momento pasó de broma popular graciosa a regla de análisis racional.

En Bucaramanga hacia 1930, según dicen seguía vigente y de uso cotidiano y generalizado el “acueducto de las tres B, Bobo, Barril y Burro”. Entre 1880 y 1925, desde el río Magdalena se demoró tanto en llegar el tren que caducó en el camino, y finalmente llegó primero la carretera. A Bucaramanga todo le llegó tarde.

Otro caso ilustra lo anterior. En arquitectura y urbanismo persistía en 1850 la siesta española del siglo XVIII. En esa fecha más o menos se inicia el siglo XIX ! La arquitectura llamada “republicana” no surge en 1819 por decreto de Santander; ignoraba las leyes y se demoraría hasta la Constitución del 86, por lo menos.

La ciudad del siglo XIX es aquella, sin cambio alguno, del siglo XVIII. Se verifica la prolongación en las normas de administración urbana y “de policía”, la persistencia republicana hasta 1850 por lo menos, de las instituciones coloniales y de las instrucciones hispánicas de control urbano.

A todo lo largo del siglo XIX, las necesidades de alojamiento del Estado se resuelven sin construir edificios oficiales; sencillamente confiscando aquellos que pertenecían a la iglesia católica, es decir, expropiando el latifundio clerical urbano . Lo cual, dicho de paso, en cierta forma constituye una manifestación tardía de la cualificación del mora-

dor; pasa de feligrés a vecino y adquiere así otra dimensión para integrarse a una sociedad urbana que se pretende distinta.

Pienso que sobra mencionar más casos y ejemplos de éste desfase que uno encuentra por doquier y en cualquier etapa.

Es tiempo de abrir un paréntesis sobre mi método de indagación y de análisis. **Primero está el contenido, luego la forma. Primero los hechos y fenómenos sociales que conforman las condiciones previas; y luego sobre estos cimientos y este piso, se asoman sus manifestaciones en los campos de la ideología, del arte, de las expresiones técnico-culturales como son el urbanismo o la arquitectura.** Así que no es para mí sorpresa alguna encontrar el surgimiento tímido y rezagado de unos intentos de intromisión franco-italiana “post neoclásica” en la arquitectura urbana, 60 años después de la erección de la República. Se produce aquí el desfase, normal para mí, entre contenido y forma. **Pero en las condiciones concretas del paso de un colonialismo a otro, y de luchas entre lo viejo y lo nuevo; plasmadas éstas en cien años de guerras.**

Pero significa eso que tengo que manejar simultáneamente varias periodizaciones y es lo que he tratado (sin mayor éxito) a todo lo largo de este trabajo, usando distintas variables: periodización política, otra en términos de formaciones espaciales; una tercera dimensión tiene que ver con el desarrollo tecnológico en la construcción desde la época prehispánica. Una categoría de periodización clasifica los tres trazados urbanísticos -circular, lineal, reticular- que se van sucediendo, otra coloca en el tiempo las influencias que van a determinar uno u otro estilo arquitectónico ... No es nada fácil y confieso que no lo logré. Engels nos dice cómo debe ser un trabajo basado en los postulados del materialismo científico e histórico, pero lo que no dice es que él mismo y su compadre tampoco tuvieron tiempo para lograrlo ... Y eso que eran dos, yo trabajo solo ...

Pero tampoco me dediqué exclusivamente a almacenar informaciones como una bodega cerebral o electrónica. De vez en cuando había que hacer un alto, no sólo para organizar y clasificar los datos y darle coherencia, sino también para **unificar**

datos, hechos y fenómenos. Procesar la información es sacarla de la inercia y animarla, volverla útil, darle vida y voz. De eso resultaron unos bloques monolíticos más o menos homogéneos identificando períodos. Concluyó el asunto con la construcción de una periodización histórica basada en un determinado número de factores, variables e indicadores, asegurando respaldo y mediana validez. Es decir, que en este caso como en los demás, **nuestra progresión sigue una secuencia desde lo empírico hacia lo teórico, y no al contrario.** Hay gente capaz de construir una división histórica previa al conocimiento; elaboran teoría antes del saber, por extraño que parezca. No tengo este talento del timador ni vocación de malabarista; no sé hacer eso, no sé.

Aquí puedo señalar un primer problema y es que me tocó partir de la periodización política convencional adoptada por la Academia de Historia. Hasta que se volvió traba por estar completamente desfasada con relación a mi objeto de interés. Tuve que adoptar otro sistema, otros contenidos y calificativos, otras fechas; otros hitos acordes con mi tema y mi propia problemática. Pues no encontraba correspondencia alguna entre la segmentación temporal de la historia política tradicional, y estos lapsos homogéneos que resultaban de mis pesquisas. Cada periodización tenía su ritmo propio y un pulso distinto. Dicho de otra manera, se presentaba el inevitable desfase entre la pregunta social que entra a cuestionar un hábitat, y la manifestación concreta de las respuestas espaciales; o sea, a nuevo contenido nueva forma. En otras palabras, el contenido induce la forma y la antecede, y no al contrario.

Tuve que manejar simultáneamente dos periodizaciones distintas porque la que se me ofrecía no me sirvió. Primero identificar los mecanismos que suscitan una **pregunta social** y luego ubicar la (o las) **respuesta espacial**. Y tuve que privilegiar una periodización que daba cuenta de la producción espacial urbanística y arquitectónica; y ésta última no estaba ni casada, ni divorciada con la primera, sino digamos en concubinato.

En cuanto al problema de la transición confusa entre un período nítido y otro período igualmente nítido, del traslado desde un ocaso hacia una tendencia nueva pero embrionaria, y de la superposición parcial de ambos, de su “traslape”, como se dice,

ni hablar. Un problema interesante en este sentido es aquel de la ubicación de un acontecer de “bisagra” digamos, que se presenta en la unión de dos períodos o fenómenos, presentando rasgos de ambos, como es, por ejemplo, la fundación de Sonsón, Abejorral y Salamina (Antioquia). Nacen en el ocaso colonial pero ya presagian la gesta del campesinado “desbrozador” de baldíos del siglo XIX; son tardías consideradas desde el enfoque colonial, mientras son precoces y pioneras si se inscriben en una historia de la colonización de laderas del campesinado mestizo antioqueño. Entonces resultan tan mestizas e híbridas como él, en sus características, rasgos y manifestaciones espaciales.

Además hay períodos generales y trozos de períodos, o sea, períodos fragmentados, con divisiones internas, aunque no siempre muy claras. Pero eso lo descubrí después, avanzando en el camino. Al principio, para tomar un ejemplo, delimité una formación territorial surgiendo de la conquista y que se inscribe entre dos fechas y dos lugares: 1515 (San Sebastián de Uraba y Santa María) y 1630 (Barbacoas). Poco a poco me tocó detectar varios cortes, y aceptar varias fases diferenciadas: no es lo mismo fundar la ciudad de Tunja en 1538, y en su jurisdicción fundar la villa sufragánea de Leyva en 1573. La primera es “ciudad” de soldados de conquista, “beneméritos” vueltos encomenderos. La segunda no será más que “villa de labradores”, pueblo de agricultores recién inmigrados. Cuando sus labradores pobres piden indios para sus empresas agrícolas, Leyva se convierte en peligro para los encomenderos tunjanos y sus privilegios. Y eso, sencillamente, es genuina lucha de clases oponiendo dos ciudades que albergan segmentos sociales aparentemente solidarizados por su origen hispánico, pero antagónicos en América, por la divergencia en sus intereses productivos y especulativos.

Más tarde, descubrí que la época económicamente más valiosa de la Conquista militar se dio en el Chocó, pero finalizando el siglo XVII. Y que desde luego, no es lo mismo desembarcar soldados europeos en el litoral Caribe en 1530, o invadir el San Juan hacia 1680 con bandas de civiles zambos, mulatos o mestizos, nacidos todos en Buga, Cali o Cartago.

Debo mencionar un problema particular, el cual me remite a la condición de país colonial que señalaba al principio. Ya lo dije pero quiero insistir; **trabajo a partir del**

postulado afirmando que la ciudad surge del previo desarrollo de las fuerzas productivas, del cambio que eso produce en el manejo de los medios de producción y en las relaciones laborales, de la imprescindible división técnica y social del trabajo, y luego, del divorcio campo-ciudad. Pero resulta que la ciudad de conquista militar colonialista anula este proceso “natural” y lo antecede. De hecho la aldea de los conquistadores es “ante-ciudad” fundada en un “pre-hábitat”, o “protohábitat” si se quiere, aun sin ocupar ni conocer. **Es centro de entrada de guerreros y no de salida de algún excedente de producción (o extracción) primaria.** Dicho con otras palabras, nace como centro terciario, pero de un terciario “en el aire” en la medida que aún no puede pretender ni exprimir ni administrar, un primario o un secundario todavía inexistentes o inaprovechables, y que solamente son un proyecto territorial lejano y una perspectiva futura. El “divorcio campo-ciudad” en 1550, para los soldados significa que el primero no lo dominan, y que por lo tanto, vegetan hambrientos en la segunda. Y precisamente, puedo constatar que Vargas Machuca, hacia 1580 es muy consciente de eso; y también las Leyes de Carlos V advierten este peligro de fundar ciudades “en el desierto” improductivo; no son respuestas pero sí interrogantes.

Por eso tuve que separar y distinguir cuatro fases encadenadas entre 1515 y 1630.

- la exploración marítima costera hacia 1510-1525.
- las primeras bases militares del litoral caribe entre 1525 y 1535.
- la penetración continental entre 1536 y 1560.
- y más adelante la consolidación territorial de los escasos enclaves dominados.

De tal modo que en este caso y para mi objetivo, la categoría de “ciudad colonial” prevalece sobre la ciudad-respuesta formulada por Marx, Engels, y más recientemente desarrollada por Castells. En una situación histórica distinta tengo que considerar otras modalidades del divorcio campo-ciudad, operando en condiciones militares y estratégicas, más que productivas. Entonces, dadas estas circunstancias, tengo que admitir y examinar un proceso invertido, y sus consecuencias y contradicciones.

Este es uno de las dificultades de método y de enfoque que tuve que sortear. Desde luego, avanzando en el tiempo histórico tropecé con otros escollos de la mis-

ma naturaleza; en períodos distintos, diferentes por supuesto, pero todos obligándome a la máxima cautela.

Luego encontré en el urbanismo y la arquitectura, y las mismas tecnologías de obras públicas, algo bastante homogéneo desde el siglo XVII hasta mediados del siglo XIX. Una tal petrificación de doscientos cincuenta años me pareció sospechosa por inverosímil. Las pesquisas posteriores me enseñaron que debía, a partir de otros indicadores, fraccionar este período en cuatro segmentos temporales. Y algo parecido ocurrió para cada **formación espacial** considerada. Incluso sucede con la última, la cual no cubre más de 40 años del siglo XX; pero nos tocó separar una fase cuantitativa y una fase cualitativa, ya señalada..

Más delicado aún es el problema que consiste en tratar de delimitar estos borrosos momentos de transición entre una cosa y algo distinto. En cuanto se refiere a la arquitectura, por ejemplo, y a la sustitución de un patrón estético por otro, hemos comprobado que nunca las cosas actúan en forma de cadena, una tras otra, desapareciendo la primera y surgiendo la segunda, sino que se traslapan y producen híbridos. Por eso, en cualquier momento están actuando simultáneamente tres patrones: uno arcaico, otro vigente, el último naciente y tendencial.

Es posible ilustrar lo anterior con este caso. Las copias burdas de una pseudo-arquitectura “francesa renacentista” se van multiplicando en el país hacia 1880-1900; y se convierte ésta hacia 1900-1920 en estilo académicamente oficial del poder y del grupo social dominante. De tal modo que alcanza su apogeo, regada en numerosos centros de ciudades, hacia 1925-1930. La fecha es significativa, pues informa sobre una corriente ideológica y estética que brota de los famosos 25 millones, es decir en tiempos de “la danza de los millones”.

Después decrece su auge, cediendo el paso a la arquitectura moderna introduciendo la tecnología norteamericana. Pero eso no quiere decir que la influencia nueva esperó el ocaso del estilo en decadencia, sino que más bien lo generó y aceleró. De tal modo, que encontramos muy temprano varios indicios precoces de lo nuevo, en obras portuarias

(Panamá, Buenaventura), en los enclaves yanquis del banano, del oro o del petróleo (Santa Marta, Andagoya, Barrancabermeja), en el hotel de Puerto Berrío, en el edificio de la planta del acueducto de Cali, en el banco López de la Avenida Jiménez (Bogotá), para el cual el vivo contrata al arquitecto norteamericano Farrington. Y de manera aún más agresiva y radical, los seis pisos del primer «rascacielos» de Colombia, las oficinas de la Andian Petroleum Corporation; deliberada agresión modernista, desembarcando detrás de las cañoneras de Theodor Roosevelt, en plena plaza del Reloj en Cartagena. Todos objetos arquitectónicos surgiendo en forma tímida en las décadas del 10 y del 20, mientras era todavía hegemónica y triunfante la arquitectura de presunta inspiración francesa.

EN BUSCA DE UNA TEORÍA ; LAS FORMACIONES SOCIO-ESPACIALES.

Otro problema se presentó, durante otra pausa, cuando sospechamos (hacia 1982 según indica un primer texto al respecto) que era lícito articular estrechamente el ritmo del desenvolvimiento territorial con el mismo desarrollo de la sociedad. Siguiendo la teoría de los modos de producción y de las formaciones socio-económicas, fuimos llegando a la convicción de que **en cada momento debíamos encontrar un modo de producción de espacios y una formación espacial**. Explicar eso en detalle es un tema que no desarrollaré aquí. Lo que quiero indicar es cómo, poco a poco, fuimos **elaborando un intento sintético de explicación basado en una categoría articulando la historia con la sociedad y el territorio, que hemos llamado formación socio-espacial**. No es mayor cosa, es solamente un intento de llevar el materialismo histórico al estudio de un territorio y de estudiar el proceso urbano y los hábitats a la luz del materialismo dialéctico. No obstante, admito que para nosotros fue y sigue siendo un reto, y poco hemos avanzado después de varios años.

Sin embargo, adquiriré una orientación general, dispongo de una guía: **los imperativos materiales concretos de la vida social son los que transforman un paisaje natural en hábitat humano**. Cuando busco una cronología de la progresión de la colonización de baldíos de vertientes, lo que me interesa es establecer los nexos entre un proceso espacial y el proceso social en el cual se inscribe, que le es inherente, que le da vida, lo moldea, lo impulsa y del cual depende.

En mis labores de conocimiento, no me enfrentó con abstracciones o con ideas surgidas de mi cerebro, sino con cuerpos reales en su materialidad; tienen masa, dimen-

siones, formas, volúmenes, consistencia. Trabajo sobre unos **objetos materiales distribuidos en el contexto igualmente material de la geografía, el espacio**. El suelo es el soporte de objetos existentes, visibles y tangibles, productos del trabajo de las sociedades humanas, a los cuales se dieron nombres; son obras civiles de ingeniería, de urbanismo y de diseño de los hábitats, de construcción de edificios. Dicho de otra manera, mi esfera de trabajo lo constituyen hechos objetivos; reales, cumplidos y observables.

A esta presencia material de absoluta realidad se ajusta naturalmente un pensamiento filosófico adscrito a una corriente materialista. (Mejor decir a una entre varias) No hay contradicción sino acuerdo absoluto entre la materia prima de mi búsqueda, y mi concepción en torno al modo de responder con acierto, con precisión y exactitud, a mis interrogantes. Estos objetos productos de la actividad material humana pueden ser analizados y pensados desde ellos mismos, como hechos concretos que son. Por lo tanto mi modo de conocimiento no parte de mi imaginación, sino de la presencia real de estos hechos. Con ellos se descarta de entrada el pensamiento especulativo y se deja al templo la teología y sobran las divinidades celestiales .

Mi objeto de trabajo son los hábitats humanos organizados; contruidos y tangibles, siendo que son obras y lugares concretos en el espacio geográfico real, perceptible y mensurable. Me apasiona indagar sus fundamentos, su génesis y su parto; y luego la dialéctica afirmación-negación-cambio que siempre activa su movimiento permanente de transformación a través del tiempo. Buscar los mecanismos del nacimiento de un hábitat, identificar sus componentes, desarmar los elementos constitutivos, uno tras otro, desenterrar las contradicciones; este es mi interés y mi aspiración.

Es decir que estos hábitats surgen en determinados lugares, momentos y circunstancias sociales. Tiempo y espacio, ambas dimensiones son para mis tareas tan indisociables como la palma de la mano y los dedos; son herramientas, materia prima y derroteros de mi búsqueda.

Dicho eso bastaría agregar que aspiro a manejar con acierto las disciplinas de la geografía y de la historia. Y que por lo tanto las nociones de espacio (en sus tres dimensiones convencionales) y de tiempo (visto como proceso, con fases, ciclos

y períodos), orientan todos mis trabajos. De tal modo que en mis labores, acudir al transcurso histórico es imprescindible si quiero reconstruir los procesos, identificar las conexiones -o rupturas si es del caso- entre un momento y otro, y para descifrar y entender el producto final: lo que hoy existe en el espacio.

Así se desarrollan mis labores en busca de la historia de la geografía; lo que llamo también los espacios históricos, los cuales se enlazan con el actuar social para configurar sucesivas formaciones socio-espaciales.

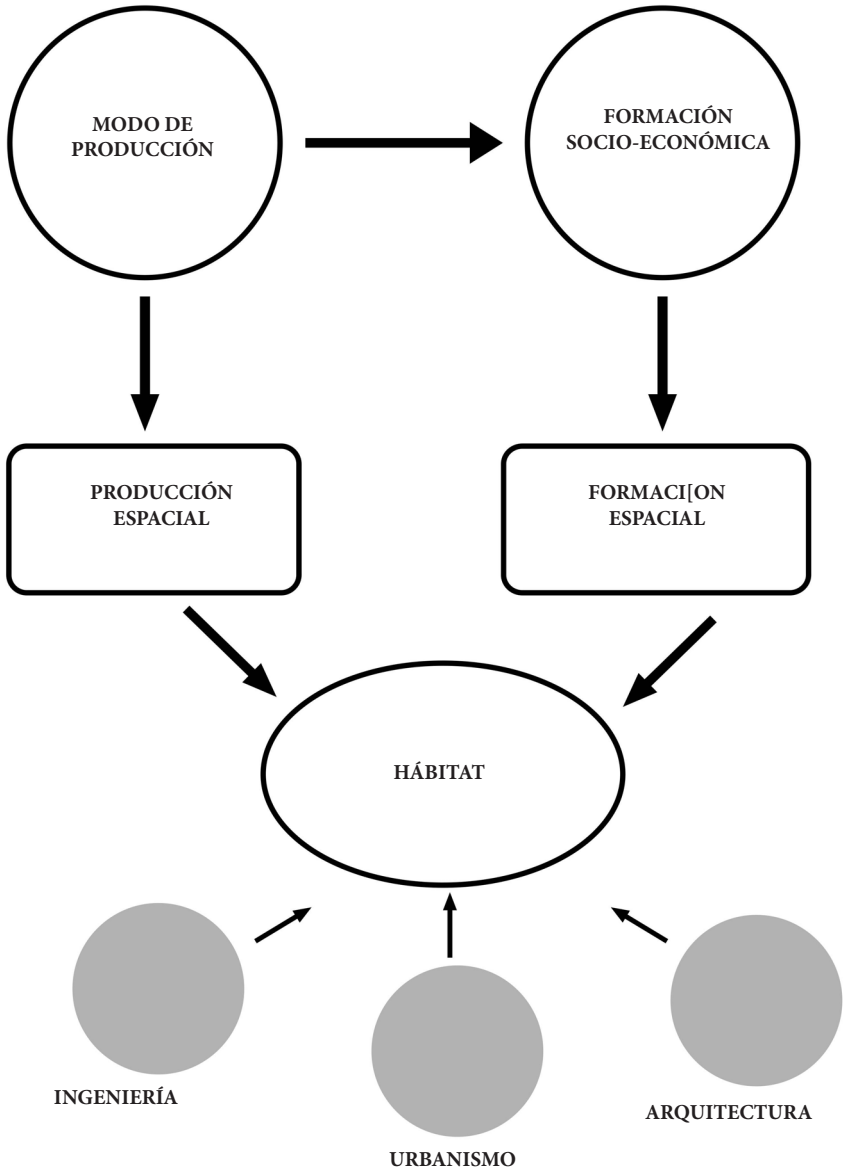
Estas últimas **no son más que las formaciones socioeconómicas del materialismo histórico, a las cuales agregué su soporte físico y material, mejor decir el imprescindible atributo espacial** que exigen mis labores y sus fines.

Así se combinan en mis tareas y se tejen entre sí sus tres ejes y dimensiones, para mi propósito inseparables: **el espacio, la historia, la sociedad**. El encuentro y la articulación de estos tres pilares **configuran los cimientos de mi método de indagación y conocimiento, y el soporte del andamio operativo. Son como el norte de mis labores**.

Un ejemplo perfecto y muy ilustrativo de la estrecha unión sociedad-espacio-tiempo es, en el transcurrir de la propiedad privada territorial, la desigual asignación de tierras en América, por las mercedes reales de la Corona española. Según la posición social del individuo, siendo que era peón o poseía caballo -es decir pobre o con algunos medios- se le otorgaba títulos de peonía o de caballería. Estas son medidas medievales de superficie que corresponden a la extensión de terreno -la distancia- que se puede recorrer en un determinado lapso de tiempo, por ejemplo entre la salida y la puesta del Sol.

Pero iban a determinar no solamente una división catastral diferenciada, y una apropiación territorial con un reparto poblacional y amoblamiento espacial diversificados, sino también una determinada organización estratificada de la sociedad.

LAS FORMACIONES SOCIO-ESPACIALES



LOS ESPACIOS HISTÓRICOS.

Así podría terminar mi exposición. No obstante, son el hombre y su trabajo los que construyen estos hábitats. Con esta evidencia muy banal surge en mis labores una tercera dimensión, desde luego capital; aquella que busca identificar las sociedades que en un momento u otro se radican en un ámbito natural (vacío e intacto) y lo transforman y organizan en un determinado espacio social (poblado). Sintetizando esta parte, cuando ingreso al ámbito de un hábitat es con la convicción de estar ante un espacio producido mediante múltiples eventos por la historia de una sociedad .

Ahora bien, siendo por naturaleza social, este ámbito tiene unas dimensiones físicas y determinados rasgos naturales, y estos ofrecen una óptima capacidad de poblamiento humano. También tiene unos límites de explotación de sus medios naturales de vida, de producción, es decir una determinada capacidad de carga .

Pero igualmente tiene que considerarse unos límites en la duración de explotación de estos medios naturales de producción. Por lo tanto, agotados estos si es del caso -u obsoleta su necesidad y su demanda-, es espacio de un momento histórico al cual se ajusta temporalmente.

Además adquiere este hábitat una capacidad conflictiva -socialmente conflictiva- que de una manera u otra -y más bien de mil maneras- influirá sobre su devenir. Por eso siempre hago la distinción entre hábitat y territorio, expresando el último la fase superior del tránsito y desenvolvimiento del primero.

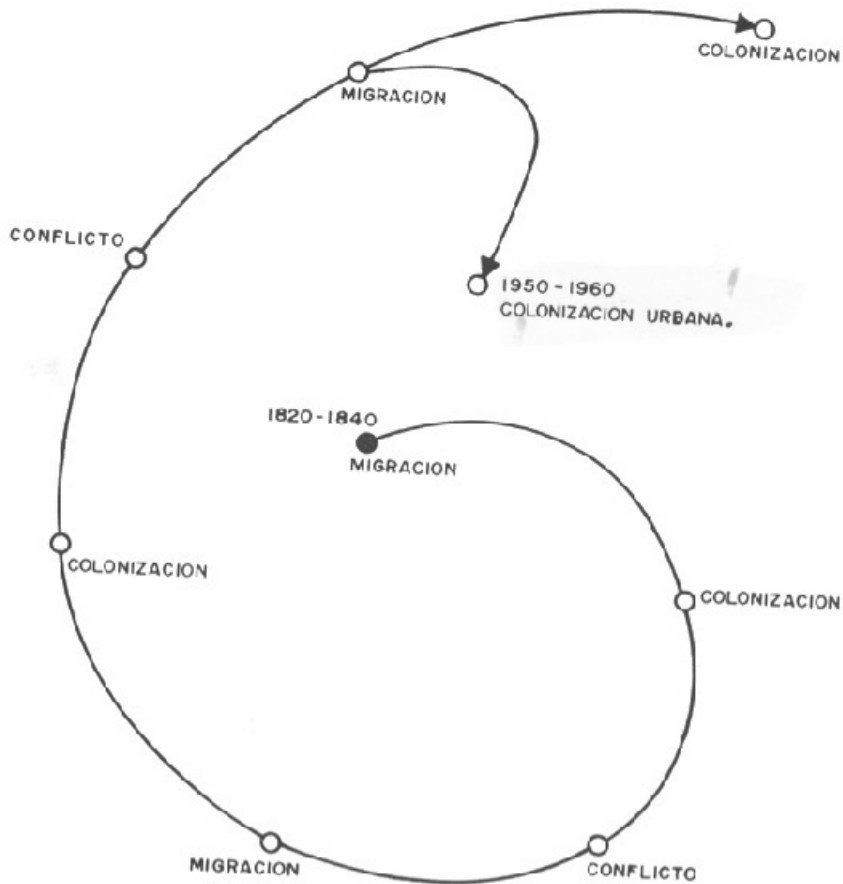
Pero pasando el tiempo se produce un desajuste entre el volumen y la extensión de los medios naturales de producción (empezando por la misma extensión del ámbito y su capacidad de soporte, las cuales son finitas por su misma configuración fisiográfica) y el crecimiento continuo de las fuerzas productivas, expresado en el aumento de sus demandas. Entonces, por la misma presión social el espacio adquiere mutabilidad o caducidad, se densifica y dilata, se transforma, o se abandona.

Para ilustrar este movimiento, aquí viene el primer croquis ilustrando mi método de conocimiento. Se trata de una espiral construida en lo años 70 por Dario Fajardo, que usé como guía para desvelar unos mecanismos del desenvolvimiento territorial nacional a lo largo de los siglos XIX y XX.

Resumido, expresa un movimiento de desarrollo poblacional, en un país digamos central y de poblamiento reducido . Ilustra la manera como este fenómeno demográfico engendra flujos de migraciones hacia afuera mediante la colonización territorial agraria. Pero la incorporación de nuevas tierras encierra unas contradicciones sociales , y provoca conflictos que a su vez generan expulsión y nueva migración. Así, **la sucesión migración, contradicción, conflicto, expulsión, migración, configura la cadena del proceso mediante el cual operó la expansión territorial del país durante más de un siglo, y también el nacimiento de las sociedades campesinas**. Inclusive logré detectar en este ciclo un momento de aguda confrontación originado en la expansión de la propiedad privada -que en mi jerga se llama lucha de clases-, durante el cual el proceso deja de actuar hacia afuera y se revierte hacia adentro . Entonces se detiene la espiral de la expansión territorial agraria y se asoma un periodo de reversión del poblamiento hacia el sistema de ciudades; **el país entra en un periodo de intensa urbanización**.

Entonces, en el transcurrir histórico ubico los aconteceres de mayor significado para mi búsqueda. En el espacio y la sociedad actuales, busco su marca y sus huellas; su desenlace y su alcance, su caducidad o su persistencia y su vigencia.

Los hábitats naturales, en bruto, con su extensión y morfología, su textura y diversos rasgos propios, **constituyen determinados potenciales de medios naturales de producción** y los tengo que analizar como espacios vitales.



La colonización urbana, fase moderna de la urbanización

Ahora bien, dados mis objetivos, para cumplir con mi propósito tuve que buscar en mis tareas un tiempo y un espacio operativos; es decir por una parte manejables, y por otra que ilustran y explican el nacimiento y el devenir de un hábitat humano en determinados sitio y época.

Allí interviene la noción de movimiento y cambio. Por ejemplo, el intervalo de espacio entre dos localidades se convierte en distancia y su recorrido en un lapso de tiempo. Pero tanto la distancia como la duración del tránsito entre ambos sitios cambian con el progreso técnico y los adelantos en medios de transporte. Este cambio repercute de inmediato sobre las prácticas sociales y la misma vida de la sociedad.

Por ejemplo, en 1930-1940 aun se iba desde las playas del Pacífico hasta las plazas comerciales de Tumaco, Buenaventura o Panamá con pequeños botes de vela navegando varios días. Para los colonos agricultores costeros la duración del viaje favorecía la venta de determinados productos de la tierra que no se alteran enseguida, como son el caucho o la tagua, el coco o el arroz, inclusive el plátano; pero excluía otros, rápidamente perecederos, como son la yuca o el pescado fresco.

Hace todavía unos treinta años, los pescadores de la bahía de Solano, terminada la pesca antes del medio día, iban al pueblo a canaleta, en dos horas para vender el pescado fresco de consumo inmediato que esperaban los habitantes del pueblo. Hoy en día, con motor llegan en media hora, y con el transporte aéreo, el mismo día el pescado fresco está en venta en los mercados de Medellín.

Las consecuencias sociales son tales que en el transcurso de dos generaciones, en los caseríos de la bahía la pesca ha destronado a la agricultura. Pero esta no ha desaparecido. Con el desarrollo de las fuerzas productivas y los incrementos demográficos, se desdobló y creció el ámbito productivo: a los medios naturales de producción, terrestres y selváticos, se agregó el espacio marítimo. Hoy, a los escasos ingresos de la cosecha agrícola semestral, se suman los ingresos diarios que suministra el mar.

El espacio cambia, naturalmente primero y por su propia dinámica interna, intrínseca digamos; y también por la misma acción humana. Son cambios a veces dramáticos porque cuestionan la perdurabilidad de asientos que en su momento y en su inicio se

pensaron como eternos. En las playas del Pacífico, por ejemplo, se observa fácilmente el avance del mar mediante las hileras de palmas sembradas hace cien años, que hoy yacen en las aguas, y los vestigios de pilotes de los primeros ranchos que luego tuvieron que retroceder. Eso se constata desde Jurado y Cupica hasta Candelilla del mar, y se verifica en los mismos vuelos aerofotográficos.

Varias veces experimenté lo anterior, por ejemplo buscando ciudades en el lugar equivocado, por lo que en algún momento se mudaron y cambiaron de localización. En la misma vida social, sus procesos, sus cambios y sus contradicciones tendré que indagar porque se mudó Toro, o Caloto, o Cartago o el puerto fluvial de La Buena Ventura.

Hace poco estaba analizando la breve vida de un caserío a la orilla del río Dagua , nacido espontáneamente hacia 1750 y que en 1820 estaba ya agonizando.

¿Porqué buscar un villorrio de algunos ranchos pajizos y que desapareció? Es precisamente su corta existencia y su carácter fugaz los que llamaron nuestra atención. Pero siendo concebido como lugar de tránsito, no podía ser menos que transitorio, siendo que su duración no podía exceder la duración del sistema de comunicaciones que le dio vida.

Asimismo, para nosotros el valor del caso supera ampliamente sus reducidas dimensiones temporales y espaciales como hábitat efímero. De hecho, en el caso de La Cruz aquí citado su corta vida ilustra como un lugar adquiere vigencia en el esquema territorial de una determinada formación histórica socio-espacial, y como se vuelve obsoleto con el paso a una nueva formación.

El espacio cambia, naturalmente primero y por su propia dinámica interna, intrínseca digamos; y también por la misma acción humana. Son cambios a veces dramáticos porque cuestionan la perdurabilidad de asientos que en su momento se pensaron como eternos. Negando estas realidades y negando su carácter transitorio, otros asientos, cumplidos su ciclo histórico, se resisten al cambio y se aferran al lugar.

¿ Cien años después de la llamada colonización cafetera de vertientes , en las cordilleras devastadas por los hacheros y labradores, qué queda de esta promisoría riqueza

de entonces? Centenas de poblados de cuchilla o de una orilla, arcaicos y condenados en medio de suelos arruinados, encaramados en los estrechos senderos muleros de filos, que quedan en estado de reliquias y como testimonios de un modelo de pueblo-calle perteneciente a una época extinguida.

Estudiar el nacimiento de un caserío y su posible devenir como futura ciudad, es primero colocarlo en el contexto de su hábitat natural y su entorno productivo; situarlo en medio de un espacio con determinadas propiedades físicas y climáticas, que son las que le otorgan una cierta capacidad de producción de bienes de supervivencia. Y luego considerarlo como producto de una época ; es -o fue- pueblo de su tiempo y **tengo que colocarlo en situación histórica**, darle su dimensión y localización históricas . Por eso me veo obligado a considerar el tiempo como fases y a identificar los procesos que las diferencian.

Si examino la línea de costa del Pacífico observo una sucesión de bahías profundas, de ensenadas, de bocas de ríos, de deltas, de penínsulas y de islas costeras de manglares. Esta sencilla enumeración, de por si me indica una extensa gama de situaciones naturales; es decir una gran riqueza de posibilidades de poblamiento y localización, y variadas categorías de emplazamiento de asentamientos humanos, llegando incluso a su modo de inscripción en el espacio, su organización espacial, su diseño y trazado.

Pero esta costa presenta una geografía activa, en movimiento continuo, y tanto es así que la crónica histórica me informa sobre la secular mutabilidad y traslación de las localidades bajo la dictadura de los bruscos cambios (y accidentes, o eventos) de carácter climatológico. Una vez más vemos aquí unidos los tres conceptos de la trilogía espacio-tiempo-sociedad.

Entre el río y la playa, Nuqui crece sobre una península con tectónica continental cubierta por una duna arenosa de origen marino. A poca distancia, en Tribuga, y más adelante en Utria, otras penínsulas parecidas ya fueron rotas por las aguas y presentan en su extremo unos islotes marinos rocosos. En Tumaco el mar y un delta actuaron para separar del continente -algunos metros no más- tres islotes de aluviones marítimos y

fluviales. En el fondo de la bahía de Buenaventura, fenómenos análogos construyeron varias islas en los esteros de manglares.

Estos mismos fenómenos siguen activos en Pizarro, en Jurado, en Cupica donde hace poco obligaron a desplazar la población; la cual tampoco estaba en el sitio que señala la literatura de fines de la Colonia. De tal manera que -según la escasa información- entre 1800 y hoy Cupica ha ocupado tres sitios. En cuanto a Tumaco lleva casi tres siglos sobre su arenal sumergido cada día por el pleamar en marea de puja; se busca sin éxito su traslado desde el maremoto de 1906, y estos días el tema era nuevamente noticia. Del Cascajal ni hablar; un pueblo sin suelos con puerto sin aguas. Y por estas dos razones en emergencia permanente desde que en la navegación las grandes naves con casco de hierro sustituyeron las pequeñas goletas coloniales en maderas.

En todos estos lugares tan diferentes, **este conocimiento previo de las condiciones naturales, me es imprescindible** para abordar el conocimiento de las sociedades que los poblaron; y mediante el transcurrir histórico y variados procesos, con un ritmo distinto aquí o acá los transformaron en pueblos y ciudades; otorgando a cada localidad no sólo su tamaño físico y demográfico sino también su propia identidad social y sus peculiares rasgos espaciales de paisaje y personalidad física, en un escenario natural y estético que es su patrimonio natural propio.

Aquí se sitúa lo que llamo la historia actuante . Lo cual significa que de ayer a hoy, reconstruido un proceso urbano, de pronto me suministra un conocimiento con alcance social, que superando mi objetivo de curiosidad personal, **puede ser útil a los demás y manejado a favor del futuro de tal o cual localidad.**

Otro manejo gráfico de los datos se refiere a unos hábitats aborígenes modernos donde el uso del espacio está en relación directa con sus distancias internas. Es decir que en este caso el concepto de distancia se torna imprescindibles para descifrar las prácticas sociales.

Este mismo método gráfico también usó Gilma Mosquera, pero con más precisión informativa y mayor exactitud, en varios hábitats costeros del Pacífico, para establecer,

dentro de un determinado territorio social, los variados nexos y relaciones de los habitantes con los distintos espacios en función de su distancia del núcleo residencial, y eso a lo largo de un proceso que duró más de un siglo. Pero en estos tiempos de la ley 70 y de la titulación colectiva, este ejercicio académico y de conocimiento adquiere una utilidad evidente.

Con esta última precisión, quiero insistir en el carácter socialmente útil y actuante de mi búsqueda del conocimiento.

UNA PAUSA.

Después de quince años de trabajos exploratorios, pero continuos y sistemáticos, se podía montar, ya al revés, en forma cronológica y didáctica, el panorama global de un proceso y de un fenómeno: la ciudad en Colombia. Fue la fase final del trabajo, a la cual me dediqué para dar coherencia y unidad a múltiples estudios parciales que habían quedado sueltos y desiguales; unos se cierran con una respuesta, otros concluyen con un nuevo interrogante y quedan con una puerta abierta. Cada producto obedece a un esquema operativo y una estructura investigativa propios, cambiantes según el tema y el propósito.

En 1989 estaba terminando un manuscrito que alcanzaba dos mil hojas y del cual ignoraba la validez o la utilidad, y cuál sería su destino fuera de las aulas. Pero cumplí mi propósito; logré entender qué fue lo que sucedió, tengo una explicación que me satisface medianamente; a mí por lo menos. Que se vuelva o no un libro, eso es otro asunto; asunto de fabricantes de libros y de mercadeo. En eso no tengo nada que ver.

(Adición 1992: Inesperadamente, el año siguiente -aquel del «descubrimiento»- Alberto Saldarriaga y las hadas andinas estaban presenciando una conferencia que dictaba en la Casa de la Moneda y así «descubrieron» mis trabajos. Actuaron con su poderosa varita mágica; dentro de pocos días mi manuscrito sobre «La ciudad colombiana» se transmutará en libro ...

(Adición 1994: ... que obviamente tenía que confirmar mi previsión; a nadie interesa. Como lo esperaba, nadie lo ha leído).

Pero no me doy por satisfecho con este inesperado resultado editorial, y a veces me asombra lo mucho que trabajé y lo poco que se ve. Más consigo y siempre más me falta. Es que **cada vez que aclaro algún enigma, de este mismo saber adquirido surge enseguida el abanico de tres o cuatro incógnitas nuevas que antes ni siquiera sospechaba**. Como quien dice que **saber, es en primer lugar descubrir y revelar nuevas ignorancias**; es saber la dimensión de lo que se ignora. El resultado final puede ser muy desproporcionado, y una pequeña luz generar una extensa zona de sombra.

El asunto parece funcionar a la manera de este horizonte con vibrantes ciudades blancas ondulantes e inaccesibles, que iba yo persiguiendo durante horas bajo el fuego de mediodía en el desierto de Saa da Bandeira en el sur de Angola. A cada rato me parecía acercarme al espejismo, y enseguida me daba cuenta de que estaba retrocediendo y permanecían inalcanzables, inmaculadas y quiméricas las míticas ciudades. Tengo que asumir esta dialéctica del conocimiento; de la depresión del desierto de Somalia hasta la biblioteca o los ilusorios “castilletes” mágicos de la Guajira, el viaje no tiene fin. El horizonte siempre retrocede y nunca se llega a las resplandecientes ciudades blancas e inmateriales de la sabiduría absoluta.

Asimismo, hay una evidente desproporción entre quince años de labores (episódicas o continuas según mis compromisos socio-laborales y dedicación) y sus resultados finales; que no son finales, ni completos, hablemos más bien de resultados actuales y provisionales puesto que además, como siempre sucede, en el camino fueron naciendo otras incógnitas. De hecho, tengo que admitir que **un trabajo mío nunca concluye ni se presenta como terminado sino más bien como interrumpido o detenido y “en obra negra”**. Por tanto se entrega un trabajo parcial y sin terminar, que por ser interrumpido solo deja fragmentos de nuevos conocimientos. Y que por sus limitaciones queda muy distante de nuestras aspiraciones de totalidad y unificación. Pero **un trabajo investigativo nunca termina, siempre se detiene y se interrumpe**. Entonces, cumplida la tarea, uno registra los logros del conocimiento adquirido, y con la necesaria modestia deja la puerta abierta para aquellos que quieren saber más .

Un caso corriente ilustra esta dicotomía. Para poder analizar el cuadro de un padrón demográfico del país en 1776, tuve que dedicar desde un domingo hasta un miércoles no menos de treinta horas de un trabajo embrutecedor. Tenía que manejar, solo, simultáneamente a mi izquierda el maldito cuadro con 24 entradas verticales y otro tanto de indicadores horizontales; a mi derecha la doble hoja de papel cuadriculado donde venía transcribiendo estos datos pero transformados con otras categorías; según el caso agrupados o discriminados. Al frente estaba la imprescindible calculadora para traducir esta pelota de cifras en porcentajes, y al lado la máquina de escribir para interpretar y dar forma escrita a esta masa de datos. El jueves, concluyendo todo me encontré con que el resultado cabía en 4 páginas...La investigación racional es cruel, y quizá un especialista no se demoraría quince minutos para invalidar y volver añicos este trabajo. Sin embargo, de eso surgió después, un mapa que no he visto en ninguna parte (por eso me tocó diseñarlo), de la distribución espacial de la población del país y sus distintas categorías hacia 1776.

Puedo agregar que con eso se abrió una nueva trocha para contestar a una vieja pregunta: ¿si en esa época, fundar ciudades ya no puede ser privilegio de “nobles españoles”, entonces quién funda a Chiquinquirá, Barichara, Medellín, Barranquilla, Sonsón, Montería o Sincelejo, San Gil, y la Cartago de las llanuras, etc?

Entonces, se inició un trabajo sumamente largo. Pero culminó **destacando el papel determinante que tuvo el campesinado mestizo, zambo y mulato en el surgimiento de un nuevo modelo de núcleo urbano; las parroquias y villas de vecinos libres o de “mestizos de todos los colores”.** Todas fueron asunto de “plebeyos”, del proletariado, de los labradores y estancieros de los campos, el “común” y “las montoneras”. Ya no era obra de guerreros aparecidos y venales, y **de allí en adelante fundar ciudades sería, esencialmente, obra y respuesta del campesinado en busca de mercado.**

Quería precisar estas farragosas circunstancias; me quedará más fácil ahora describir algunas características de mi estilo de trabajo; asimismo señalar unos fracasos, uno que otro hallazgo, y muchos escollos.

LO TÍPICO Y LO ATÍPICO

Aquí quiero hacer un par de aclaraciones con relación a la periodización histórica y a la introducción del concepto de lo típico y lo atípico. En mi método lo típico surge de la multiplicación, de la abundancia, del elemento repetitivo; y lo atípico de lo escaso y excepcional. En una determinada continuidad típica, el surgimiento súbito de lo atípico me permite delimitar un período dominante de algún patrón vigente, es decir, deslindar lo típico; y ubicar lo anterior, lo arcaico, y lo posterior, lo tendencial. Por eso, para mí son igualmente importantes tanto el estereotipo generalizado como la obra aislada, única o excepcional.

No puedo construir una curva de tiempo sin estos tres momentos: lo anterior, muerto o moribundo, lo actual-vigente, lo futuro-naciente. Además, como se ve son estos dos extremos atípicos los que rompen el carácter fijo del período, le imprimen dinámica, movimiento, y me indican un cambio. Es con lo atípico que puedo superar la sensación de un conjunto inmóvil, estático, apacible y eterno. Con lo atípico logro advertir la variación, la mutación, es decir el movimiento; ubicar e **identificar el conflicto (existente o previsible)**, y **detectar la contradicción, siendo luego ésta la piedra angular de mi búsqueda para la explicación.**

Encuentro con frecuencia este «molesto» escollo de un hecho atípico. Pero no lo desprecio y lo excluyo, sino que lo respeto y lo integro. Y me resulta fructífero considerarlo como tal. Así, que **en la búsqueda de reglas no debo terminar eliminando las excepciones sino dándoles su lugar.** Entonces procuro agrupar similitudes y

analogías, pero sin excluir lo diferente; tanto me sirve lo anormal como lo normal; el primero revela el movimiento que ocultaba el segundo.

Supongo que todo investigador actúa así. Sin embargo, hay gente que bota los atípicos, aduciendo que por su escasez numérica, vistos desde la aritmética “no son representativos”. En mi método, más que representativos son de importancia capital.

Curiosamente, en ciertos casos son los mismos que transforman un “accidente arquitectónico” excepcional o único en regla, incluso en “estilo” tal como sucedió con el mítico mudéjar (escaso en las calles de Colombia, prolifera en las bibliotecas), las casas de haciendas o la mansión urbana suntuaria, enclaustrada y con patios múltiples, pileta esculpida, etc. Resultado: mis alumnos están convencidos que todas las haciendas del siglo XVIII en Colombia eran como El Alisal o Japio, y que todas las casas urbanas tenían la extensión y la calidad sofisticada de la casa Mosquera de Popayán. Piensan en ella cuando dicen “la casa colonial”.

Y precisamente, la casa Mosquera, aquella de Marisancena en Cartago o la casa-latifundio de Louis Peru de Lacroix en Bucaramanga son un buen ejemplo. En una época en que la regla es la división del antiguo “solar de cuarta”) en unidades menores, vemos tres solares latifundios que se mantienen intactos, adquiriendo valor de contraste por su carácter excepcional, atípico. Es más, en dos casos ni siquiera se trata de una división predial de conquista, puesto que la traza de Cartago es de fines del siglo XVII y aquella de Bucaramanga de fines del siglo XVIII. De tal manera que su persistencia testaruda indica otro hecho singular; y para mí un sendero nuevo que se abre y que ignoraba.

En cuanto se refiere a las construcciones, con su juego alternado de patios en forma de claustro, asombran por sus dimensiones, su riqueza o sus materiales, y surgen como una anomalía y de manera provocadora en un entorno arquitectónico sumamente humilde, o por lo menos mesurado y bastante discreto en sus proporciones y expresiones estéticas. Indican hacia fines del siglo XVIII un afán de individualismo y de exhibición de poder y riqueza por parte de algunos ciudadanos.

Un siglo más tarde en los poblados cordilleranos que van surgiendo de la economía cafetera de laderas, volvemos a encontrar en cada localidad algunas viviendas suntuarias y excepcionales, con lo cual manifiestan su éxito social los más ricos pobladores. Eso es lo que engañó a Néstor Tobón, quien no captó su carácter atípico; entonces registró estas moradas como si fueran la regla y no la excepción. Lo distinto, lo sobresaliente, lo más llamativo y espectacular en la geografía urbana, quedó consignado en el libro como lo más representativo: así el libro, por lo demás técnicamente perfecto y magnífico, deforma los hechos y adultera la realidad; así, traiciona la verdad.

Asimismo, durante otra bonanza una actitud parecida explica aquí o acá, el castillo feudal Marroquín, el castillo Carvajal, el palacio Echeverri, la babilónica casa egipcia de Villanueva, los ponqués rocócó del barrio Manga o el palacete pastelero de Félix Salazar en Manizales; y en general, el fachadismo agresivamente provocador e individualista de la (primera) danza de los millones.

Finalmente, en estos alegres años 80, observaba unas estrambóticas mansiones que deslumbran toda la parroquia, construidas con un presupuesto de un millón de dólares: mármol, oro, prácticamente fueron importadas en estas cordilleras por los “lobos” de la nueva mafia. A lomo de “mulas” digamos ...

Entonces, esta sucesión histórica de anomalías y atipismos, consignados en cada época, ya me dicen algo y no los puedo ignorar; están llamando mi atención por su repetición periódica y su continuidad; parecen obedecer a ciclos. De pronto puedo reflexionar en tomo a esta persistencia, quizá buscando una tradición social relativa a la exhibición de riqueza y poder que se manifiesta en varias épocas y en determinadas condiciones, en ciertos grupos por medio de la arquitectura de la morada. **Expresan brotes que se producen en forma cíclica, según un determinado ritmo; y por lo tanto, no son ni excepcionales ni únicos, ni mucho menos atípicos.**

Son excepcionales en su momento, bueno, sí; pero también lo son los temblores y los maremotos; sin embargo éstos, de repente pueden jugar con nuestra vida y nuestra muerte. Entonces, de pronto las ciencias de la naturaleza tuvieron que considerar

estos cataclismos devastadores aunque infrecuentes. Los geólogos los clasificaron por tipos, manifestaciones, aparición, efectos; luego les pusieron números en una escala, por duración, profundidad, intensidad, finalmente por frecuencia, ritmos y ciclos, etc. Así agregando indicadores y variables, llegaron hasta detectar su comportamiento, y que se producen en determinadas condiciones.

Volviendo a nuestro caso, brotan en pocos años veinte casas atípicas dispersas en el país; a los cien años se repite eso, durante muy poco tiempo; vuelve a suceder hacia 1920, y otra vez hacia 1980. Sospechamos que lo atípico ha perdido su singularidad inicial; **se está tornando un fenómeno cíclico, con determinado pulso, y que obedece a un ritmo.** Reflexionando, varios indicios nos llevan a pensar que surge, y sólo surge, cuando en el país se reúnen varias condiciones para darle vida. De pronto, eso puede dar pie a una tesis, o una ley histórica ...

Me acuerdo de una construcción explicativa perfecta que yo tenía elaborada, una maravilla. Y un buen día, casi accidentalmente, recorriendo las tortuosas callejuelas de “la cité” de Cartagena se me evidenció la falla: Cartagena no cuadraba en nada con mi modelo explicativo. Surgía un tipo que no había sido ni clasificado ni siquiera identificado o considerado y que, por supuesto, no cabía en la parrilla de mi tipología; salía una espina. Me puse a analizar esta anomalía, y me resultó un caso atípico que al fin y al cabo enriquecía la visión y apuntalaba mi construcción.

Pero para lograr eso me tocó trabajar hasta entender cómo pudo tener Cartagena en 1586, 300 casas apretadísimas y asfixiadas en 20 cuadras pequeñas e irregulares, chuecas o torcidas, con un promedio de 15 edificaciones por manzana. Y por qué desde fines del siglo XVI, al contrario de las demás ciudades de conquista, no tenía traza ortogonal, presentaba un régimen de propiedad privada con extrema división predial, apartándose del latifundio catastral urbano cuadrado, no estaba construida en tierra sino en piedra, y no presentaba un perfil horizontal en planta única sino una silueta vertical con varias construcciones de tres pisos. Terminado este recorrido, por contraste, lo atípico reforzaba lo típico y lo resaltaba mediante la excepción.

Puedo agregar que otro problema parecido surgió, también en Cartagena, cuando descubrí que la ciudad más antigua del país (casi, por ser posterior la Santa Marta definitiva) era la que menos conservaba huellas arquitectónicas de sus primeros tiempos, y la que más infringía todas las prescripciones urbanísticas del Concejo de Yndias. Me tocó otra vez trabajar bastante hasta comprobar que los que más destruyeron la arquitectura colonial cartagenera no fueron los ingleses del XVII, ni los franceses del XVIII o los españoles de 1815, sino en 1920-30 los nuevos ricos cartageneros de la danza de los millones, siguiendo el camino destructor iniciado por un adinerado bárbaro italiano llamado Mainero.

A poca distancia, encontré otro evento atípico en la retícula de Santa Marta; una plaza alargada y no cuadrada, una manzana rectangular y desde luego una división predial no convencional. Estas dos excepciones de Santa Marta y de Cartagena, por medio de aproximaciones sucesivas me permitieron, entre otras cosas dividir mi período global, llamado “de la conquista”, como dije atrás en cuatro sub-períodos: la exploración del litoral, las bases de penetración, la penetración continental y la consolidación territorial de los enclaves.

Gracias a lo atípico pude dividir cien años en momentos más cortos y muy diferenciados, con un producto espacial diversificado. Pasando de la impresión y la intuición al conocimiento empírico, de lo global a lo parcial más preciso, de la suma a la división, la unidad se convirtió en diversidad y la homogeneidad en heterogeneidad.

Es también mediante este método que pudimos salir de este confuso término de “arquitectura colonial”; con la identificación de lo precoz, lo mediano, lo tardío y lo republicano. Aquí quiero señalar la vaguedad de los términos adoptados por los historiadores de la arquitectura: de hecho, al parecer no hay diferencia entre la torre de Avianca (1960) y el Capitolio (1850), puesto que ambos son de “la época republicana”... Eso por lo que escogieron calificar estilos con base en categorías de la historia política. En mi opinión hubiera sido mucho más apropiado considerar categorías que sí tienen que ver con el asunto de construir edificios, por ejemplo, su tecnología; y más acertado

separar períodos a partir del uso o desuso de un determinado material básico, período del bahareque, de la tapia, del adobe, del ladrillo, etc., o sea ¿quién construye, cómo, con qué y para quién? Porque de lo contrario, incluso podría argumentar que en Bogotá toda arquitectura es colonial; de distintas épocas, XVIII, XIX o XX, incluyendo el “colonial moderno republicano” ...

Miro un trabajo, por lo demás admirable y muy minucioso, de Jaime Salcedo construyendo el catálogo completo de algunos elementos arquitectónicos del siglo XVIII en Buga. No obstante, no se percató, o no le interesó, discriminar las subdivisiones que actúan durante el dominio español. No distingue entre el siglo XVI, el XVII y el XVIII. Al parecer todo es igual, como quien dice que la ciudad quedó petrificada durante tres siglos! Obviamente, con esta visión metafísica la ideología le “juega sucio”: comete errores elementales sobre la división predial y la tipología de solares y de patrones arquitectónicos.

Con todo eso, debo confesar que mi subdivisión de “lo colonial” es más intuitiva que demostrada. De la época calificada como precoz, sólo veo hoy algunos vestigios religiosos, templos y conventos. Pero sería incapaz de decir cuáles son los rasgos de este tiempo, en cuanto se refiere a arquitectura civil residencial. Tampoco puedo determinar con precisión cuándo y cómo se pasa a la etapa siguiente, en términos tecnológicos, estéticos y estilísticos. Quizá lo podría lograr en una ciudad petrificada, después de muchas labores, pero eso haría muy arriesgado formular una generalización a escala nacional.

Quiero agregar que **el asunto se complica cuando a la dimensión temporal se añade la diversidad proveniente del desarrollo territorial desigual**. Para ser más claro, y con un ejemplo ilustrativo, que algún patrón puede ser decadente en un lugar, incluso en vía de extinción, mientras que apenas está surgiendo en otro; este patrón moribundo en un sitio que experimenta determinadas condiciones, en el mismo momento, inscrito en un contexto diferente, es novedoso.

En otros trabajos, varios historiadores identifican acertadamente, entre la arquitectura de (lejana) inspiración francesa (o pretendida tal), y aquella llamada moderna y

procedente de Estados Unidos, un período que llaman “la transición”; pero solamente en este caso ven transición, considerada casi como una anomalía. Difícilmente podría aceptar esta periodización puesto que según mi visión, en la dinámica histórica ininterrumpida de cambio, la transición es permanente; parte integrante del movimiento dialéctico continuo de afirmación-contradicción, negación-afirmación.

Cuando llegué a Caloto tenía todo eso muy claro. No obstante, de entrada consideré equivocadamente que debía encontrar vestigios arquitectónicos del siglo XVIII. Con asombro terminé el trabajo concluyendo que no existe en el poblado, exceptuando un pedazo de la iglesia, una construcción anterior a 1900. Y que en términos de volúmenes y de materiales, se edificaba “colonial” en 1921.

La derrota de mi hipótesis culminó en forma positiva; lo colonial tardó que había olfateado de manera intuitiva en varios lugares, se asentaba ahora con firmeza, con el análisis empírico de Caloto. Adicionalmente, la corrección de la hipótesis falsa permitió elevar la visión. Habíamos considerado inicialmente la restauración eventual de unas tres o cuatro edificaciones presentando alguna huella de vestigios predeterminados por las dos fechas de un supuesto período. Inexistentes éstas, tuvimos que romper estas dos barreras, y entonces, se vio que era la totalidad del viejo casco que bien merecía una protección total.

Así, mediante **una práctica investigativa actuante**, tanto por sus fines pedagógicos en la universidad, y sus compromisos con la sociedad, las conclusiones alcanzaban un nivel superior. Eso se logró **pasando de la identificación y localización de los hechos, a la reconstrucción de los procesos.**

A todos nos ha ocurrido asociar en tal o cual ciudad “lo colonial” con un determinado perímetro correspondiente al recinto urbano en esa época. Pero cuando uno logra reconstruir los perímetros posteriores, verifica en el “anillo” del período 1820-1900 la persistencia de los patrones arquitectónicos y constructivos del pasado, es decir, la vigencia de los modelos coloniales durante todo el siglo XIX. De tal modo que, paradójicamente no es tanto en el mismo centro sino más bien en el pericentro que encontramos la

huella colonial más nítida, densa y persistente; **expresándose muy a menudo mediante la vivienda popular humilde más que por la mansión oligárquica.**

En el transcurso de los siglos XVIII y XIX, incluso a principios del siglo XX, Caloto nunca pasó de unas cien casas en sus escasas diez manzanas: “86 casas de paja y una de teja, con 535 habitantes” dice un informe de 1792. Y nunca tuvo más de una a dos casas de dos plantas y techadas con tejas. El resto eran “ranchos” y “chozas” bajas cubiertas con paja. Estas últimas, con un 98% del total, sin duda constituyen el tipo dominante y “colonial”. El primer censo de Cartago la nueva, establece que en 1771 la población urbana vivía en 246 casas, de las cuales apenas 7 con techo de tejas, (menos del 3%) y 239 cubiertas con paja. Estas últimas son las que configuran la visión acertada de “lo colonial”, y se comprueba en el registro fiscal; el avalúo del total de las 246 casas urbanas apenas suma 16.000 patacones, mientras los 467 esclavos tenían un valor de 116.750 patacones, o sea, que el promedio era de 250 patacones para un esclavo y de 65 patacones para una vivienda.

Las fuentes escritas o gráficas permiten afirmar que igual cosa ocurrió en Tunja, Popayán, Santa Fe de Antioquia, Pasto o Ibagué. No obstante, el muy difundido y mayoritario rancho de guadua, bahareque y paja “del común” queda hasta hoy injustamente excluido de “lo colonial”.

ALGUNAS REGLAS

Pienso que varios principios, no siempre formulados, conforman una especie de código que rige, o por lo menos orienta, mis prácticas investigativas. No siempre explícitos o claros, sin embargo, me sirven de guías de trabajo y voy a intentar alistar algunos. Ciertamente son lugares comunes, pero de pronto, por ser tan comunes son los que más fácilmente se olvidan.

La ciencia debe ser resuelta y deliberadamente amoral y sólo considerar la ética propia del conocimiento científico; es decir, que hasta dónde se puede, la “recherche” (la búsqueda) del conocimiento debe ser conscientemente desligada de la pesada carga de las consideraciones morales tradicionales. Despojémosla, aunque quede desnuda e impúdica al decir de los puritanos. Liberada de sus harapos mágicos y teológicos medio carcomidos y malolientes, quedará más hermosa, no hay dudas.

Entonces, tengo que quitarle este montón de escombros de mitos y vestigios de creencias arcaicas, que surgieron de la ignorancia y permanecieron precisamente para mantener la gente en la ignorancia; por lo que ésta garantizaba, en óptimas condiciones de seguridad, la persistencia y la reproducción del poder vigente. En la práctica racional de búsqueda del saber exacto, debo mantener una actitud cuidadosamente apartada de la ideología dominante, y desligada de las doctrinas religiosas y del mito, que tanto estorban la razón y obstaculizan el conocimiento en Colombia: lo que algún día llamé “los mitos paralizantes”. Pues estoy en busca de un saber (muy “terrenal” por lo demás), y no de una salvación divina y celestial. Mi propósito no es producir desde la fe un saber

“revelado”, pero si un conocimiento racional. Y para eso, como decía Engels, tengo que **“expulsar de la ciencia a la teología”, para poder “explicar el mundo partiendo del mundo”. Así podré pasar de la oración y la religión, a la observación y la reflexión.**

Entonces, impávido y distanciado, puedo asumir con naturalidad la comprensión de cualquier manifestación cultural humana y analizarla fríamente, por insólita o chocante que sea ante mi propia concepción de moral.

Un ejemplo tomado directamente de mi experiencia vivida, ilustra esta postura consciente y deliberada. Una investigación de Gilma Mosquera, que se podría calificar de antropología del hábitat, dedicada a las aldeas campesinas del río Atrato, concluyó con un programa de mejoramiento de caseríos y casas. Pero en el momento de actuar en algunas viviendas sumamente rústicas tropezamos con unas prácticas matrimoniales y residenciales algo singular, un mismo hombre jefe de dos hogares, o tres; cada esposa con su casa propia, y “adscrita” a un marido “itinerante”, si se puede decir.

De entrada y de una vez, decidimos apartarnos del concepto convencional de “inmoralidad” que aún prevalece en el Vicariato de Misiones en Quibdó. Hay que mejorar cada casa habitada, sea de quien sea; somos arquitectos, no somos predicadores en una cruzada de puritanismo. Y siendo que nuestro proyecto requiere la disposición de mano de obra familiar para cooperar en la construcción, lo único que aquí interesa es que el dueño de dos casas (y marido de dos mujeres), trabaje en ambas viviendas. Considerar el asunto de otra manera y desde la moral corriente, terminaría perjudicando a las dos mujeres y sus niños. (En realidad las encuestas establecieron que por lo general eran casos de parejas separadas, pero el ex marido asumiendo alimentos y gastos del hogar abandonado; es decir una situación universal).

Pero aquí también la historia se vuelve actuante. Un lejano pasado me explica esta situación y me proporciona pautas para actuar hoy. Se hace necesario, pues, situar la poligamia en su contexto histórico durante la esclavitud bajo el dominio hispánico ; las prácticas de los negreros, por ejemplo su fomento de la “autoproducción doméstica” de esclavos por medio de verdaderos “sementales”; o luego, bajo la República y después de

la manumisión, la producción agrícola de supervivencia del colonato africano reforzando el machismo ambiente, tornándose la mujer “la esclava del esclavo” como dicen los cubanos. Considerar **la poligamia**, al fin y al cabo, antes que sexualidad “satánica”, desenfrenada “lascivia”, o diabólica “lujuria”, **como forma de explotación económica; viéndola como una categoría de la economía, antes que sexual o adscrita a la libido.**

Por el contrario, cuando veo en los campos de Antioquia un modelo de casa rural constituida por una fila de cuartos que se comunican de uno a otro, con vanos pero sin puertas; que sólo el de los padres, el primero, tiene puerta hacia el exterior y es el único con cama doble, entonces mi recorrido investigativo descarta la tecnología constructiva, se aleja de la arquitectura, y se dirige obligatoriamente hacia una actitud mental, es decir, hacia la ideología sexual y los tabúes religiosos que saturan al campesinado antioqueño. Para detectar y entender eso, no podría afirmar si uno necesita más inteligencia o sensibilidad.

Entonces, cuando me hablan misioneros o etnólogos de la “prohibición universal del incesto”, se me hace que esta interdicción demuestra, no la ausencia sino la existencia de una práctica universal y corriente.

Poco me desvela o me angustia la idea de “verdad”; más que esta categoría adscrita a la filosofía, me preocupan en mis tareas cotidianas los conceptos de **precisión, de exactitud, de autenticidad y de veracidad**. Mis labores no pretenden a la eternidad, pero sí aspiran a cierta calidad. Y pude verificar que ésta, en gran parte, depende de la calidad intrínseca de los materiales utilizados; buenos, malos o pésimos según el caso.

La relación forma-contenido es otra noción básica de mi itinerario, y no una fórmula vacía. Concretamente no hubiera podido entender la proliferación de fundaciones de ciudades por los conquistadores entre 1530 y 1550, o sea, la forma que adquirió la organización de los espacios territoriales, si no hubiera **previamente aclarado su génesis en pugnas sociales internas; en la lucha de clases nacida de la venalidad, por ejemplo, como contexto y contenido en los cuales se inscribe su inicio.**

No tiene para mí excesivo interés el mapa que logré dibujar, de la división territorial político-administrativa del siglo XVI. Pero sí lo adquiere analizando su gestación

en la instauración de la propiedad inmueble privada, y observando cómo ésta, a su vez, desencadena una feroz guerra social entre conquistadores. Estos factores configuran el contenido que va a adquirir una forma espacial, traducida mediante el mapa de los feudos que fueron las primeras jurisdicciones municipales, agrupando cada una un determinado número de unidades básicas: las encomiendas. Por este camino estoy indagando los mecanismos mediante los cual, **un hábitat pasa a ser territorio.**

Aquí se asoma con insistencia la idea de historia actuante. Basta con una mirada al mapa de división municipal de Boyacá hoy, para comprobar -una vez más- que los municipios de fines del siglo XX corresponden muy precisamente con los territorios de las 120 parcialidades conformando las 70 u 80 encomiendas que existían hacia 1560. Y algo igual ocurre en Nariño.

De paso, -otro paréntesis- puedo señalar que esto ha interesado más a las facultades de ciencias humanas que a aquellas de arquitectura; quizá precisamente por hablar más del contenido que de las formas, más de la gestación de los hábitats que de sus rasgos físicos. De hecho, más que la casa me interesan sus gestores, constructores y usuarios.

Por ejemplo, estudiando el caso de Barrancabermeja como conjunto urbanístico y arquitectónico, a los tres meses de iniciado el trabajo aún no había tocado estos temas: pero tenía casi doscientas páginas en borrador sobre el contexto histórico nacional y regional desde siglos atrás; marco político, económico, étnico, social y hasta internacional y diplomático, que determinó el surgimiento de la ciudad-enclave, con sus peculiaridades.

Debo admitir que todos mis trabajos adolecen de desequilibrio y una marcada desigualdad en el tratamiento temático: el contenido ocupa la mayor parte, la forma queda descompensada, con poca elaboración, casi ausente a veces; resulta un tratamiento superficial y muy rudimentario. Es cierto y lo reconozco, en mis trabajos pulula la gente pero escasean las piedras.

El contenido lo conforma un conjunto de exigencias vitales de supervivencia impactando y presionando la sociedad. La forma es la mejor respuesta, la adecuada or-

ganización del hábitat para lograr solucionar estas exigencias: la representación visible, tangible y medible erigida sobre un contenido oculto en “los cimientos”. La segunda se capta en forma sensorial y se ve, pero el primero hay que buscarlo con la mente; con hechos, datos y reflexión.

Una de mis tareas -y de mayor interés en el proceso investigativo- consiste en establecer el contexto de la manera más acertada posible y con la mayor precisión alcanzable; y luego, identificar los nexos entre la forma y el contenido, es decir, buscar en primer lugar los factores que van a producir después, determinada funcionalidad o estética. Insisto, después, puesto que nunca encuentro un reflejo simultáneo entre contenido y forma, sino un reflejo diferido; más o menos rápido o tardío, según el caso. Soy consciente de la escasa posibilidad de sincronía, y de la permanente diacronía, entre las dimensiones económicas, demográficas o ideológicas de un fenómeno espacial, y sus reflejos físico-territoriales. Algo así como un espejo cubierto de vaho y donde va apareciendo la imagen a medida que la neblina se disipa. Como bien sabemos, la luz del relámpago corre más rápido que el sonido del trueno.

El caso de Buenaventura es muy dicente. Se colocan hacia 1880 los primeros rieles del FFCC hacia el Cauca; pero es en 1920 que el tren, desde el interior, arrastra los patrones arquitectónicos “nuevos” (ni tanto) que se reflejarían en la estación, la aduana o el hotel de turismo. Desde luego, diez hilos analíticos distintos, seguido cada uno mediante detenidas pesquisas, explican este desajuste.

Asimismo, cuando constatamos en veinte localidades a lo largo y ancho del país, la vigencia de los patrones de la arquitectura urbana del período hispánico 50 años después de la Independencia, estamos comprobando en una dimensión estética la persistencia testaruda del mundo social, económico, político e ideológico colonial; y desde luego la carencia de la tal “independencia” de las celebraciones oficiales.

No bastaba con la reciente República para cambiar la morada y cuestionar los patrones arcaicos. Se necesitaban varias condiciones materiales muy concretas, una nueva actitud mental, la construcción de una ideología de cambio, que sólo se asomarían en forma tímida finalizando el siglo XIX.

Si considero, por ejemplo, la historia del andén, visto como obra tecnológica, nos remite a la división y especialización de las áreas de circulación, tanto su segregación como su jerarquización. Habrá tráficos lentos y otros rápidos, unos humanos o animales, otros mecánicos, en vehículos.

Pero también, debo considerar la transmisión ideológica cuando veo que en determinada ciudad se copió el modelo sin necesidad alguna, y parcialmente; de manera tan mecánica como artificial. Por lo demás, es fácil seguir su aparición cronológica en una ciudad y después en otra y así sucesivamente. Entonces, este recorrido factual me permite entender que su generalización progresiva coincide con un momento en que se destaca un cambio de función en el centro, pasando de centro cívico-político a centro de negocios; con marcado incremento de los flujos que llamamos “origen-destino”, o sea, de las necesidades de relaciones. A su vez, este cambio significa una intensificación de los tráficos, una construcción en altura aumentando la densidad humana laboral, y todo eso converge para que tanto la naturaleza diversa de los flujos, como sus crecidos volúmenes, entren en contradicción con las especificaciones de las vías que conforman la red de relaciones. De todo eso resulta el andén, concebido aquí como ajuste de la forma con un nuevo contenido.

Entender un espacio arquitectónico como es el zaguán, su ubicación, su forma y sus dimensiones, nos remite a su aparición y luego a su ciclo y su extinción. Tendré que analizar su papel social, más que arquitectónico, para entender su éxito y más tarde su obsolescencia; lo cual *ipso facto* me lleva a su uso y a sus usuarios. Terminado un largo recorrido de pesquisas, se aclara que fue un espacio con marcado peso ideológico, en ciertos segmentos sociales, y en residencias urbanas con determinadas formas y dimensiones. Desaparece naturalmente, sin pena ni gloria, cuando queda sin este soporte de legitimación: caduca esta forma cuando pierde su contenido y se toma inútil.

La historia de un hábitat es para mí la historia de sus cambios, y en últimas la historia de sus contradicciones. Muchos hábitats del país, aún muy recientes y endebles, son particularmente sensibles a cualquier fenómeno localizado golpeando un

punto del conjunto, y repercutiéndose éste en la totalidad de su estructura. Es lo que llamo el efecto de la piedra en el agua, con sus ondas sucesivas llegando hasta las orillas y golpeando la vegetación ribereña y el talud.

Analizar dónde se dio el golpe es mi primera tarea. Pero luego tendré que pasar a una escala mayor hasta encontrar, en otros lugares, el origen del fenómeno, y sus múltiples consecuencias espaciales. Para ser más claro, puedo fácilmente identificar y caracterizar lo que llamé “el efecto Chapinero”. Pero hallar su explicación, su origen y sus múltiples consecuencias, me obliga a abrir la mirada hacia otras áreas de Bogotá, y quizá englobar la totalidad del “racimo urbano” de la Sabana. Pues el fenómeno se amarra a una cadena, está inserto en un todo; es origen de algo, pero también resultado de algo. Dicho en forma de imagen visual pero pasando a otro ámbito, con el surgimiento de Girón culmina un capítulo de la historia de Vélez, pero se asoman las premisas de Bucaramanga y del Pie de la Cuesta.

Algo parecido ocurre con la dimensión histórica del asunto. Detecto o registro los efectos de un fenómeno en alguna fecha, pero retrocediendo en el tiempo seguramente voy a descubrir que no era nada nuevo, que se presentó en otras épocas, aunque con otras características. Y entonces mi trabajo será precisamente identificar en qué se diferencia de las modalidades anteriores y por qué.

Una actitud básica grabada en mi mente, imborrable: dudar de todo, y de mí mismo, primero que todo. Por lo tanto **nunca dar algo como definitivo o adquirido de una vez para siempre. Y siempre guardar la total libertad y posibilidad de poner en cuestión lo que se logró. Así cuestionar no debe ser algo excepcional o dramático; debe ser la norma y lo normal.** Es más, me alegro cuando tengo que cuestionar algún logro. Incluso me alegro cuando este cuestionamiento aniquila un planteamiento mío; significa que mi razonamiento tenía fallas o estaba cojo.

Comparo lo que escribía Denis Diderot en 1746: *“Ce qu’ on n’ a jamais mis en question n’ a point été prouvé. Ce qu’ on n’ a point examiné sans prévention n’ a jamais été bien examiné. Le scepticisme est donc le premier pas vers la vérité.* (El escepticismo es entonces

el primer paso hacia la verdad.) *Il doit être général , car il en est la pierre de touche*".

La articulación entre mis convicciones, mi método y mis prácticas investigativas, se puede ilustrar con el manejo preferencial que siempre doy a la demografía. Privilegiar de entrada el análisis demográfico, en comparación con otros factores o indicadores, es:

- en primer lugar, tener disponible una cierta cantidad de datos útiles registrados de manera continua y bastante precisa (en razón de sus motivaciones, bien sean militares, políticas o tributarias), configurándose una información factual necesaria, relativamente exacta y confiable, y de fácil manejo estadístico.

- hasta dónde lo permite la información, poder medir el comportamiento y la dinámica de las fuerzas productivas; siendo éstas los cimientos que soportan gran parte de mi edificio cognoscitivo.

DEL MALTRATO A LAS CIFRAS.

Desde luego renuncié a la pretensión de conseguir series estadísticas continuas, que no cambien las categorías, variables censales y definición de los indicadores cada diez o veinte años. Con eso, también desistí de la sacralización ciega de las cifras; por el contrario, adquirí cautela y desconfianza.

En particular, debo cuidarme del fetichismo de las matemáticas, del encanto cómodo de los números, y por principio, desconfiar de las estadísticas. Por neutrales que se afirmen o parezcan, las registró un hombre que no lo era, por ser de carne y huesos, y con determinada adscripción ideológica y social. Dar a los porcentajes el tratamiento que se merecen, sin miopía ni excesos. Descartar los “promedios”, acordarme siempre del cuento del sociólogo, de los dos tipos en el restaurante, y del pollo asado: “Promedio, medio pollo por persona”, anotó el sociólogo en su ficha; y se fue. El epílogo, o lo conocen ustedes o lo pueden imaginar ...

Un estudiante, en su trabajo de Tesis, (por lo demás sumamente concienzudo) asegura que la minería de oro del Pacífico en 1746, estaba conformada por 109 dueños esclavistas y 7.502 trabajadores esclavos: y sobre estas cifras creíbles emite una conclusión que no lo es: “El cuadro muestra que por cada propietarios existían 68,80 negros esclavos»; así, sesenta y ocho, coma ochenta... ¿Cómo será alguien tan desgraciado para ser apenas el 80% de un esclavo? Y desde luego, revisando la lista, sitio por sitio, Real por Real, encuentro que un mismo dueño podía tener seis u ocho “entables y cortes”, algunos de ellos con una cuadrilla de 200 esclavos, mientras otros apenas disponían de una corta concesión con 4 trabajadores.

Otro me asegura que con los repartimientos de esta fundación, quedaron “en promedio” 7,3 tributarios por cada encomendero: coma tres, así... Por excesivo celo de precisión aritmética, resulta el encuestador con un comportamiento “agro-pecuario” y bastante primitivo. Olvida que su materia prima son seres humanos, y que no se pueden dividir como cualquier racimo de “primitivo”: ración, media ración, una cuarta, una mano, tres bananos.

Un tercero trabaja con porcentajes, pero me confiesa con pasmosa tranquilidad un manejo totalmente arbitrario de las cifras: tomó un universo parcial “por muestra” con proporción inicial de uno a treinta. Resultaron 70 unidades y globalizó, agregando treinta unidades ficticias. Lo que él llamó “porcentaje”, no era sino “porsetentaje”. Parece ignorar esta regla matemática básica de la técnica del sondeo, a saber que la muestra carece de valor si la selección no es representativa de la mayoría.

Un cuarto trabajó con 30 individuos y también nos entrega sus cuadros con porcentajes. Obviamente, es mentiroso y arbitrario, además de inexacto en los resultados, afirmar un universo de 100 en las conclusiones cuando no pasaba 30 en las labores. Es suponer alegremente que con los 70 faltantes no hubieran variado los datos, cantidades y proporciones. Pero las disciplinas del conocimiento racional, **se llaman así porque precisamente afirman con comprobaciones, no con suposiciones.**

Ahora bien, la tontería no es privilegio de la universidad, también se halla en la montaña. Un día, en la vertiente tolimense del Sumapaz, después de chapotear durante kilómetros arriba de Cunday en un lodo con consistencia de papilla y color de maizena, llegué a la frontera entre el café y la papa. Recorrí las diez cuadras medio desocupadas de un pueblo nuevo pero en estado muy avanzado de agonía; lo cual se pudo comprobar durante varias entrevistas con unos escasos ancianos que revivieron los años dorados:

“... Entraban mulas y mulas, la gente bajaba cargada de todas las veredas, desde el viernes por la noche. Esta plaza estaba llena de toldos, dos veces a la semana, se mataban diez reses cada sábado”.

¿Y ahora?, pregunté, y contestó el inspector de Policía:

“... No, no, no, todo eso se acabó, hoy día apenas se mata media vaca y sobra ...”

Bueno, siempre hay un optimista que ve la botella medio llena y un angustiado que la considera medio vacía... Como me aseguró otro “hace treinta años la mitad de la población iba descalza, mientras hoy en día el 50% tiene zapatos”..

El Estado mismo no está exento de barbarismos y estos días el DANE pone de relieve la distancia entre las matemáticas y la anatomía. Nos asegura que entre 1985 y 1993 la población del país creció a razón de 2,21 habitantes nuevos por cada cien, y cada año; dos coma veinte y uno ... Pero nunca he visto el 0,21 de un ciudadano de “estrato medio-medio” andando por la calle. Con razón alguien pudo decir que la tercera manera de mentir se llama estadística.

Lo que queremos decir con estas anécdotas es que en el registro meramente aritmético, en los conteos, y en su manejo, **las cifras tienen una validez y una utilidad proporcionales a su veracidad; lo cual exige de entrada su precisión y exactitud.** Eso a su vez nos obliga a ser muy escrupulosos en cuanto al origen del dato, y en cuanto a la seriedad de las fuentes que nos suministran la información. Aquí va una cadena: **validez, utilidad, veracidad, precisión, exactitud y, finalmente, seriedad.**

Pero tampoco podemos confundir investigación científica y contabilidad, para llegar a una veneración ilimitada y miope de la aritmética; o terminar sumisos y arrodillados frente al ordenador. Pensamos que no existe la magia de la supuesta super inteligencia del computador electrónico. Al computador le pasa lo mismo que a la embarazada ; sólo sale lo que entró, que es lo que uno le metió.

Otro tipo de manejo optimista de las estadísticas está muy de moda en los círculos del poder. Algún día, en un evento oficial muy concurrido se felicitaba un alto funcionario ministerial: el analfabetismo nacional había mermado de un 40% de la población en 1950 a un 20% en 1980. Confrontando estos porcentajes con los anuarios del DANE, resultaba que en 1950, de unos 10 millones de habitantes, unos 4 millones eran iletrados. En 1980, entre 25 millones, habían ascendido a 5 millones.

Codazzi, en cierta forma, fue un pionero de las estadísticas de población en el país. Comisionado desde Bogotá, en cada pueblo por donde pasaba en estos agitados años de

1850-55 anotaba con precisión un sólo dato demográfico: el número de varones en edad de llevar armas. Cien años después nada ha cambiado.

Algún día oí a alguien disgustado decir con desprecio: ¿De qué sirve el DANE?

Para mí la pregunta correcta es: ¿A quién sirve el DANE? Instrumento más técnico que científico, el DANE sirve pragmáticamente a un Estado, y por lo tanto, al poder de una clase, sus necesidades y su ideología. Además de que lo necesitan en el ministerio de Hacienda y de Gobierno, también lo necesita Planeación Nacional para sustentar sus permanentes solicitudes de empréstitos al BID, la OEA, la OMS, la AID, el Banco Mundial; para burlar las exigencias de la ONU y el PNUD, o la Unesco; o para mistificar los empresarios norteamericanos o los cacharrereros japoneses, la Siemens y la Ericsson, y cuantos más.

Sin embargo, eso no es nada nuevo. Encuentro las primeras estadísticas de este país en unas visitas de funcionarios Reales hacia 1560. ¿De qué tratan?, sencillamente de encomenderos, de “pueblos de indios”, de tributarios produciendo tantas hanegas de maíz o tantas mantas de algodón, y de la “chusma de chinos y chinas”, que son tantos. Y en Cartagena, para cobrar el impuesto sobre cada “pieza de Guinea”, los oficiales de la Hacienda Real registran números, origen, edad y sexo de los africanos que desembarcan. Más tarde se dinamiza el asunto y se tecnifican los conteos cuando el clero vive de diezmos, capellanías y otros tributos, levantando sus propios padrones fiscales. El impuesto, bien sea sobre exportaciones de minerales o importaciones, seguiría constituyendo lo esencial de las estadísticas coloniales, pero interferidas éstas por “la malicia indígena”. Por esto, no podemos confiar en cifras y conteos que originaban recursos y rentas para la administración española: ganadería, padrones de esclavos, producción minera, etc.

Al parecer nada cambió con la República sino que empeoró, eso es lo que se deduce de la correspondencia entre Bolívar y Santander. Además, se agregó la dimensión política, y en adelante la aritmética se subordina a las luchas de poder entre fracciones de la casta dirigente. A partir de ese momento no podemos confiar en ningún censo de población, sea local, regional o nacional. Resultan viciados todos por los sucesivos sistemas electorales, y adulterados con fines políticos. Como bien se sabe, Rafael Reyes

no fue más que uno entre muchos beneficiados de estos fraudes. Por eso, cuando trato de trabajar con el censo de 1912, me detengo perplejo ante los detalles de cada departamento, con la repetida advertencia de “que sólo se contabilizaron a los hombres”. Por supuesto, había elecciones a la vista y solamente votaban los varones...Cierro el libro y lo guardo, algo desilusionado. Para mi consuelo, la encuadernación se ve bonita en el estante; en definitiva el censo de 1912 sí sirve para adornar la biblioteca.

Ante estas situaciones vividas a diario, lo importante para mí es acordarme siempre de que la estadística no es en Colombia categoría de tipo científico; se inició como asunto meramente fiscal y exigencia del Ministerio de Hacienda, y sólo adquiere tecnificación para el mejor cumplimiento con estos fines. Nada ha cambiado; hoy en día sigue siendo el mejor auxiliar de este Ministerio.

En 1977 nos llegó de la Gobernación del Valle, un informe del Director de la Oficina de Planeación Departamental. Analizaba los resultados del censo de población de octubre de 1973, comparándolos con aquellos de 1964. Notaba un aumento prodigioso de la población rural en el municipio de Sevilla, con una tasa intercensal anual del orden del 8%; hecho único en el país, y por lo tanto atípico, de ser cierto. No obstante, en el momento de concluir, el autor, apoyándose **en un dato local, excepcional y sin verificar, lanzaba alegremente la tesis de una supuesta estabilidad y dinámica demográfica rural en todas las áreas cafeteras.**

Fuimos a la fuente y llegamos al billar El Vesubio, en el costado este de la plaza, donde estaba tomando tinto el supervisor del censo del 73, y durante la entrevista contó lo que había sido:

“ ... No fue fácil, imagínese, en plena cosecha grande, había que ir de finca en finca, y en cada una, en cada campamento, estos galpones donde a veces duermen hasta 100, 200 hombres o más... Es que en esa época de mayor cosecha nos llegan de todas partes como 20.000 cosecheros... Yo seguí las instrucciones del Manual del DANE, censar todos aquellos que durmieron aquí la noche anterior.”

Después, como si fuera poco otro chequeo permitió comprobar que estos mismos cosecheros temporales, también habían sido censados con su familia en su lugar de origen y de residencia permanente. Creemos que sobran los comentarios.

En 1993 y en este inmenso municipio selvático, es la maquinaria politiquera y corrupta local, aquella que nombró el delegado encargado del censo de la población rural. No iba a recorrer miles de kilómetros cuadrados de ríos y montes en busca de cada choza campesina. Decidió que lo más cómodo era usar el excelente censo anual del servicio de la Malaria, pero “ajustado”; lo cual en definitiva consistía en agregar veredas fantasmas e inventar ranchos y aldeas inexistentes. El censo nacional de población, con cifras infladas, se había convertido en un medio para subir el número de concejales, y de paso conseguir del Estado un aumento del I.V.A., es decir, de las partidas anuales que revierte al fisco de los municipios.

Quedar libre, con una libertad vital y positiva; es decir con absoluta disponibilidad mental ante los hechos. Aquí cabe el caso del sociólogo de Candelaria (Valle) quien me solicitó dirigir su tesis de grado. No podía entender por qué desde 1960 crecía tanto la población y tan poquito las dimensiones del poblado o su altura construida; una desproporción inexplicable, por lo que además no se verificaba ninguna densificación interna.

Es que este cristiano no miraba afuera; yo sí, y además miraba desde arriba: una secuencia de los vuelos aerofotográficos resolvió el interrogante. Entonces, se vio que las excelentes tierras que rodeaban el poblado, pasaron de pastos a suertes de caña. Mientras tanto a poca distancia, unos suelos esponjosos de baja calidad y productividad recibieron el incentivo especulativo de una demanda de vivienda popular exógena. Ahí surgió un “satélite” urbano distante de la cabecera. Candelaria se “desdobló”, y creció pero mediante un nuevo asiento, distinto pero a poca distancia, llamado Villa Gorgona y que al fin y al cabo resultó ser un apéndice de los suburbios de Cali. En otras palabras Gorgona es el crecimiento de Candelaria desde los años 60, y hoy en día rivaliza en peso demográfico -y político- con la cabecera, incluso eligiendo alcaldes del municipio. Lo cual significa que sucedía un fenómeno análogo a aquel de las grandes metrópolis, Usme con Bogotá, Jamundí con Cali, Malambo con Barranquilla, Villamaría en Manizales, Dos Quebradas en Pereira, etc. Ilustra eso que yo llamo **la fase cualitativa de la**

urbanización, cuando aparecen procesos territoriales antes desconocidos, como son “los planetarios urbanos” o la “satelización”; y entonces, en órbita a cada epicentro saturado, van surgiendo “los pueblos-metástasis” de las nuevas constelaciones .

Visiblemente mi alumno falló en la fase de la observación; hecho grave, siendo que interesa -y afecta- el inicio del trabajo, y puede tener consecuencias posteriores. Siempre consideré que la investigación es un largo camino que se inicia con hechos ciertos y datos acertados.

Además la observación tiene sus propias reglas de disciplina y sus límites. Camino por una trocha en la selva chocona y llego hasta un sitio barroso y muy húmedo donde observo alrededor del charco la presencia de una colonia de mariposas. Combinando pedantería con erudición diría que pertenecen a la familia Satyridae, del género Penrosia, y todas de la especie Lena. Regresando al lugar cada día y terminando poco a poco la estación de lluvias, observo:

1- que el barro se va secando paulatinamente con el sol que penetra por el bosque.

2- que simultáneamente van disminuyendo, y luego desaparecen por completo del lugar, dichas mariposas.

Desde luego conecto estas dos observaciones, me voy y me olvido del asunto. El año siguiente, en la misma época climática, en iguales circunstancias y en el mismo lugar, hago constataciones análogas. Entonces, me acuerdo de la primera observación: sus conclusiones se repiten exactamente.

Con estos datos, ya me parece posible detectar un ritmo, o identificar un fenómeno cíclico, pero limitado a un lugar, a un momento climático, y considerando solamente determinada categoría de lepidópteros. Después, trato de extender las observaciones. Multiplico las observaciones en otros hábitats de Satyridae, en un ambiente natural similar. Mi hipótesis va adquiriendo cierta firmeza y seguridad.

Pero hasta allí no más. Sé que sería necesario indagar en otras estaciones del año, y en numerosos sitios, y comprobar por doquier los mismos indicios, antes de poder pretender elevar mis primeras conclusiones al nivel de una afirmación precisa y exacta.

Entiendo que así procede y avanza el conocimiento racional y exacto. Encuentro una nota de Freud en 1924 que parece ir por el mismo camino y que yo puedo traducir así del francés:

“En sicoanálisis, después de un gran número de observaciones e impresiones aisladas, por fin se edificó algo como una teoría, conocida bajo el nombre de “teoría de la libido”.

En cuanto al abandono de una vía por otra:

“Solamente los creyentes que piden a la ciencia sustituir el catecismo al cual renunciaron, considerarán con mal ojo que un sabio adelante y desarrolle, e incluso modifique, sus ideas”.

Para eso me sirve la estadística: trazando un umbral aritmético, **mediante el cambio de números de pronto logro identificar un cambio de naturaleza y de calidad.**

Hace poco mostraba a un alumno de Tesis algo que él no había visto en su cuidadoso cuadro demográfico: a lo largo de cien años, la tasa anual que nunca había pasado del 3%, en algún momento y durante unos diez años ascendía a 4%. Cuando le señalé eso, dijo muy despreocupado:

“Bueno la diferencia no es mayor».

No se daba cuenta que de 3 a 4, sencillamente, una curva demográfica antes producto exclusivo de la simple tasa del crecimiento vegetativo in situ, ahora tenía que considerar la categoría de un aporte migratorio, sus dimensiones, su significado y sus repercusiones. Lo que equivale a decir, que **entre 3 y 4 se había producido, más que un brinco cuantitativo, un salto cualitativo que podía incidir poderosamente en el futuro del poblado ...** y de la tesis de grado del sociólogo. En el concepto del estudiante “la diferencia no era mayor”. Para mí, más que “mayor” era capital. Avanzando las asesorías, me di cuenta que el casi planificador, al parecer poco había cambiado mentalmente entre los 10 y los 20 años; pero no importa puesto que de 10 a 20 la diferencia no es mayor ...

LA PREGUNTA.

-¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Porqué? ¿Cómo? ¿Quién?, mi tarea siempre se inicia con uno de estos interrogantes, y a veces todos se presentan al tiempo y en cascada . Al principio está la ignorancia y el deseo de elucidar para alcanzar el conocimiento; se asoma una pregunta, no siempre clara. Mi primer paso consiste en formular correctamente esta pregunta y darle su contorno y su delimitación, para que sea una sola. Del cuidado de este primer paso depende mucho lo que sigue, y desde luego, el producto final, su alcance y su calidad, su fracaso o su éxito. **Construir y expresar bien el interrogante que me motiva es de una vez facilitar la búsqueda y la consecución de la respuesta.**

Con mi interrogante se inicia una aventura y un camino, siempre largo, nunca recto, sembrado de trampas. Cuidando su formulación , desde la partida se me facilita el tránsito. Lo anterior me obliga a pensar, delimitar y planear las labores y sus diversas fases, programar las tareas y operaciones, con tiempos e imponderables. Es una construcción que se eleva sobre sus fines y metas.

Si me interesa el tema general de los hábitats de colonización agraria al finalizar el siglo XIX, hay múltiples maneras de formular el problema. Según el caso y el enfoque, puedo privilegiar:

- La colonización “de vertientes”.
- La colonización “del siglo XIX”.
- La colonización “antioqueña”.
- La colonización “cafetera”.

-La colonización “campesina”.

-La colonización de los baldíos de la Nación.

Evidentemente, con el primer enfoque prevalece el análisis geográfico de las condiciones del ámbito natural; el segundo, significa que me interesa un determinado momento político. Por el contrario, con la tercera proposición insistiré en un proceso demográfico y social, incluso con connotaciones étnicas. Con el planteamiento siguiente, mis labores se centran esencialmente sobre un producto y tratan de explicar el fenómeno a partir de un proceso productivo y económico. Con el quinto título trataré de entender el desarrollo de una clase. El último me llevará directamente a las políticas de tierras y al Derecho de propiedad, desde la Independencia.

Son seis “entradas” temáticas, pero ninguna sobra y ninguna sustituye o elimina las demás, puesto que se trenzan y se complementan. No hay tal división siendo que de todas maneras tendré que transitar estos seis caminos: convergen, se enlazan y se unen para explicar de manera sintética la organización espacial de estos hábitats y la especificidad de sus redes urbanas.

Resumiendo lo anterior, debo tener absoluta claridad sobre el propósito, y eso desde el principio: **investigación que se inicia mal termina peor. Investigación que parte con un pie llega coja, o no llega, se queda en el camino.**

Asimismo, toda labor mía se inicia con un primer grupo de tareas arduas, dispendiosas, silenciosas, incluso fastidiosas a veces, **conformando la fase de la información, la base fundamental del edificio: observar, registrar y clasificar.** Es la etapa del “abasto” y el dato es su materia prima; los aconteceres y los hechos su sustancia. Imprescindiblemente.

Culminando esta fase, entonces sé que la cosa es así. Ahora lo que me interesa es resolver el siguiente interrogante: ¿por qué es así? Precizando algo que mencioné páginas atrás, es cuando tengo que **pasar de la identificación y localización de los hechos, a su articulación, a sus conexiones, y a la reconstrucción de los procesos.**

No debo mezclar dos preguntas, una es una y otra es otra; ésta última se registra y se guarda, se le dará su tratamiento más adelante. Es probable y casi seguro que la primera pregunta, aparentemente sencilla, se complique o se duplique y se desdoble en el transcurso del trabajo, y que éste se amplíe; con seguridad le saldrán ramas, y al investigador canas.

Por tanto necesito tener siempre presente siempre esta preocupación meramente utilitaria: ¿Qué se investiga? ¿Y para qué? ¿Este dato me sirve? ¿Y para qué? ¿Lo necesito ahora o más tarde? Controlar el flujo incesante de preguntas pensando que por lo general cada respuesta suscita enseguida diez preguntas nuevas. **Así actúa el movimiento dialéctico: problema-solución-problema.**

En cuanto a la hipótesis, como bien saben, es una suposición a priori, una propuesta tentativa de respuesta formulada aún en forma interrogativa y provisional, desde mi intuición y apoyada a veces en conocimientos previos; sobre ella se arma todo el andamiaje operativo que estructura las labores investigativas y su misma lógica.

Terminadas las labores, se comprobó la pertinencia de la pregunta y de la hipótesis. Ésta pasa de hipótesis a tesis, de interrogante a afirmación. Pero a todos nos ha ocurrido que las labores no confirmen nuestro supuesto inicial. Terminadas éstas, no se confirmó nuestra hipótesis, sino que, por el contrario, fue refutada y derrotada; por lo tanto, hay que abandonarla, y buscar otra.

Por doloroso que sea, eso no es siempre negativo; hasta puede ser más fecunda y positiva la refutación que la comprobación. Ahora queda por averiguar si la hipótesis se derrumbó por errónea o por una falla en su formulación; o por razones digamos técnicas, información insuficiente, defectuosa, o su mal manejo. Pero la moraleja sería que se requiere la máxima flexibilidad y versatilidad; lo peor lo más estéril es aferrarse a clasificaciones a priori que luego destruyen la misma vida y la práctica.

No confundir hipótesis con axioma, aunque parezca aquí infantil mi observación. La hago por lo que a veces un estudiante me presenta como proposición necesitando labores de comprobación o verificación, lo que no es más que un principio demostrado

y establecido desde tiempo atrás. Me acuerdo del caso de un alumno que me presentó un tema de investigación partiendo de esta supuesta hipótesis: el aumento de los índices de ocupación del suelo y de construcción, origina un aumento de la densidad residencial. Descubrió en 1990 por cuenta propia, algo que sabían Vitruvio e Hipodamos de Mileto... hace algo más de dos mil años, y que hoy se llama axioma (¿quizá sea una ley?). Relativo a la arquitectura, es más o menos como un alumno de ingeniería hidráulica que presentaría este tema de tesis: «Importancia del agua para la navegación.»

Moraleja: recordarme siempre que lo que estoy yo “descubriendo”, a lo mejor miles de parroquianos ya lo sabían. No olvidar lo que le pasó a Colón, que por muy ignorante y todavía más testarudo y petulante, terminó ridículo para la eternidad; y la eternidad es muy larga, afirman unos que no tiene fin. Lo cual no pasa de ser mera hipótesis ...

¿ Como evitar este descalabro ? De entrada **averiguar que nuestra pregunta también es un enigma para el resto de la humanidad. Es decir hacer un repaso de lo que los especialistas llaman “el estado del arte”. Es decir situar mi interrogante entre lo conocido y lo que aun se ignora.**

Por experiencia aprendí que la investigación es un árbol, alto y frondoso, y que crece y crece... Parto del tronco y voy trepando en las ramas bajas, luego más altas, hasta finalmente llegar a las extremidades de las ramillas; pero tengo que regresar a la base. Hay que saber “cortar” ramas, de lo contrario, uno corre el riesgo de quedar colgado en las ramillas ... Por lo tanto, antes de quedar uno extraviado en este matorral, es necesario distinguir lo esencial de lo secundario; separar lo importante de lo anodino.

La investigación no tiene fin; sino el fin que uno le ponga. Hay que saber iniciar una investigación pero más importante aún es saber cerrarla y darle término. Digo eso porque comprobé que **la investigación no tiene final y nunca termina, puesto que en la dialéctica del conocimiento cada respuesta resulta enseguida preñada por diez interrogantes nuevos surgidos de esta misma respuesta.**

La investigación es provocativa y apasionante; hay que saber resistir a sus encantos, apartarse de sus seducciones; delimitar el tema y no salirse de él. Me acuerdo de un caso

en el cual olvidé esta regla. Me dejé conquistar y tomé una desviación, una “trocha” que me llevó al Sumapaz y a dos años de trabajo inesperado; dejando de lado el camino principal. El producto final no tenía nada que ver con el proyecto inicial .

En Barranca inicié mirando calles, puertos, el malecón y las dos curiosas plazas rectangulares diseñadas por la Tropical Oil Company, casas y edificios: pero de pronto me encontré sumido en la legislación nacional sobre petróleos. Terminé haciendo una lista de todos los ministros títeres, presidentes comprados, altos funcionarios sobornados, abogados nativos venales, embajadores lacayos, empresarios corruptos, y otros testaferreros tramposos al servicio de las petroleras de Estados Unidos desde 1905 hasta los años 40. Eran tantos que me cansé, afortunadamente; mi ensayo se estaba convirtiendo en el directorio de la vergüenza nacional...

¿Cómo iniciar? Contestaría lo mismo que respondió un escritor a Henry Miller cuando éste le preguntó: “¿*Cómo empezar a escribir?*” ¡Escribiendo! ¿Cómo iniciar una investigación? Investigando, el resto se complicará enseguida, de eso podemos estar seguros.

Aquí surgen los métodos y las técnicas, separados y unidos; pues con cierta frecuencia el método implica -o descarta- distintos tipos de recursos y de herramientas . Pero hay una regla general, que un manual resume así:

«Toda ciencia se basa en la experiencia y consiste en aplicar un método racional de investigación a lo dado por los sentidos. La inducción, el análisis, la comparación, la observación, la experimentación son las condiciones fundamentales de este método racional».

Además, no puedo ignorar que en ciertos casos la existencia, la abundancia o la carencia de medios y recursos, la disponibilidad de instrumentos, influyen en el método, lo modifican o lo condicionan; y finalmente, interfieren con mi trabajo y repercuten en el producto final. De todas maneras, en esta fase de las tareas, dos palabras usadas en la plaza de mercado me servirán de guía: abasto y suministro.

Mi materia prima es el dato, es decir, el hecho, el acontecimiento, el suceso, vuelto información; de su comprobación, precisión, veracidad, exactitud, en gran parte depende la calidad de mi trabajo. De hecho, mi propia posibilidad de producción, en gran parte depende de la información disponible: según el caso inexistente, escasa o prolija; no siendo esta última siempre la mejor. Además, el mismo tipo de datos que se consiguen puede inclinar mi enfoque de un determinado problema, fijar su derrotero y sus límites.

Encuentro un renombrado “historiador” santandereano escribiendo a propósito de la génesis de Bucaramanga:

“... Dilata su arraigo étnico hasta las solemnes murallas de la época colonial que resguardan la histórica y linajuda Girón de los desbordamientos de su río de leyenda, se extiende en ímpetu de centauros hasta los cauces puros que vieron resplandecer en sus torrenceras de cristal el torso desnudo del cacique Chanchón, y ascienden en espiral audaz a los cerros helados del páramo para oír las consejas del Pamplonita, que multiplica en sus ondas el perfil de bronce de Francisco de Paula Santander”.

Está bien, abundan epítetos, adjetivos y metáforas lindas; pero me faltan datos. No obstante me quedó algo de esta lectura; aprendí que todavía hay gente confundiendo la historia con la creación imaginativa y poética.

A cada paso tengo que descartar una mitología, por demás encantadora: “la casa del fundador de Tunja”, “el Tigrero de Armenia”, “la fortaleza negra de Colombia”, “la Atenas de Suramérica” y cien leyendas más. Con mi trabajo se inicia la obligada desmitificación; culmina siempre con un conocimiento, pero no tan hermoso como era la fantasía de la leyenda.

“No se gana nada sin perder algo”, dijo Simone de Beauvoir alguna vez ...

La prensa, desde el siglo pasado, es valerosa fuente de información, igual que catálogos o revistas locales, y las monografías municipales que florecen desde los años 20 hasta hoy, vituperadas páginas atrás, donde la imaginación suple la ignorancia y la fantasía sustituye la veracidad.

Encontré una monografía de Manizales escrita en 1924 por un señor que aparece fotografiado, ataviado como una especie de Maurice Chevalier andino. Nos informa de entrada que tiene 27 años, 5 hijos y 3 libros; como quién dice un niño, un libro, un niño, un libro, etc, con la misma presteza...Tengo que superar la náusea que provoca en mí la petulancia del culebrero caldense, por lo que de la cursilería se salvan dos páginas capitales, como es un cuadro de precios de materiales de construcción; y una reveladora fotografía panorámica de la ciudad encaramada a horcajadas sobre filos y barrancos, con su rígida cuadrícula ciegamente trazada en una topografía anunciadora de futuros desastres.

Eso era en 1924, pero en 1990 me llega una historia inédita de Cartago, escrita a máquina, y pienso que quedará inédita. El autor, de entrada nos cuenta su biografía, y luego, entre las “fotografías” de Andagoya, Benalcázar y Bolívar, intercala los retratos de sus padres, su mujer y sus tres queridísimos angelitos; combinando la biografía familiar con la trayectoria de la ciudad. El historiador de Tumaco actúa igual, y queda claro que la historia de la “perla del Pacífico” se inició cuando él fue nombrado en algún cargo en la alcaldía; y que la ciudad cambió de rumbo cuando él llegó a la Procuraduría ...

Resumiendo, la historiografía en Colombia transita forzosamente desde un país oral hacia un país alfabetizado; a veces sin dejar de ser, como dijo un presidente tolímense “un país de cafres”.

¿Problemas?, en cantidades; unos previsibles, otros imponderables e inesperados. Estos últimos son tan frecuentes que lo mejor es esperar lo inesperado; o por lo menos abrirle un espacio. De todos modos estoy convencido que **los problemas de la investigación se resuelven investigando; es decir que dificultades y obstáculos técnicos y prácticos se solucionan mediante la práctica de la investigación**. Lo cual quiere decir también que es preciso asimilarlos por medio de la reflexión en torno a estas prácticas. Y hablando de práctica, siempre tengo en un rincón de la mente esta reflexión de Marx, vuelta una de sus “Tesis sobre Feuerbach”:

“La vida social es, en esencia, práctica. Todos los misterios que descarrían la teoría hacia el misticismo, encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica”.

Esta es una de mis reglas de acción y de conocimiento. No es en las modificaciones del gusto, o en la estética que voy a buscar, de entrada, el paso en Bogotá del techo de paja al techo con tejas de barro. Un documento me indica un camino explicativo de sentido común. En 1603 el cabildo ordenó empedrar las calles mediante la mano de obra de los mitayos, y demoler “las muchas casas de paja”, argumentando los frecuentes incendios. Lo más probable es que el proponente -y licitante de las obras- era dueño de un tejear. Dos siglos más tarde es con el mismo argumento que el cabildo de la naciente Buenaventura trata de introducir los techos “de hierro”.

Ahora bien, encuentro otro hilo en esta reflexión, también de Marx:

“...la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización”.

Retomando el caso anterior, eso significa que existían en Bogotá en 1603, las condiciones materiales de producción y consumo de la teja de barro, y que hacia 1880 al Cascajal llegaban de los EEUU las laminas de zinc.

El mismo autor, en una carta a Engels, me indica una actitud investigativa para la búsqueda del conocimiento científico:

“... sustituyendo los dogmas en controversia por los hechos en conflicto y las contradicciones reales que forman su fundamento oculto”.

Retomando el mismo ejemplo, encontraré que la división de la sociedad bogotana se expresaba en un segmento social de cambio, presionando hacia el uso de la teja de barro; mientras tanto, otro seguía aferrado al material tradicional. Un material era producto de un procesamiento técnico y una mercancía; el otro de simple recolección gratuita y de fácil consecución, sólo tenía valor de uso.

Disponiendo de estas bases, puedo ahora indagar más allá. Sé que en Bogotá en 1603 coexistían dos modos de elaboración de techos, uno con un sistema laboral de tipo feudal, otro de tipo empresarial y manufacturero. El primero producía un material natural con simple valor de uso, el segundo lanzaba al mercado un producto con valor de cambio y generador de plusvalía. Solo falta averiguar que los techos de teja llenaron la calle Real desde el siglo XVIII, pero que seis cuadras arriba en el popular Egipto eran corrientes los ranchos pajizos en 1905.

De modo que el materialismo histórico y dialéctico constituye mi herramienta de conocimiento más valiosa. No obstante, soy consciente de que mi convicción de la superioridad del materialismo científico como modo de pensamiento y de conocimiento, en nada garantiza mi capacidad de manejo de las múltiples dimensiones y categorías implicadas en su método.

Soy muy cuidadoso en el manejo de este sacrosanto marco teórico que se impuso en los años de la minifalda; debe ser una ayuda y no una cárcel. Conozco gentes que se refugian de entrada en la jaula ideal y dorada de un magistral marco teórico, y allí quedan, presos, paralizados e impotentes. Elaboraron el perfecto círculo, armonioso y confortable de la sacrosanta teoría. Pero de pronto surgen las agudas espinas de la testaruda realidad y que salen con insolencia del “marco teórico”. Lo más cómodo es negar y borrar los salientes para no “dañar” este magnífico marco y que todo quede adentro, bien ordenadito. Muchos son aquellos que acomodan las fastidiosas espinas al marco preestablecido, aunque sea “a la brava”. Otros las arrancan sin contemplación, para no molestarse más y poder seguir; sencillamente considero su trabajo como carente de seriedad y científico.

Ante el marxismo tengo una doble actitud: por una parte respetuosa y convencional, por otra parte dinámica y creativa; mis convicciones no deben ser paralizantes y tienen que ser fecundas. Después de cien años de “desviaciones” y “revisiones” de toda clase, en este laberinto busqué mi propia luz, hecha de renovación moderada y de una libertad mesurada.

Considero que en mi búsqueda y para mis necesidades, lo más útil resultó ser el núcleo central, la sustancia misma del marxismo; la contradicción interna, alojada dentro de todo fenómeno natural o social. Por lo tanto, y cualquiera que sea el objeto del saber o el campo del conocimiento considerado, el “arte” del análisis marxista, en prioridad, debe privilegiar la búsqueda de las contradicciones. Identificado un fenómeno, establecida su tendencia mediante su movimiento, su actuar y sus cambios, entonces busco la contradicción que encierra: este es el elemento imprescindible para luego entender cómo, y en qué, se va a transformar este fenómeno.

Si llego al Pie de la Cuesta y veo dos templos católicos en el mismo costado del parque, enseguida me surgen interrogantes. Si observo algo parecido en Neiva, y luego en Florida (Valle), en La Ceja (Antioquia), en Toca o en el caserío apenas esbozado de Topagá (Boyacá), entonces considero que esta dualidad es ilógica, aparentemente irracional, y que sólo puede surgir de unos antagonismos. Su misma localización lo sugiere: a veces las dos iglesias están colocadas en posición enfrentada, como para un desafío, es decir, que la explicación radica en la identificación de la contradicción que originó este repetitivo hecho espacial y arquitectónico. Y efectivamente, los archivos documentales evidencian una lucha de clases entre tabacaleros, en el origen mismo del Pie de la Cuesta hacia 1770-1780; cada bando liderado por un sacerdote en busca de estipendios. Es de unos antagonismos sociales que surgió un hecho que había quedado inexplicable, considerado desde los enfoques de la estética o de la arquitectura.

Si Cartago estuvo 150 años en su primitivo lugar y que algún día de 1691 sus mil habitantes, todos juntos, se mudaron a cinco leguas hacia el occidente, no puede ser eso sino el resultado de algún tipo de contradicción imperiosa y muy poderosa. Tengo que exhumar esta contradicción.

Hablar claro y sin confusión en cuanto a objetivos, métodos, técnicas o instrumentos y herramientas; no confundir investigación con encuestas, pesquisas, exploraciones o indagaciones, prospección y recolección de datos, las partes con el todo. No confundir los instrumentos empíricos de registro o medición con una posición mental empirista.

En Arquitectura estudiantes -casi todos- y profesores -algunos- confunden tipología con tipo, por ejemplo, otros mezclan densidades con índices de ocupación o de construcción; no faltan aquellos que reducen el urbanismo al diseño de espacios urbanos focalizados, y unos tienen la misma idea de “urbanización” que “el urbanizador” Pablo Gómez o los Ospina y Cía. Mientras tanto, otros adoptaron la tramposa terminología de la Lonja, y hablan de “la vocación” de tal predio o de tal área. (“*Vocación: Inspiración con que Dios llama a algún estado*”, dice el Larousse popular).

En cuanto a la noción de exactitud, nunca olvide a un estudiante de últimos semestres y de Comunicación Social, quien me preguntó: «*Profesor, y una hectárea, ¿son cuántos metros cuadrados, más o menos?*»

Contesté, y agregué, algo disgustado: “*Ni uno más ni uno menos*”.

Claro, tenía que terminar ganándose la vida como periodista ...

Es que muchos son los que se mueven en el mundo del tal vez, a mí me parece, creo que, puede ser que, y más o menos. Inclusive algunos califican de cultura lo que se llama ideología, confusión bastante grave en mi opinión. La cultura arquitectónica en el Chocó, se respalda en tradiciones ancestrales del manejo de los vegetales y de la madera; su trayectoria no me deja duda alguna, es cultura. Pero se está infiltrando insidiosamente desde afuera una creciente valoración del cemento, con mecanismos que no dejan lugar a dudas: eso es ideología. Podrían ser amigas ambas, pero resultan antagónicas: es más, se corre el riesgo, en este caso, de que la ideología aniquile la cultura.

Además predomina una corriente que considera la cultura como unificadora, una totalidad; ven una suma donde yo veo una división, aquella del fraccionamiento de un conjunto social. No ven sino una, donde la veo yo múltiple, disgregada, es decir, interferida por la posición social y la pertenencia de clase de sus protagonistas. Así que adopté una regla: si me hablan de cultura tengo que cavar y cavar, hasta que salga la ideología escondida debajo. Y no olvidar que esta última circula en Rolls Royce, pero en medio de gente que anda a pie o en bus.

Así que primero el conocimiento de las cosas, como decía Engels; la teoría la enfrentaremos después, si somos capaces. En otras palabras, **trabajar con la necesaria humildad, siguiendo una secuencia que se inicia con lo empírico y apunta hacia lo teórico; y no al revés.**

Todo lo que precede excluye el reloj: no se investiga mirando la hora, ni mucho menos en la Colombia de “pan y circo” y de los cuatro domingos semanales. Pero tampoco significa eso que el tiempo no cuenta. Por olvidarme de eso experimenté varios descabros. En un trabajo, privilegiando el testimonio oral, me perdí una entrevista capital por una demora de un mes; cuando llegué había muerto Gentil Carabalí, joven aún pero carcomido por sus veinte años pasados en la Gorgona. Lo que me iba a contar se lo llevó en la tumba: un trabajo mío quedó mocho, irremediablemente, de-fi-ni-ti-va-men-te. Algo parecido sucedió en El Aguila, Valle, donde por mi premura quedó mocha la biografía de un tenebroso Marín.

Recientemente, por haber aplazado un viaje tres semanas perdí una fuente preciosa. Cuando entré al archivo municipal de Barrancabermeja, estaba empacado en cajas listas para su traslado a otro lugar; pero los funcionarios acababan de quemar la mayor parte, 50 tomos de los documentos más antiguos.

-Mire me dijo la encargada con amabilidad, aquí hay algo sobre el plano de urbanismo, del año de 1974 ...

-Qué bien, contesté con la debida paciencia, pero acuérdesse que lo que me interesa son los libros de actas de los años 1921-22 ...

- ¿Cosas como históricas, no?

- Algo así.

- Ah, entonces es el archivo viejo, el que se quemó hace quince días ...

-¿Que se quemó?

-Sí, porque en el momento de empacar los libros, se iban desbaratando solos, estaban llenos de comején. Nos tocó meterle candela. Había hasta cosas interesantes ¿cómo le digo yo? ... como históricas ...

Me sirvió la doble lección, y me precipité a “las dos aguas” de Puerto Tejada, para entrevistar a la última centenaria del pueblo.

Hablando de tiempo, otra preocupación mía, capital, es tratar siempre de situar un fenómeno espacial en su época antes de examinarlo. Hacia 1580 en el oriente del país, el mundo español se reduce a 500 milicianos harapientos concentrados en Bogotá, Vélez y Tunja, Pamplona y Ocaña, y los treinta labradores de Leyva. El viajero que sale de Bogotá hacia el norte tiene su itinerario definido por estas cinco posibles etapas nocturnas. Cuando imagino el espacio nacional del siglo XVIII, es imprescindible entender que los viajeros recorren extensas y monótonas zonas despobladas, en un país donde se registró menos de 800.000 habitantes. En ambos casos, me obligo a borrar la visión actual que tengo del país, modificando mi idea de tiempo, de ritmo, de distancias; debo sumergirme en una realidad geográfica y social distinta; la legua, el día y la noche, la mula. Es una manera, quizá algo pragmática, de interpretar un principio que alguien formuló así:

«La teoría marxista exige de un modo absoluto que, para analizar cualquier problema social, se le encuadre dentro de un marco histórico determinado».

Finalmente, mi trabajo no se origina en una demanda social; surge de una exigencia eminentemente personal. Con esta lucidez, debo permanecer siempre consciente de que mi interés por tal o cual asunto es mío y que nadie lo comparte. Por lo tanto no debo fastidiar a los demás con él; y tampoco esperar de ellos que me ayuden. No habrá intercambios, diálogo o crítica. Estoy solo y en el desierto.

HECHOS, FENÓMENOS Y LEYES

Este título indica mi guía secuencial de trabajo y sus tres etapas básicas: observación, reflexión y conclusión, que también se podría entender como hipótesis, análisis, síntesis y tesis. No obstante, no siempre aspiro a unir las tres etapas en una investigación. Intentaré precisar eso con un ejemplo.

Durante años estudié casos considerados en tanto como hechos; para aclarar el asunto diría que el surgimiento de Sabanalarga (Atlántico), por ejemplo, es un hecho espacial y urbanístico procedente de un hecho social, desde luego. Ilustra el fenómeno comarcal de un hábitat rural “de reducción” con una malla de nuevos caseríos, por medio de las villas de “vecinos libres” que promueven las autoridades de Cartagena entre 1750 y 1780 para detener la expansión campesina en los latifundios ganaderos.

Eso es lo visible, pero resulta ser producto tangible de un contexto general inmaterial que tengo que construir; de un momento político, de las reformas administrativas borbónicas, del ascenso del campesinado mestizo, de las posibilidades económicas del tabaco ilegal al margen de la política oficial de los distritos tabacaleros de la Corona, los intentos de las autoridades para separar negros y chimilas, detener la dispersión de un campesinado de colonos cimarrones, las amenazas que representan éstos para los latifundios de hatos ganaderos de la poderosa familia De Mier ; también inciden los altibajos de las exportaciones de carne en el Caribe, los primeros brotes de inconformidad que anuncian la aspiración a la independencia, unos programas de reformas para detener esta corriente, tres siglos de enemistad entre cartageneros, samarios y momposinos, y mucho más.

Entiendo que el método de conocimiento en las ciencias proscribe la especulación mental divorciada del apoyo factual. Entonces, mi recorrido se inicia con la observación y sigue con el registro de los hechos dados. En mi caso son, con cierta frecuencia fácilmente perceptibles de manera sensorial por ser huellas visibles, construidas; los hechos cumplidos son obras materiales y hechos construidos.

En la etapa siguiente habrá que clasificar estos sucesos y hechos por medio de diversas técnicas de medición, construir unas “parrillas” con tipos y patrones, es decir, unas matrices de análisis con variables e indicadores, etc. Así puedo alcanzar una primera agrupación, y su interpretación me permite identificar **unos fenómenos , los cuales son, en mi caso particular, la multiplicación generalizada y simultánea de hechos semejantes, en un determinado ámbito espacial**. Estos grupos de hechos similares, que se esparcen en la geografía, son decisivos en el momento de establecer una tipología y precisar los distintos tipos que la integran.

Retomando el ejemplo del hecho de Sabanalarga, se torna fenómeno costeño cuando encuentro un proceso parecido abarcando unos 60 pueblos en todas las sabanas y llanuras del Atlántico, del Magdalena o de la depresión momposina, entre 1740 y 1780. Se torna fenómeno nacional cuando verifico su generalización, aunque en condiciones diferentes pero en la misma época, en los Santanderes, y después en el altiplano cundi-boyacense. Luego, estudiando un caso aquí otro acá, llego al valle del Aburrá y al oriente antioqueño, Marinilla, Rionegro, Sonsón, y después al Cauca; con esta multiplicación de hechos semejantes puedo delimitar e identificar un fenómeno y sus alcances territoriales, la manera como remodela el espacio, y como va surgiendo un tipo de centro con una morfología espacial y social que se aparta de los modelos anteriores.

Por fin, si tengo los medios y la capacidad intelectual, después de las analogías puedo establecer la persistencia histórica de este fenómeno. Entonces, frente a la masa informativa agrupada y clasificada es el momento óptimo para apartarme de lo empírico. Me dedico a la reflexión buscando elevar este fenómeno a la categoría de ley

del desarrollo social y espacial. Es la etapa en la cual aspiro a articular la producción del espacio territorial o urbano, lo urbanístico y lo arquitectónico, con el desarrollo de las fuerzas productivas y el incremento de la división técnica y social del trabajo; y todo lo que de eso se deriva inevitablemente. Resumiendo, **un mismo hecho multiplicado simultáneamente me permite delimitar un fenómeno, y la persistencia de este último quizá conlleve a la formulación de una ley.**

Sin embargo, el ejemplo escogido no está exento de escollos y nos deja varios interrogantes. El asunto de las reducciones y agregaciones mestizas de la costa, se inicia como política con un rufián llamado Pérez Vargas hacia 1730-1740, y sigue luego hasta 1780 con un despótico latifundista que tenía mucha tierra pero medio apellido: el capitán Mier, al cual seguramente los expoliados campesinos chimilas, mulatos, zam-bos y mestizos agregaron la sílaba que falta a su nombre. Mientras tanto, hacia el oeste operaba el capitán Latorre Miranda, y también actuaba en Cundinamarca y Boyacá el funcionario real Moreno Escandón. Pero con este enunciado vemos que me estoy basando en papeles de archivos, escritos existentes, disponibles y asequibles. Quizá unos documentos destruidos, extraviados, o conservados en Sevilla y fuera de mi alcance, cambiarían por completo mi visión.

Entonces, con la información disponible detecto un amplio ámbito territorial del fenómeno y su persistencia durante 50 años. No más. Fuentes más abundantes, quizá me permitirían ampliar este período, hacia atrás y hacia adelante; y quizá autorizarían una mayor generalización territorial de las reducciones-agrupaciones, y con una tipología más diversificada de acciones y modalidades. Pero por carencia de base documental no me puedo aventurar; tengo que admitir mis limitaciones y aceptar nuevas incógnitas.

No he encontrado el hecho aislado, todo hecho espacial en un lugar se explica ubicándolo en una dimensión territorial mayor: así se puede llegar a identificar el fenómeno que lo produjo. El hecho no tiene mayor significado; sin piso no deja de ser algo anecdótico. Para mi búsqueda explicativa, sólo se torna útil llevado a la categoría de fenómeno. Siempre tengo presente una sabia reflexión del matemático Poincaré, que

traducida al español dice, más o menos:

“Se hace ciencia con hechos, igual que se hace casa con piedras. Pero un montón de piedras no es una casa, y tampoco es ciencia un cúmulo de hechos”.

Citaba anteriormente el caso de la plaza con dos templos católicos. Cuando vi eso por primera vez, en Neiva, lo consideré como un hecho excepcional, atípico; casi anecdótico, dos curas en pugna buscando duplicar feligresía y partir sus ingresos. Con el transcurrir del tiempo y el registro de varios casos análogos, perdió este carácter inusual e incluso se convirtió en modelo repetitivo, en fenómeno.

Cuando decido estudiar el doble contexto histórico-social y espacial del surgimiento de Puerto Tejada, estoy seleccionando un hecho representativo de un fenómeno de cobertura comarcal y de un determinado período, previamente identificados mediante algunos conocimientos anteriores.

Si en Puerto Tejada localizo una casa de inquilinato, obtengo datos sobre un hecho residencial que puede ser atípico, de poco significado, de reducida utilidad. Identificadas cien casas de inquilinato, estoy en presencia de un fenómeno útil. Estas cien viviendas colectivas adquieren un peso cuantitativo en el volumen total del parque de alojamiento en la ciudad. El inquilinato entra a ser considerado por mí como manifestación y categoría, entre otras, del déficit de vivienda. Y cuando registro cantidades similares en Pradera, Florida, Candelaria o Palmira estoy en presencia de un fenómeno de magnitud comarcal. Y eso es indispensable si pienso ligar mis intereses investigativos con unas prácticas sociales concretas. Sobre todo cuando el análisis cualitativo posterior, me informa que en todos estos lugares es la modalidad residencial que padece un determinado segmento social y laboral, los corteros trashumantes, vinculado a un peculiar renglón productivo, la explotación empresarial de la caña de azúcar. Por lo tanto, sé de entrada que la delimitación territorial de mi objeto de trabajo es provisional. Tendré forzosamente que ampliar la visión sobre su entorno espacial. Entender a cabalidad el juego complejo de las relaciones exige “el gran angular” para buscar el contexto circundante.

De igual manera, también sé que el período histórico que me interesa sólo se podrá captar a cabalidad, retrocediendo y agregando unas premisas que se conectan al período anterior. Incluso hay casos en los cuales este estudio de los contextos tiempo-espacio se convierte en lo más apasionante de mi búsqueda. Y no faltan casos donde mi objeto inicial de interés pasa a un segundo plano, o se convierte en un capítulo final.

En primer lugar están los hechos y, en eso, soy convencido discípulo de Engels :

“Había que investigar las cosas antes de poder investigar los procesos. Había que saber lo que era tal o cual objeto, antes de pulsar los cambios que en él se operaban... Ahora ya no se trata de sacar de la cabeza las concatenaciones de las cosas, sino de descubrirlas en los mismos hechos”.

Y luego recomendaba ***“partir de los hechos dados”***. De tal modo que Lenin podía formular esta regla: ***“En la base del método marxista están los hechos”***.

Por lo tanto, el hecho, más que cualquier insumo, para mis tareas es la misma materia prima del proceso investigativo; “materia primaria”, más bien, y vital. Por eso mismo siempre se inician mis labores con el registro de los hechos espaciales.

Por ende, es sólo con el registro de una gran masa de hechos que puedo ascender del ejemplo a la regla, del caso aislado a la generalización, y de lo fútil o efímero a lo esencial y permanente; y de abajo hacia arriba en la calidad del conocimiento.

Una escritura de compra-venta de casa urbana en Caloto en 1734, no es más ni menos que eso; me informa pero poco me dice. Cinco documentos del mismo año desdibujan un cierto cuadro; y cincuenta registros más, desde esta fecha hasta 1797, me proporcionan un panorama bastante completo del mercado de finca raíz en este pueblo, a lo largo del siglo XVIII.

La primera cuadra de Tumaco que visité me pareció algo extraordinario, pero como pintoresco o exótico; una curiosidad expresando el ingenio popular. Esta modalidad de doble poblamiento, perimetral e interior, con su doble sistema de circulaciones epidérmicas e internas, era algo para mí nunca visto. Descubrí con encanto la creatividad urbanística espontánea, que brotaba de un determinado sector social; al margen

y completamente divorciado del urbanismo letrado y convencional. Pero después de haber recorrido en la isla veinte “manzanas rellenas” y que presentan iguales condiciones “anatómicas”, diseño y “callejones”, supe que estaba ante algo de otra calidad y dimensión, con una problemática y una complejidad superiores. Así, y mediante la perseverancia en las tareas, -así sean las más fastidiosas- el conocimiento adquiere paulatinamente historia, respaldo, amplitud, y mayor seguridad. Es evidente para mí que el producto final de mis labores, su densidad, validez y seriedad, en gran parte dependen de su soporte empírico, de su apoyo y respaldo fácticos.

Ahora bien ¿cuáles hechos y cuáles no? y también hechos comprobados, pero ¿con qué margen de seguridad y de exactitud? Lo que nos lleva a la idea de la elección, selección y jerarquización de los hechos, a partir no sólo de su naturaleza sino también de su grado de significación, al menos aparente o previsible. Aquí tropiezo con la idea de veracidad del suceso. **Considero que la información no es más que el hecho comprobado, adquiriendo por su exactitud y precisión la calidad y firmeza del dato. Volteando la proposición, llamo aquí dato a un suceso preciso y veraz, documentado con exactitud, indiscutible; registrado y consignado**, bien sea por medio de la voz o de la mano, con la escritura o la cámara, y así transmutado en información, es decir, mediante un instrumento de transmisión que puede ser oral o gráfico; en este último caso con las herramientas de la escritura, del plano o de la fotografía, el grabado, la pintura o la acuarela, incluso el petroglifo. En últimas, **es un hecho del cual se comprobó la veracidad de su ocurrencia, vuelto dato mediante el uso de alguna forma de memoria que posibilite su perennidad como recuerdo y permita su transmisión.**

Se entiende de por sí que a cada paso tengo que tomar distancia ante una información dudosa, inexacta o imprecisa, incompleta, o que no es verificable. Y que también debo eliminar radicalmente, los “parece qué”, “eso es lo que dicen”, “a mí me contaron”, etc.

Desde luego la cuestión se complica en estos trópicos andinos, con sociedades agrarias primitivas que muy a menudo ignoran la transmisión escrita y practican la comunicación mediante la memoria mental y la transmisión oral.

Inclusive y con cierta frecuencia la imaginación creativa y folklórica de la tradición oral colectiva adultera un hecho real, trastorna un acontecer para convertirlo en leyenda o elevarlo a nivel de mito. En este caso no es que se transforme una leyenda en hecho real sino que el proceso es invertido. Se parte de un hecho natural, inclusive anodino y carente de misterio, y una curiosa alquimia opera su sublimación y lo convierte en hecho trascendental. Luego, se le da la dimensión monumental mágica y sobrenatural que se requiere para nutrir la fe mística en los dioses, y de paso asentar o reforzar algún tipo de aparato religioso. Obviamente, encontramos casos y escollos en cada esquina en esta sociedad colombiana más catolizada que cristiana, y donde persisten múltiples huellas del pensamiento analógico de las sociedades primitivas.

Un parto sin coito previo es tan frecuente y natural en Somalia para los ginecólogos de la administración colonial francesa, que una virgen -con genitales cosidos- dando a luz, no da motivo alguno para alabar un “milagro de Dios” o venerar “la inmaculada madre”; o ver allí la intervención sobrenatural o “divina” de la magia. Es un hecho sencillo real y cotidiano que se inscribe en las prácticas eróticas y sexuales de los adolescentes en la tribu de los dankali, y punto. Pero con la veracidad sencilla y desnuda, los sacerdotes también quedan en cueros; sin aureola ni empleo. Al fin y al cabo la naturaleza produce por sí sola sus propios milagros y mistificaciones; el arco iris sólo requiere del cielo y una nube para desplegar su fantasmagórico cromatismo, y no necesita ningún auxilio de las divinidades del Cielo.

Leí una novela en la cual el autor juega con la historia, como hacía Alexandre Dumas; hacia 1890 retrata el Alférez Real de Cali y el poblado hacia fines del siglo XVIII. La leo como una novela, porque eso es. Pero me doy cuenta de que eso se considera historia auténtica en el medio de los académicos locales. En otra novela, un escritor premiado en Estocolmo presenta un ilustre general venezolano llegando a Santa Marta en 1830 y afirma:

“La casa de aduana vieja era la más antigua construida en el país, 299 años antes”, en decir, en 1531.

Visiblemente se burla de la Academia y tiende una celada a los historiadores, a ver si caen en la trampa los demás “nobelistas” ... Él puede darse el gusto de hacer bromas,

es reputado novelista y célebre “nobilista”, doblemente libre y venerado; su mundo está hecho de fantasía y de imaginación, y puede según sus caprichos construir su propia realidad. No dispongo de esta libertad porque tengo una responsabilidad frente a la veracidad de los hechos; y sé que Santa Marta la definitiva no existió hasta veinte años después más o menos.

Pero hay gentes que no tienen tantos escrúpulos frente a la verdad; son legiones y por desgracia son mis fuentes. Conocemos estudios históricos considerados como muy serios y de amplia divulgación (incluso con festividades oficiales) asegurando que Cartago tiene 450 años cuando sólo llegó a su lugar en 1691; se sigue celebrando una ciudad mítica que desapareció del mapa hace tres siglos. Conozco una ley oficial de la República protegiendo un supuesto “patrimonio arquitectónico colonial” en un infeliz poblado caucano llamado El Cerrito fundado hacia 1840; eso porque unos académicos perezosos y con mente más imaginativa que investigativa, lo confundieron con Los Cerritos, (o Los Cerrillos, según otros documentos de archivos) doscientos kilómetros al norte, y que nunca fue poblado sino “rancherío” de crucero, y “de indios”. En esta misma región, se sigue considerando la casa rural de Guacarí como edificación de 1570 cuando es arquitectura de hacienda y muy posterior, dando nacimiento tardío a una aldea mestiza a principios del siglo XIX.

Diez libros de la plana mayor de los historiadores del país señalan hasta con mapas y como poblados urbanos, unos fantasmales palenques coloniales de esclavos cimarrones que no aparecen por ninguna parte en el terreno. Un libro oficial y lujosísimo de la Sociedad Colombiana de Arquitectos, completado por una exposición que se vio en todo el país, presenta como del siglo XVIII una pretendida puerta de estilo “mudéjar español”...construida en 1927. Se sigue considerando como patrimonio colonial todo el conjunto construido dentro de la muralla de Cartagena, fingiendo ignorar que no quedó nada después de 1815 y que se reconstruyó poco a poco bajo los patrones dominantes del supuesto “estilo francés neo-renacentista”, a finales del siglo pasado. En Tunja, se confunde un solar con una construcción, y mostrando el predio de un conquistador se nos asegura que en ésta casa vivió. En Popayán, se clasifica como colonial español un

recinto urbano donde lo que más abunda es la huella tecnológica y estilística del siglo XIX. En Cali, se finge asociar una capilla del siglo XVIII con una construcción original supuestamente de los años de la fundación y sobre la cual no hay dato alguno escrito. En muchos poblados el culto al héroe conduce a la búsqueda del fundador, personaje de excepción; en la mayoría de los casos su estatua no resiste a la encuesta, y termina siendo un individuo común y corriente, que no fundó el poblado. Cito algunos casos de creencias, mitos, leyendas y no pocas mentiras que, con el paso del tiempo y la paciente repetición, se tomaron verdad reconocida e intocable. Entonces, se trata aquí de señalar el escollo generalizado de una historia amañada y falsificada, apoyada en las creencias y mistificaciones más que en el saber, pero que tengo que conocer y con la cual pierdo mucho tiempo; sobre todo si pretendo restablecer la veracidad y la exactitud de los hechos. Es que si en mi camino encuentro una roca, tengo que quitarla para poder seguir adelante.

Desde luego estas baratijas fantásticas no me sirven; no se trata para mí de creer sino de saber. Estoy en una universidad, no en la iglesia, no me muevo en el terreno de la fe, pero sí de lo conocible. Aspiro a producir conocimientos, no mitos; saber, pero no leyendas, por bonitas que sean. Es que de la veracidad y exactitud iniciales depende mi posibilidad de formular alguna que otra ley sin cometer disparates; con acierto y pertinencia.

Lo anterior nos rememora el diálogo entre Laplace y Napoleón. Como el astrónomo y matemático exponía al Emperador su “*Mécanique Céleste*” funcionando sin ningún tipo de intervención exterior o trascendental, y sin “creador”, le preguntó Napoleón:

- “¿Y Dios?”.

Y el sabio contestó, con suma elegancia a mi modo de ver, y con este sutil humor británico que uno encuentra sorpresivamente en Boyacá o Nariño:

- “*No tenía necesidad de recurrir a ésta hipótesis*”.

Se dice “el mar es azul”, o “el mar es verde”, y se acepta que puede ser azul o verde; inclusive que ambas afirmaciones son la verdad. Incluso a veces lo veo índigo, en otros momentos amarillento, o como oro, y no faltan minutos breves en que se torna púrpura.

Sin embargo, basta con sacar su agua entre ambas manos para constatar que es incoloro. Ahí de pronto radica la diferencia entre sensación visual y experimento. Se cree y se dice, que el mar es azul, aunque se sabe que el agua no lo es. Pese a esta evidencia seguiremos diciendo que el mar es azul o verde. Es la solución más cómoda; sería muy complicado pensar que el mar es azul con agua que no lo es.

Además la cosa se hace aún más compleja, constatando que el mar puede tener tres colores, o cuatro, o cinco... Aquí volvemos al concepto de contexto. Pues sabemos que al fin y al cabo es el entorno el que explica estas fantasías, cielo y nubes, sol, fondos marinos, la vegetación en su alrededor. Pero no hay dudas, el asunto compete a los químicos y físicos; y es demasiado serio para dejarlo a juicio de los sacerdotes:

“La ignorancia y el miedo, son los dos pilares de todas las religiones”. (Sade).

Creer y saber; me acuerdo de mi incredulidad burlona, cuando el carpintero embera me dijo que con el fin de conseguir buena madera estaba esperando la luna para cortar los palos de alizo. Entendí que se trataba de algún tabú, de una creencia ancestral, quizá vinculada con los mitos de la astrología y las supersticiones atávicas. Pero más tarde -mirando el comején en una viga, una sola y las demás intactas- supe que se trataba de un auténtico saber, nacido de la observación, de la experiencia, del trabajo: es decir, de prácticas concretas.

Es preciso señalar un momento difícil en mis labores: el paso del caso a la generalización, lo cual no se logra sin una cierta cantidad de materiales fácticos. Es de la masa de los casos que surgen las analogías, las similitudes que permiten pasar de los hechos aislados al fenómeno generalizado, es decir, espacialmente extendido y con cierta persistencia temporal.

Cuando afirmo la persistencia histórica del modelo urbano lineal frente al agua, generalizo comprobaciones que enlazan Mompós, fundada hacia 1540, con Copomá que están hoy fundando a la orilla del río San Juan unos colonos chocoanos. La valiosa lección de Copomá es que aclara Mompós, y viceversa; pero lo sé ahora, después de haber observado Guapi y Quibdó, Puerto Berrio, Barrancabermeja, el primer núcleo de

Buenaventura, las costas de Tumaco y muchas aldeas del río Atrato. Estudiando lo que pasó después en Buenaventura, Guapi o Quibdó, y lo que está ocurriendo hoy en Napipi o Tagachi, también puedo augurar lo que sucederá mañana en Copomá. Ayer, hoy, mañana, también eso es lo que llamo historia actuante; pues incluso me sirve para pensar o diseñar el futuro con mínima sensatez.

Y mirando hacia otras latitudes, la ciudad lineal de Tony Garnier o Estalingrado, expresan un urbanismo de ciudad en producción, donde transportar y circular se toman vitales para las cuatro M del capitalismo industrial (Materia prima, mano de obra, mercancía y mercadeo). A cien años, y medio planeta de distancia, Tony Gamier y Estalingrado me suministran un hilo para entender Mompós y Copomá.

En ciertos casos puedo establecer simultáneamente los nexos entre hechos y fenómenos y entre contenido y forma. Pero es preciso ampliar un caso apenas citado unas páginas atrás.

Constato una absoluta carencia de arquitectura oficial e institucional entre 1820 y 1900. Enseguida me devuelvo a una serie de constataciones “paralelas”:

- por ejemplo, la pobreza fiscal recurrente.
- hacia medio siglo, el anticlericalismo de la masonería.
- la ley de manos muertas.

Y termino constatando la expropiación de los edificios del clero y la ocupación por las entidades del Estado, del patrimonio construido de la Iglesia, para localizar allí ministerios o cuarteles, alojar cárceles, instalar hospitales u oficinas de gobierno.

Otro ejemplo, fueron sondeos en veinte ciudades y observación cartográfica de numerosos diseños, trazados y proyectos, los que me permiten afirmar el surgimiento de innovaciones urbanísticas generalizadas entre 1890 y 1930; pero ligadas a determinadas formas y modalidades nuevas de especulación urbana en torno a la vivienda.

En varias ciudades capitales, y con fuerte presencia administrativa, entre 1880 y 1940 el sector de la construcción de vivienda urbana crece a la par con el desenvolvimiento del sector terciario. Son las capas medias de funcionarios y oficinistas, la burocracia

estatal o privada, aquellas que auspician y nutren las primeras especulaciones sobre la frontera de los suelos agrícolas periféricos. Entonces, surgen modas y nuevos patrones de diseño a escala barrial, en Bucaramanga y Manizales, en Cúcuta, en Bogotá, Medellín y Cali, en Barranquilla, en Santa Marta y Cartagena; con gloriets circulares, plazas rectangulares, calles curvas, callejones penetrando hasta el centro de una manzana tradicional, plazas atravesadas por dos ejes en cruz, o por vías diagonales o en abanico, andenes y antejardines, aislamientos laterales entre viviendas, etc.

De las especulaciones del mercader Salomón Gutt nace en el barrio Marly de Bogotá la cuadra partida por una calle axial, resultando veinte pequeños lotes. Poco después el empresario cervecero Leo Kopp retomaría la idea para los galpones de la inhumana ciudadela obrera de La Perseverancia. De los años 40 en adelante cambia la demanda, se origina en otras capas, y además se expresa con volúmenes superiores. Cambio social cuantitativo, cambio espacial y estético cualitativo.

Esta secuencia en el conocimiento encuentra su ilustración en el proceso histórico de la colonización de baldíos, al cual me referí anteriormente. Al inicio de mis indagaciones, primó lo factual y lo episódico. Me dediqué a localizar, identificar y caracterizar unos casos inconexos y con cabos sueltos; sucesos aislados y casi anecdóticos de colonizaciones de montañas y de fundaciones de pueblos. Sin selección previa y sin mayores conexiones entre sí, no me proporcionaban más que datos de aconteceres.

No obstante, en algún momento el volumen de la información me obligó a su clasificación. La multiplicación cuantitativa de los hechos registrados, la magnitud de la información, no sólo implicaban sino que autorizaban, pasar a otro nivel, superior; con un enfoque distinto, ahora de tipo cualitativo. Es cuando pude determinar un periodo general, una fase histórica durante la cual estos aconteceres se unificaban en una amalgama, en un fenómeno. Pero un fenómeno que apenas veía en forma global, sin poder aún distinguir sus partes.

Profundizando con el análisis del proceso interno, detecté varios componentes de este fenómeno, una tipología en la causalidad, un catálogo de modalidades y actores; inclusive un pulso y un ritmo en las olas de los ciclos, cada onda con su cima y su sima.

De paso en paso, llegué a proponer unas tipologías en las resultantes estéticas o constructivas, en los productos urbanísticos o arquitectónicos.

Así las cosas, al poco tiempo me sentí insatisfecho, con la sensación de un vacío, de que faltaba algo. Es que en el camino el asunto había adquirido marcada importancia para mis estudios sobre la ciudad. Pues, había verificado anteriormente que durante trescientos años la sociedad española urbana había poco a poco producido sus hábitats agrarios. Ahora, con la República, se asomaba la idea de un vuelco; el campesinado mestizo invirtió el proceso y entraba a producir sus ciudades.

Finalmente, me dediqué a la reflexión en tomo al proceso general y me atreví a formular algunas tesis para clausurar el trabajo. Hoy en día, colocada la colonización de tierras en su perspectiva histórica, quizá puedo sugerir algunas leyes de su desenvolvimiento y de su tránsito. De hecho, desde un enfoque meramente económico y dejando de lado sus demás dimensiones, constato que hay colonización cuando surge la motivación, cuando existe algún tipo de presión, bien sea ésta doméstica o externa, para incorporar nuevas tierras a la producción. **Es decir, que brota, o se intensifica, una fase de colonización -en alguna, o varias de sus distintas modalidades- cuando las tierras pobladas ya no se corresponden, o por la estrechez de su extensión, o en razón de su régimen de apropiación, con las exigencias de la demografía. De la misma manera, se asoma un ciclo cuando se presenta la contradicción entre la dinámica de las fuerzas productivas y el carácter estático de los medios naturales de producción.** Contradicción que sólo se puede resolver con la salida de los excedentes humanos y la puesta en producción de nuevos ámbitos.

En otras circunstancias, un determinado producto está incentivado por el vigor del mercado, cuando el nivel de la demanda es muy superior a los niveles de la producción. En definitiva, brota una ola de colonizaciones nuevas cuando se encuentran estimuladas por algún tipo de demanda externa. **También adquieren un nuevo impulso cuando el nivel de desenvolvimiento de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, ya no coinciden con el volumen de los medios naturales de producción disponibles.**

Entonces, es cuando opera el reajuste de los medios naturales de producción con el nivel alcanzado en el desarrollo de las fuerzas productivas. Mediante la colonización se soluciona el desfase y se resuelve la contradicción.

Según entiendo, eso es algo más que una proposición, un postulado o una tesis. Pienso que por la comprobada persistencia histórica del objeto, por su vigencia, y **por la presencia permanente de las exigencias y los efectos de “la acumulación originaria del capital”**, se convierte en una de las leyes del desarrollo territorial colombiano.

En cuanto a método de conocimiento se refiere, ésta es la manera como aspiro a dominar la secuencia completa, para manejar el tránsito de los hechos hasta los fenómenos, y de estos hacia las leyes. En resumen, y tengo que ser enfático en eso, la base de mis trabajos y su soporte radican en el materialismo dialéctico e histórico. Considero sus principios esenciales, a la vez que un sistema de pensamiento, un método de conocimiento, y un instrumento de acción. El materialismo dialéctico es para mí un modo de concebir el mundo y, el materialismo histórico el método y el instrumento para indagarlo. La práctica del primero se encuentra en las herramientas del segundo. Dicho a la inversa, el materialismo histórico es, para mí, el método instrumental para aplicar el materialismo dialéctico al conocimiento del mundo natural o social.

Me asombra la facilidad y la ligereza con que algunos pretendieron usar el método, o sea, el materialismo histórico, desconociendo o despreciando las leyes generales formuladas por el materialismo dialéctico. Es considerando la ley del movimiento y cambio de la materia que me proporciona la dialéctica, que encuentro su articulación en el materialismo histórico, por ejemplo, con la sucesión de modos de producción o de formaciones socio-económicas. Otro ejemplo, la ley de la contradicción, que constituye la base de la dialéctica materialista, me lleva naturalmente a esta categoría capital del materialismo histórico, qué es la lucha de clases. Ambos componentes conforman una totalidad inseparable; son una unidad de pensamiento para el conocimiento. En lo que se refiere a la indagación con miras al saber, sé que puedo alcanzar un conocimiento acertado y de cierta exactitud, si manejo en forma correcta estas leyes básicas de la

dialéctica concernientes a la contradicción interna, a la unidad y lucha de los contrarios, al cambio cuantitativo-cualitativo.

Nunca se me olvidó esta lección que me dio treinta años después un viejo campesino del Sumapaz, contando como en 1955-56, fue derrotada por el ejercito la resistencia de los colonos durante su guerra de posiciones en “la cortina” cordillerana:

“Fue cuando la dirigencia adoptó la guerra de movimiento con “la rodada”, mandando pequeños destacamentos hacia distintas regiones. Entonces un militante se lamentaba:

- El movimiento se disperso.

Pero otro le contestó:

- No compañero, el movimiento se regó.”

Eran los inicios de un salto cualitativo, el paso de la resistencia pasiva a “la colonización armada” activa del Oriente llanero. De un hecho local había nacido un fenómeno de gran extensión territorial, del cual brotarían diez pueblos nuevos a ambos lados de la Macarena.

Quizá en razón de la facilidad operativa que proporcionan los hábitats sencillos y las agrupaciones de poca complejidad, es en los minúsculos caseríos del Chocó donde experimenté con mayor acierto el manejo del cambio dialéctico.

Por ejemplo, con Gilma en múltiples oportunidades pudimos detectar y luego precisar, incluso con cifras, un umbral de cambio en el manejo social del suelo. Por debajo, y hasta X número de casas, en la aldea sigue siendo considerado el suelo como bien vital para la comida, el albergue y la misma vida; como un derecho capital y **un bien de uso social**. Por encima del umbral, y creciendo la demanda, con algunas casas más el suelo adquiere **valor de cambio y se convierte en mercancía residencial de manejo individual**.

Desde luego, múltiples mutaciones se manifiestan acompañando este salto, y van transformando el elemental caserío en un hábitat de complejidad superior. Determinado este fenómeno de inversión dialéctica, conociendo sus pautas demográficas y so-

ciales, su rumbo productivo y espacial, entonces, en un pueblo u otro podemos con mínima seguridad predecir cual será la próxima etapa de su tránsito. En el momento de actuar mediante algún tipo de intervención, sabemos con mediano grado de certeza qué puede ocurrir en el futuro. Por ejemplo, sabemos que en la primera fase el caserío presentaba una total homogeneidad étnica, cultural, social y productiva. Cada uno buscaba tener una casa igual a las casas de los demás. Pero en un determinado momento del desarrollo social y productivo, se asoma y luego se acentúa la división del trabajo, y por ende la producción de excedentes. Entonces ocurren las primeras fisuras en la solidaridad del grupo, y no falta algún morador que aspire a distanciarse del resto de la comunidad. Antes quería ser igual que los demás, ahora desea ser distinto. Abre tienda, pinta su fachada con un cromatismo agresivo, cambia el techo de paja por el de zinc, agrega un segundo piso; su casa es diferente de las demás.

La ley hegeliana-marxista de la unidad y lucha de los opuestos no es para mí ninguna figura de retórica para satisfacer una exhibición de erudición. Tiene nombre propio para mis tareas cotidianas, pues significa concretamente ligar e integrar simultáneamente las dos dimensiones básicas y categorías espaciales del hábitat: campo y ciudad. Por eso a veces, como últimamente en el caso de Puerto Tejada, indagando algún centro urbano mi trabajo resulta en gran parte dedicado a su entorno, y al ámbito territorial que lo originó y en el cual se inscribe. Quizá sea el momento oportuno para aclarar esta idea de contexto, vocablo que aquí usé diez veces pero sin mayores explicaciones al respecto.

En algún momento me percaté de un fenómeno general, que cubre la totalidad del país y que se extiende desde la conquista hasta nuestra época de “áreas metropolitanas” y “planetarios urbanos” multi-polares. Y es que en cada época y según la dinámica de una región, van brotando nuevos centros, hasta configurar constelaciones funcionando como sistemas. Pero estos, siempre y de inmediato tienen que enfrentar mediante controversias y pleitos de nunca acabar, unos centros fundados anteriormente y que se oponen a su legalización; incluso solicitando su destrucción, es decir, negando su derecho de existencia.

Allí radican tempranos conflictos, como aquel que opone Robledo a Benalcázar, en torno a Anserma, hacia 1540; como la negación de la villa de Leyva por parte del cabildo de Tunja, hacia 1570-80. De igual manera, hacia 1630 el cabildo de Vélez se opone al proyecto de sus emigrantes que pretenden fundar a Girón. Oprimido vuelto opresor, en esta dialéctica a fines del siglo XVIII es el cabildo de “nobles” de Girón el que trata de detener el ascenso de los “vecinos libres” de Bucaramanga y de los estancieros tabacaleros del Pie de la Cuesta. Mientras tanto, los ediles “españoles” de Buga estorban los “rebeldes”, plebeyos y mestizos de Tuluá y de Palmira.

Consignados en el Diario Oficial de la República o en los archivos del Ministerio de Gobierno, pululan estos litigios a todo lo largo del siglo XIX, entre cabildos y juntas fundadoras de nuevas localidades; prosperan las facultades de Derecho, y se enriquecen los tinterillos y los agrimensores. Luego vienen las protestas de este siglo, como aquella del cabildo de San Vicente de Chucurí en 1922, cuando se le escapa el área más rica de su subsuelo con la erección del municipio de Barrancabermeja. En los años treinta, son los ganaderos del cabildo de Cunday, los que se oponen diez años a la “independencia” de los colonos (primero madereros y luego cafeteros) de Andalucía-Villarrica. Y así hasta hoy, cuando tienen que litigar cinco años los pescadores costeros de Docordó para liberarse de un cabildo que se reúne río San Juan arriba, en Istmina y a 200 kms de distancia. De allí una voluminosa legislación, desde 1550 hasta la última Constitución, sobre las condiciones, normas y trámites de erección de nuevas jurisdicciones municipales; tan densa, contradictoria e inaplicable que por lo general no se respeta.

Si señalo lo anterior es por lo que en cada caso encuentro, vuelto anécdota local, el substrato de una contradicción profunda, eminentemente social, y que va a golpear y modificar un ámbito espacial. Es decir, que en cada caso se presentan los mismos ingredientes. En primer lugar, una contradicción creciente entre el modo de apropiación territorial y el transcurrir, entre las limitaciones espaciales y las necesidades sociales. En segundo lugar e ilustrando esta crisis, varios segmentos sociales en lucha, unos -siempre envejecidos y atrasados- procurando mantener lo existente, otros -siempre nuevos e innovadores- propagando por el cambio.

Lo anterior siempre fue bastante claro, y por eso muy temprano vi la necesidad de situar mi objeto de interés en su doble entorno espacial y temporal. Son estas dos dimensiones que me permiten establecer -o por lo menos delinear y considerar- el contexto que incide para determinar ciertas peculiaridades, ciertos rasgos, ciertas tendencias que presenta mi objeto de trabajo desde su misma génesis, y que pesan sobre su evolución posterior.

Avanzando, aprendí que todos los interrogantes que tengo de entrada relativos a un caso, fácilmente se resuelven si previamente pude “rodear” el sitio mediante la reunión de las condiciones que inciden en su configuración; adquiero un panorama general de los factores determinantes. De tal modo, que **el contexto, con frecuencia, encierra la mitad de la solución a mis preguntas**. Últimamente, digamos los últimos diez años, **el contexto es, en cuanto a dedicación y labores, la mitad de mi trabajo**; la primera mitad, y sólo abordo mi objeto específico cuando me siento armado para eso.

Inclusive, mirando mis trabajos más recientes, constato que con frecuencia, dediqué más tiempo y espacio al contexto general que al objeto mismo. Eso es muy visible en mis estudios sobre Manizales, Tuluá, Villarrica (Tolima), Caloto, Cartago, Puerto Tejada, Tumaco o Barrancabermeja; y también, Buenaventura y la provincia del Raposo. Incluso constato que en todos estos casos el manuscrito final resulta cojo; después de extensos capítulos de premisas, la descripción de la configuración urbanística o de las peculiaridades arquitectónicas, no pasa de algunas páginas: lo que más me interesó fue elucidar por qué, cómo y cuándo se llegó a eso.

Quiero ampliar lo anterior con el ejemplo de Cartago, ciudad “pendular” y oscilante, que se mueve a través del tiempo y de la geografía. Fundada primero en el Quindío en 1540, se muda enseguida y permanece siglo y medio “entre los ríos Otún y Quindiu”, dice Fernández Piedrahita, escribiendo hacia 1670. Publicado en 1688 su relato, poco después perdía vigencia, siendo que la ciudad se mudaba en 1691 al lugar donde hoy quedó. No obstante, en 1863, unos moradores decidieron regresar al Quindío, y vuelven a fundar una tercera Cartago que se llamaría Pereira.

Obviamente, contando el asunto así, no estoy explicando nada. Pero estudiando con más detenimiento cada sitio y cada época el acontecer se va aclarando. La primera Cartago del Otún surge en medio de una guerra de tipo feudal entre conquistadores venales impacientes de conseguir prebendas del Rey, y en ésta carrera cada uno traicionando hoy a sus compañeros de ayer. La primera Cartago es ciudad de encomenderos saqueando el oro de los tesoros y joyas del campesinado químbaya; su economía es de saqueo, no de producción. Como era previsible declina esta fugaz prosperidad cuando se acaban tanto las joyas como sus portadores y sus necrópolis.

Es cuando una parte de la población de “la ciudad”, tan empobrecida como mestizada, en busca de sustento se dirige hacia las amplias y despobladas sabanas de las orillas del río Cauca. Hacia mediados del siglo XVII este campesinado en ciernes se fortalece con las exigencias de abasto resultantes de las “entradas” al Chocó y la puesta en producción de los primeros Reales de minas. Durante varias décadas, los agricultores y ganaderos de las sabanas presionan hasta convencer al cabildo para que se mude la ciudad. Los comerciantes se oponen al traslado, pero insisten los que pusieron en producción las tierras planas: hacendados de hatos ganaderos y de trapiches, y pequeños cultivadores estancieros. Todos tienen en común el objetivo de acortar las distancias entre sus productos y los lugares de consumo: los recién abiertos Reales de Minas en la región de Novita . En resumen, la localización de la vieja ciudad no se correspondía con los nuevos ámbitos de su economía, y el reajuste exigía su desplazamiento hacia el occidente.

Es cuando se revive un viejo litigio fronterizo entre los cabildos de Buga y de Cartago; sólo se resolvería en tiempos de la República. Resultaba más fácil lograr la Independencia del país que solucionar una controversia sobre límites de jurisdicción entre dos poblados.

De hecho, el oro del Chocó beneficiaría más a Cartago que a Buga; los bugueños habían fracasado en la primera Toro, mientras en los siglos XVII y XVIII se multiplican los Reales asignados a los cartagueños. Es fácil comprobar que la mayoría de los apellidos del Chocó moderno se originaron en la Cartago de 1700; entre ellos Lozano, Rivas, Asprilla (La Espriella) o Rentería.

Ahora bien, la minería chocoana iba paulatinamente a producir sus contradicciones y a resolverlas, y eso en detrimento de la nueva Cartago. Poco a poco, del doble cimarronismo aborigen y de esclavos, fue surgiendo el campesinado chocoano libre, convirtiéndose en abastecedor de las cuadrillas y sustituyendo poco a poco algunas importaciones agrícolas procedentes del valle. Por otra parte, dadas las distancias de los cabildos de Popayán, Anserma, Cartago, Cali o Buga, el aparato administrativo, militar, eclesiástico o de justicia tuvo que pensar en una descentralización, la cual se concretó mediante los poblados de Tadó, Lloró, y se concentró más que todo en Quibdo y Novita. Esta era más o menos la situación en la época de la Independencia.

Estos fenómenos poco a poco actuaron para proporcionar al Chocó cierto nivel de autonomía productiva y administrativa, de tal manera que, hacia 1850 la economía agrícola del plan del valle había perdido sus mercados chocoanos. De allí en adelante el Chocó no necesita a Cartago. Esta ciudad pertenecía a un esquema territorial anterior, persistía pero sobraba en el nuevo modelo regional; y por lo tanto experimentaba un marcado estancamiento. Es cuando con la colonización de vertientes y el surgimiento de la economía cafetera, los cartagueños ahora buscan la salvación mirando hacia el oriente; se devuelven hacia las promesas de la cordillera central. Poco después brotaba Pereira, mientras el letargo se apoderaba de Cartago; ésta que apenas acababa de resolver sus litigios con Buga, iniciaba una difícil reconquista del Otún, y se desataba una prolongada pugna política y económica -incluso racial- entre la población y los cabildos de ambas ciudades; de la cual aún quedan secuelas.

En esta trayectoria brotan y desaparecen centros urbanos marcando alguna etapa, señalando alguno de los fenómenos económicos: la primera Cartago de españoles saqueadores de oro, Buga como centro de conquista del Chocó, Toro su primer éxito e inmediato descalabro. Luego los cartagueños tratan de reconquistar el alto Tamaná mediante la fundación fracasada de San Juan de Castro, pero poco después, participan del surgimiento de Novita. Es cuando caduca la primera Cartago, tan moribunda como la misma encomienda, pero la dinámica demográfica impulsa el sector de los labradores

mestizos y la colonización de la planicie, surgiendo las aldeas campesinas de Anacaro, del Naranjo (Zaragoza), de Santa Ana; de un fenómeno productivo surge un nuevo amueblamiento territorial, y éste se explica mediante factores sociales y económicos: el mestizaje, la recuperación demográfica, el mercado chocoano de víveres, etc. Terminando el siglo XIX las aldeas del plan subsistían en estado agónico pero en las laderas brotaban veinte pueblos cafeteros de colonos, desde Sevilla y Caicedonia hasta Salento, Armenia o Calarcá, reorganizando por completo la red urbana de la región.

De tal modo que, resumiendo, **el movimiento y la contradicción son continuos y van modelando el espacio, generando hábitats, y determinando los territorios, su manejo y su destino, su precariedad o su persistencia.** Entonces, allí está, en distintas épocas y en variados escenarios geográficos, el contexto a partir del cual puedo, para un momento u otro, examinar el comportamiento urbanístico o arquitectónico y su evolución, en la ciudad de Cartago.

Así resumido en pocas frases, el asunto parece sencillo. No obstante, lo anterior, llevado a la práctica concreta, está sembrado de dificultades y a veces más enredado que un nylon de pesca en un bulto de anzuelos. Significa que tengo que dedicar mucho tiempo a cantidades de indagaciones de la más diversa índole y muy dispendiosas; y además irrumpiendo con mucho atrevimiento en campos del conocimiento muy alejados de mi formación. Unos tienen que ver con la geografía, otros con disciplinas sociales como la demografía o la sociología. Asimismo, tengo que captar los movimientos de la economía, los altibajos de un producto, de pronto trabajar con estadísticas, construir cuadros. En todo momento tengo que indagar en los archivos locales o nacionales, en busca de documentos o de cartografía, dibujar mapas, y recorrer una bibliografía que siempre resulta corta e insatisfactoria.

Conseguir una visión global, integral y completa del contexto, es primero identificar y hallar cantidades de hilos sueltos; y luego tener la capacidad o el talento de unirlos en un todo coherente. Nunca lo logré como quería.

DE LA MUY DISCRETA CARTOGRAFIA

Y más precisamente, del buen uso de los planos malos. También se podría llamar este capítulo: de la dificultad de hacer un buen trabajo con fuentes mediocres.

Pues, ni siquiera se puede confiar en la cartografía. Encuentro a cada paso cantidades de interrogantes insolubles mirando mapas. Lo más grave es que a veces revelan unos escollos inesperados que las demás fuentes no dejaban sospechar. Uno había reunido una masa de datos escritos, de documentos y sobre eso había construido una descripción, incluso una explicación. Y de pronto encuentra un plano, un mapa: surge una contradicción entre la escritura y el dibujo. Todo se desmoronó, hay que devolverse hasta el principio.

Desde años atrás, se concentran en mi trabajo dificultades comunes y compartidas, más aquéllas que me son personales por lo específico de mi campo de trabajo; por ejemplo, la cuestión de las fuentes gráficas. Un oficio no sólo solicita ideas o creatividad sino que además exige herramientas; la cartografía es una.

Trabajo con el espacio de donde nació la geografía y luego la cartografía; impulsada ésta última tanto por la propiedad privada como por la geología, en últimas tanto por el desarrollo de los medios de producción, como por los avatares de su apropiación. En otras palabras, hay mapas y planos que necesito, son una herramienta básica de mi oficio, algo así como el martillo para el carpintero. Pero si presentan fallas se vuelven tan inutilizables como el martillo si no consigo clavos. Ciertamente es que la información se hace visual, casi palpable, más que con la letra con el dibujo. Por eso la cartografía es un instrumento imprescindible, un insumo indispensable de mis labores. De los textos

escritos saco datos, y con ellos dibujo mapas. Entonces, en planos y mapas se visualizan los datos, y se ven fenómenos que no decían los textos.

Mis labores me convierten en “usuario” del espacio; por lo tanto, la geografía es la materia prima de mi trabajo cotidiano. Pero no se trata de una geografía escolar y muerta sino de una geografía viva, activa y actuante; la tengo que observar y analizar desde la dialéctica. Pues **considero los hábitats naturales como determinados potenciales de medios materiales de producción. Los tengo que identificar y analizar como espacios vitales, para entender cómo y por qué se van a transformar en formaciones socio-espaciales**, y cómo va a operar la segmentación física del entorno en territorios humanos. En este sentido, en un momento u otro del transcurso histórico, la fuerza de las contradicciones y la agudeza del conflicto, en un determinado hábitat será exactamente proporcional a la densidad de la población, a la naturaleza y calidad de los medios naturales, y a la disponibilidad de tierras.

En París puedo trabajar con mapas de la ciudad desde la alta Edad Media y cada mapa es conocido por el nombre del cartógrafo. Aquí tropiezo con el espacio de una sociedad que ignoraba los mapas. Surgen algunos, anónimos, pero muy tardíos y tienen la factura defectuosa e imprecisa de dibujos de niños. Otros son de máximo refinamiento gráfico, ocultando la destreza de su dibujo su total inexactitud geográfica.

Pero esta carencia negativa aprendí a voltearla; con el vuelco dialéctico pasó del polo negativo al polo positivo, es decir, que de este vacío surgió mi pregunta: ¿por qué no hay cartografía ni mapas en los archivos? y resultó una indagación completa, desde A hasta Z, sobre este tema específico. En el camino descubrí: que sí hay algunos escasos mapas, pero tardíos; segundo, que son rurales pero no urbanos. Y tercero, que siempre acompañan un pleito y que sirven para litigar. Siguiendo por esta trocha llegué a estas conclusiones:

-durante los siglos XVI, XVII, y XVIII los conflictos de propiedad (bien sea de tierras, o de “indios tributarios” de una encomienda) suscitan cantidades de pleitos rurales de linderos.

-por el contrario el uso urbano de la estricta geometría ortogonal y de medidas sencillas y seguras, excluye el diferendo de mojones y linderos.

-sólo se desarrolla la cartografía rural con las exploraciones europeas colonialistas del siglo XIX, (Codazzi, Zawadsky, De La Roche, Brisson, etc.) que anteceden o se derivan del Tratado “de amistad” con Inglaterra, y con fines esencialmente exploratorios y mineralógicos.

-sólo se generaliza la cartografía urbana con la transformación del país rural y de aldeas en país de ciudades, y cuando el Ministerio de Hacienda racionaliza el catastro y el cobro del impuesto predial urbano.

Por eso, ciudades tan antiguas como Pamplona, Pasto, Vélez, Santa Fe de Antioquia, Caloto o Popayán, entre otras, permanecieron más de tres siglos sin requerir un mapa urbano. Pero necesitan de manera imperativa una planimetría exacta para abordar su modernización; y entre 1890 y 1925, según el caso, en cada una se levanta un plano preciso de la topografía, del relieve y de la altitud, que exigen las pendientes máximas de la ferrovía o un acueducto por gravedad.

Sobre esta base primaria pueden imaginar la riqueza interpretativa y de reflexión teórica que se ofrece al investigador; y la cantidad de pistas que se abren para las indagaciones.

Aquí estoy indicando cómo, utilizando la táctica del «self defense», o mejor decir la inversión dialéctica, aprendí a transformar una carencia negativa en factor útil y positivo.

Aquí vale la pena recordar un hecho poco conocido y bastante olvidado. Según cuentan, finalizando el siglo XVI, algún día en el Vaticano y sobre un papel plano, tan plano como aún se suponía la Tierra, un notario papal trazó alegremente en la mitad del “plano” una línea vertical supuestamente a medio camino entre Roma y China. Era un lindero para resolver un diferendo entre dos propietarios: a la derecha quedaba el predio del Rey de Portugal, lo de la izquierda se titulaba a los Reyes de Castilla. Era el mapa dudoso de una propiedad incierta que los dueños aún no conocían. Allí estaba Colombia y los dueños ni siquiera lo sabían. En estas circunstancias bastante triviales, Colombia entra a figurar en el mapamundi. A partir de esta impostura, y de ahí en adelante, la pugna de linderos seguiría siendo el privilegiado motor de la cartografía.

Y hablando de escollos y de cartografía, dos hechos anecdóticos ilustran penurias y dificultades. Me demoré años en localizar el más antiguo y valioso plano urbano que se conozca en el país: el primer mapa predial y catastral, con escala regular, dibujado en

1620 en Tunja, pieza capital para mí. Invertí en un rápido viaje y tuve la desgracia de presentarme al palacio arzobispal el día que el prelado no estaba en la ciudad. Por supuesto, se había ido con las llaves de su despacho; donde tronaba el famoso plano...Tengo que añadir que más tarde lo pude analizar, y que mucho después hallé otro plano de Tunja dibujado en Bogotá en 1816, en tiempos de guerra. Cuando me puse a estudiar aquel de 1620, comparándolo con el de 1816 descubrí una ciudad más extensa en el siglo XVII que a principios del XIX...Me quedé pensativo: la traza de 1816 tiene treinta cuadras menos que aquella de 1620 ...Pero las cosas no paran allí, pues tardíamente encontré en el Censo Nacional de 1912 un plano topográfico de Tunja de 1907 que tiene la singularidad de no representar ningún elemento topográfico. y que además, presenta una traza más pequeña que aquella de 1816.

Como quien dice que desde el siglo XVII se fue continuamente reduciendo el tamaño de la ciudad; Tunja se encogió durante tres siglos. Inclusive se volvió más bajita. El censo de edificios de 1610 afirma que de las 313 casas urbanas, 88 son de dos plantas. En el plano de 1620, no figuran más de unas 10 casas “de alto y bajo”, todas desde luego agrupadas en la calle Real del Comercio. ¿Quién dijo “verdad” y a quién creer?. Sólo se puede registrar y dudar . Pero en definitiva es sumamente difícil hacer un trabajo bueno con fuentes malas.

La verdad es que cada uno de estos planos fue concebido con un objetivo diferente: tributario el primero, militar el segundo, técnico y para un proyecto de acueducto, el último. y que cada uno fue diseñado a partir de su propósito, es decir, con marcada parcialidad; más como intención que como realidad. En cuanto al último, al fin y al cabo no muestra si no la parte “noble” de la ciudad, el centro, eliminando la periferia popular y las digitaciones viales semi urbanas de pequeños labradores: tiene un marcado carácter ideológico. Es ideología dibujada a escala, pero ante todo a escala de la ideología del autor y los fines de sus clientes. Con todo eso, se evidencia que el mapa, por inocente que parezca, no es pasivo; y nunca es neutral.

Y eso de la ideología importada irrumpiendo en la cartografía, me parece grave en un país donde se llegó, sin reflexionar mucho, hasta el extremo de invertir los puntos cardinales. De tal manera que se califica a países del este como occidentales y se dice

el oriente hablando de aquellos del poniente. Así que, en Colombia se logra esta difícil hazaña que el sol sale del occidente y desaparece hacia el oriente.

Pese a mis dudas, trabajé en varias oportunidades con el plano de Tunja de 1620. No obstante, debo confesar que siempre consideré que podía ser posterior; con el temor de que alguien demuestre que es de otra época. No obstante, me atreví a usarlo para analizar la configuración urbana de principios del siglo XVII.

Sin embargo, se puede verificar con certeza esta fecha. Basta con comparar los nombres de los propietarios escritos sobre los techos en el mapa, con los patronímicos de la época, y los libros parroquiales. ¿Quién se va a dedicar a esta tarea que no interesa a nadie más? En cuanto a la relación entre los medios operativos, y la utilidad que se espera del resultado, ni hablar ... Como dicen los cristianos ése es trabajo para benedictino.

Además, ahora puedo agregar que la señora Cortés (que señalé páginas atrás) hizo lo esencial del trabajo, y con tanta minucia que sus datos me permiten aclarar algo que no podía elucidar. Hoy puedo afirmar la relación concatenada entre:

- La densidad demográfica prehispánica y el número de pueblos de indios dados en Encomienda.

- La relación entre el volumen de tributarios y el número de encomenderos.

- La concordancia entre la magnitud de los tributos y la riqueza personal de los encomenderos y de la Iglesia.

- Las condiciones privilegiadas que resultan para ciudades como Santafé de Bogotá, Vélez, Pamplona, Tunja y Pasto.

- y finalmente, el reflejo de todo lo anterior en la arquitectura residencial o sagrada, y su carácter ostentoso y excepcional en Tunja, a la vuelta del siglo XVI.

De todos modos, logré superar lo que era una testaruda incógnita: entender que el efímero esplendor urbano de Tunja resulta de una riqueza producida por la Encomienda. Ahora sé que la ciudad tiene parte de su destino determinado por esta institución y que la declinación urbana posterior debe analizarse a partir -y como una de las consecuencias- de la decadencia de la Encomienda.

Ya señalé nuestra prolongada trayectoria investigativa, de unos veinte años. Volviendo al caso del mapa de Tunja, puedo indicar que inicié su estudio en 1980, pero que sólo

se levantaron mis últimas dudas en 1993. La comparación tardía del mapa original con el censo de población que lo acompañaba, encontrado éste en los archivos de la Curia, no solamente resolvió el asunto sino que además dio un giro cualitativo inesperado a mis indagaciones. Tenía en la mano, además del primer plano urbano casa por casa escala 1/2.000, el más antiguo padrón demográfico urbano del país: ambos del año de 1620. Y eso se lo debo al profesor e historiador tunjano Luis Wiesner.

En Bogotá, en el Codazzi, me costó mucho trabajo, con la ayuda algo lánguida de un empleado visiblemente aburrido por mi insistencia (iban a ser las doce), encontrar unos excelentes mapas cinco colores, 1/25.000 del año de 1950. Se apagó mi entusiasmo cuando el señor me indicó sobre el mosaico de referencia un perímetro trazado en azul incluyendo las hojas de venta prohibida por el Ministerio de Defensa. Muy amable me indicó la oficina del CAN y los trámites exigidos “... *claro que eso se demora, pero usted estando de paso y extranjero...*” eso con el nacionalismo herido y el tono socarrón al cual me tuve que acostumbrar a estas alturas de la vida y del altiplano.

Asimismo, debo usar los mapas con cuidado, y no confiar demasiado en su precisión, en su exactitud o en su veracidad. Conozco cuatro mapas de Santa Marta dibujados entre los primeros años y mediados del siglo XVIII. Pero no confío en ninguno por lo que son anónimos, sin fecha y puedo sospechar, apócrifos. Igual que en otras ciudades de Colombia me toca esperar hasta 1910, es decir, hasta las necesidades surgidas de nuevas formas de tutela extranjera, para conseguir algún plano creíble de Santa Marta. De hecho, la cartografía se renueva y se tecnifica, con base en las exigencias técnico-científicas que surgen del capitalismo, en las condiciones particulares de su irrupción en Colombia. A la vuelta del siglo, tanto las necesidades de agua como la intrusión de empresas extranjeras de ingeniería sanitaria, hicieron más en dos décadas para la disciplina cartográfica y la modernización urbana, que tres siglos de “madre patria”.

Cuando en 1923 el primer cabildo de Barrancabermeja solicita la colaboración de la Tropical Oil Company para financiar el acueducto y el alcantarillado urbano, los directivos yanquis, como buenos ingenieros del MIT, contestan que con mucho gusto, pero que primero hay que levantar el plano topográfico para tener el perfil de las calles. Y se levanta el primer plano de Barranca, como quien dice a solicitud de Rockefeller y por

exigencia de la Standard Oil de New Jersey. A los cinco años de su llegada, los petroleros yanquis tenían de la geografía de Santander una visión más precisa que aquella que había quedado después de tres siglos de colonia española y un siglo de República.

Conseguí varios mapas del Chocó de los siglos XVIII y XIX. Pero son dibujos simulando la técnica cartográfica, no más: un simulacro de cartografía. ¿Cómo confiar en el mapa de Ambroise de la Roche, con fecha de 1804, si dice su familiar Erasmo que lo copió en 1830? ¿Podía haber un puerto Cascajal en 1804, llamado Buenaventura en 1830? ¿Entonces? El segundo corrigió o no al primero? ¿Cómo se puede seguir llamando en 1830 Citarrá, lo que se llamaba Quibdó desde fines del siglo XVIII en los documentos? Finalmente, los dos De la Roche no se percataron que Cupica queda al norte de la bahía de Solano y no al sur, que difícilmente puede situarse cerca a las bocas del río Baudó, y que éste no se puede llamar Napipi ... etc. Conclusión, no puedo usar una pseudo-cartografía que no fue concebida como técnica y ciencia sino como trampa, engaño o superchería: quizá un subterfugio para engañar políticos o jueces en algún litigio de sectorización electoral...

En resumen, no se puede creer ciegamente en la exactitud de los mapas: más creíble resulta la Biblia. Por el contrario, sí podemos confiar en las fotografías, si llevan fecha segura, desde luego. En definitiva, la veracidad absoluta del documento gráfico radica en las aerofotografías; desafortunadamente eran más bien escasos los vuelos fotográficos en tiempos de la colonia ...

En Medellín, existe un juego completo de mapas desde fines del siglo XIX, los primeros que fueron levantados técnicamente por los alumnos y profesores de la Escuela de Minas, es decir que de los necesarios ejercicios académicos resulta en una ciudad, una no más, un catálogo gráfico, cronológicamente continuo. Pero a partir de 1920 llaman la atención de los mercaderes. Se tornan planos, a colores tipo guía turística, con cantidades de medallones perimetrales, la foto de un prestigioso edificio “moderno”, del parque, aforismos y propagandas comerciales. Siempre más adornados, terminan adulterados y no me sirven para tratar de medir las zonas sucesivas que se van integrando a la ciudad a medida que ésta va creciendo. Es que el plano de tal año no distingue entre lo existente y lo que estaba en proyecto; o el plano anterior presenta extensiones construi-

das que figuran como mangas en un documento posterior, etc. Comprobé luego, que hasta hoy incluso, en Bogotá, Medellín o Cali se siguen diseñando mapas mentirosos con extensiones en proyecto; proyectos que pueden tardar dos, tres o diez años, o sencillamente ser descartados.

Creía haber encontrado un excelente plano francés tipo ingenieros de la marina de mediados del siglo XVIII, sobre el cual me basé para decir algo sobre la Santa Marta de esa época. Ahora “Proa” publica un plano apócrifo sacado de un atlas, anónimo y sin fecha pero anterior, el cual evidencia varias contradicciones. Pero lo más gracioso es que comparando ambos documentos tendría yo que concluir que la ciudad (igual que Tunja) se achicó en cincuenta años... De todos modos, eso me obliga a revisar cuidadosamente un par de páginas que tenía listas, sobre la Santa Marta del siglo XVIII.

Cartagena es otro caso. Por razones obvias, es la ciudad que concentra la más abundante cartografía histórica: se dibujó a Cartagena en Londres, en Amsterdam, en París, en Viena en todas partes donde había algún pillo, desde rey hasta corsario, con la idea de saquear las bodegas del quinto Real. Pero esta pletórica cartografía es más una complicación que una ayuda; no hay dos mapas iguales para un mismo momento histórico.

En Cali, creí durante mucho tiempo que existía un plano de la ciudad levantado hacia 1880. Cuando por fin lo conseguí, descubrí que era el equivalente gráfico del Alférez Real, donde cien años más tarde alguien imagina la Colonia. Era una supuesta reconstitución del Cali de 1880, pero dibujada en 1945. Yo también puedo hacer eso, y así levantar diez planos “históricos” de Cali desde su fundación: y de hecho lo intenté pero reuniendo y localizando sobre mapas los datos y sucesos contruídos que me suministran las escrituras notariales y las actas del Cabildo. Otros, estos días lo están haciendo en Bogotá, para mediados del siglo XVII, con base en la buena información que suministra “El Carnero” .

Con frecuencia los estudiosos caen en la trampa de otorgar valor de prueba absoluta a la cartografía. El propio Carlos Martínez, víctima de un embustero, se dejó engañar alguna vez por un supuesto mapa colonial de la ciudad de Cali: en realidad apócrifo y moderno. Eso era hacia 1960-65, pero este mismo mapa recorrió luego mucho camino. Incluso se integra a los estudios del Plan Director de 1970; para que vean la seriedad con que se trabaja en el piso 14. Luego se entroniza en Planeación Municipal, y finalmente

todos los estudiantes de arquitectura de tres Facultades caleñas lo usan ciegamente semestre tras semestre, hasta hoy.

Es algo curioso la concepción misma que se tiene del mapa en ciertas oficinas donde se hacen mapas. Un caso general: en Colombia el mapa urbano local, casero, que no salió del Codazzi, siempre mezcla lo existente con los proyectos, los trazados actuales con los trazados futuros, etc. En cambio, los del Instituto Geográfico, muy a menudo confunden la toponimia, o la alteran. De fabricación local, para no decir parroquial, el último mapa de Cali se inicia con dos mentiras en una sola frase; un medallón asegurando que Cali fue fundada por Benalcázar, y en 1536 ... Esta abundancia de zonas verdes y de parques, ¿existen en la realidad? .. Estas arterias del sur, amplias autopistas, éstos «rond point» con orejas ¿dónde están? Con el plano en mano, un grupo de alumnos míos se fue a encuestar distintos barrios indicados con todos los detalles, para comparar su morfología y sus rasgos organizativos. En el lugar sólo encontraron potreros, árboles, y ganado; ni casas ni vías, ni un cristiano. Se devolvieron porque no tenían botas... Los técnicos habían dibujado un mapa que quisieron bonito, para el turista, pero a nadie se le ocurrió que la cartografía no es un afiche; se supone que es la realidad planimétrica proyectada sobre un papel. En otras latitudes, hemos dedicado siglos para colocar acertadamente 20.000 cms de terreno en un centímetro de papel, o 5.000 metros de geografía en un metro de papel, pero en alguna oficina caleña, alguien borra eso de una vez. ¿Quién ha dicho ciencia, cartografía?

Me ha tocado ampliar el valor de un texto de descripción territorial, transformado en mapa. El documento original era bastante confuso, por su misma sintaxis; pero se aclaró acompañado con mi dibujo. Es éste mismo sistema de transcripción gráfica, la técnica que me ayudó para captar las características espaciales de la primera sectorización del país, los límites y las dimensiones de la división política-administrativa en gobernaciones y municipios, instaurada a mediados del siglo XVI. Este es uno de los senderos mediante los cuales detecté los conflictos de “términos” que brotaban por doquier a medida que se iban fundando ciudades nuevas en territorios ya adscritos a una jurisdicción; disputas que se multiplicarían en los siglos XVII y XVIII, e incluso durante el siguiente.

En otra oportunidad, después de meses de pesquisas logré conseguir la lista más o menos completa de las minas de oro a fines del siglo XVIII en toda la franja del Pacífico. Sólo faltaba colocar cada Real en su lugar. Hoy tengo una visión clara de la expansión territorial de la minería hacia 1780, y mi texto se benefició con este logro de un espejo gráfico.

Ante las dudas y disputas de los historiadores sobre si Barbacoas antecedió a Tumaco o la inversa , un mapa de 1744 (Maldonado) y otro de 1780 con el arrastradero del Chagui al Telembi me sacó de la indecisión; ambos asientos se complementan y no se pueden disociar ; son dos piezas de un mismo hábitat regional. Las minas necesitan abastos y esclavos y dan vida a su propio puerto.

Epílogo: primero desconfiar, y más que nunca «dudar de todo».

TRABAS Y ESCOLLOS

Igualmente tengo que usar los libros con cautela. Ayudan mientras no estorban o castran. Fortalecen la cultura, mientras no llegan al exceso de paralizar el pensamiento; convirtiéndose entonces en el contrario de su vocación y en limitante de la cultura. Un escollo está escondido, del cual debo estar pendiente: el fetichismo, la sacralización. Así prevenido, puedo conservar la sagrada libertad de poner en cuestión.

Aquí cabe otra anécdota ilustrativa. Hace unos veinte años, se publicó en París un pequeño ensayo mío sobre Colombia, en el cual, de paso, demolía alegremente y sin compasión alguna, uno que otro mito de la mentirosa historia patria. Este texto inocuo me valió copiosos (y bien merecidos) insultos tanto de mi Embajada como del Tiempo y de La Patria. Me acuerdo que entre otras cosas, después de una lectura de la hagiografía de las guerras de Independencia, y con partes militares de Soublotte en mano, llegaba a la conclusión sacrílega que en el Puente de Boyacá no hubo la tal grandiosa “batalla napoleónica” que se pretende.

Esta revelación -no era denuncia- era inaceptable para algunos; engañados y felices de serlo, la consideraban como una blasfemia y una profanación, un sacrilegio; me excomulgaron. A los veinte años, estos días de 1993 encuentro en una Gaceta Dominical de provincia dos páginas de un historiador (se llama Germán Patiño) destruyendo esta misma gloriosa leyenda militar. Reduce la hazaña a su tamaño de breve escaramuza entre las dos y las tres de la tarde, e igual que yo concluye que no pasó a mayor. Incluso se atreve a escribir esto:

“Los académicos que construyeron la historia oficial pertenecen al pasado. Estaban interesados en crearle grandes personajes a un pueblo que parecía carecer de ellos, en hacer más sonoros los títulos de los fundadores de nuestro Estado nacional y, como el apego a la realidad poco importaba, resultaba mejor historiador el más grandilocuente y retórico y mejor historia aquella recargada de acontecimientos magníficos y pomposo”.

Esta puesta en cuestión puede en ciertos casos volverse conflictiva con la Academia y sus discípulos. Ocurre con frecuencia que en el transcurso de mis labores tropiezo con una bibliografía plagada de explicaciones apresuradas y equivocadas, hechas o con datos erróneos o con las deformaciones de una ideología acomodaticia, alteradora, mistificadora. Entonces, en algún momento tengo que parar, retroceder, negar y destruir, antes de afirmar y construir. Muy a menudo, por este camino logro a la vez un mejor saber y mayores enemistades; gano más exactitud en el conocimiento, pero pierdo de una vez tiempo y amigos. En eso también *“no se gana nada sin perder algo”*.

Las fuentes, eso son, fuentes y medio de información; pero no se pueden convertir en fin. La erudición no subsana la carencia de ideas. El que cae en este exceso corre el riesgo de terminar su trabajo entregando, más que un análisis, un directorio bibliográfico; éste informa pero no explica. Hace poco, desde Bogotá se me solicitó evaluar un ensayo corto, ochenta páginas carentes de originalidad y sin mayor creatividad. Al final encontré un verdadero anuario bibliográfico: 60 páginas con más de 700 títulos. La contradicción entre el texto y su soporte era flagrante. Eran fuentes de mil datos pero sin una sola idea.

Asimilé la lección para que no me pase lo mismo. De las fuentes debe “brotar” algo más que sencillos datos. Con ellas tengo yo que formular ideas y desarrollar un pensamiento, si es que tengo esta capacidad.

Desde el inicio, mis trabajos me obligaron a multiplicar las fuentes y modalidades de indagación-información, usando como decía, la ecléctica estrategia de “la combinación de todas las formas de lucha” para el conocimiento. Es así como logré, cuando era el único medio disponible, un mediano conocimiento libresco de ciertas realidades colombianas.

Examinando fríamente el uso que hago de la literatura sobre el país, me doy cuenta que en la casi totalidad de los textos, buscaba exclusivamente informaciones y datos; incluso y con frecuencia, estadísticas y cifras. Sólo en algunos pocos ensayos, buscaba visión e ideas, reflexión y altura; y más que todo el talento de la creatividad y de un pensamiento libre, original y novedoso. En este sentido, considerando mis propios intereses temáticos me doy cuenta que varios investigadores cada uno en su campo de conocimiento propio, sobresalen por su seriedad y por su lucidez. Pienso en Catherine Legrand, Juan Friede, Darío Fajardo, en los cuales, a pesar de las diferencias de personalidades, finalidades y trayectorias, encuentro afinidades y la sustancia de una materia prima a la vez “útil” y procesada. En ellos no busco datos para el análisis, sino la ayuda de un pensamiento libre y “de ruptura”, con una visión global y una reflexión de síntesis.

Los dos párrafos anteriores me llevan a matizar la idea de información. No vale tanto, en mi opinión por su volumen como por su calidad. No es asunto de cantidad sino de exactitud y de veracidad; más vale un escueto dato verdadero, que cien datos dudosos y que mil noticias de escasa fiabilidad. Ciertamente, en determinados casos es preciso acumular información. El límite es cuando pasa de útil y necesaria, a sobrante e inmanejable: entonces su volumen la torna inutilizable. Con la transformación de la cantidad en calidad, escasa era insuficiente y no me servía; pero superabundante me ahogaba.

Volviendo sobre la cuestión de la precisión y de la veracidad, regresemos una vez más a Cartago, para ilustrar unas dificultades que se me presentan con cierta frecuencia. Varios libros escritos este siglo sobre Pereira y sobre Cartago, señalan todos que ésta última se mudó en 1691, cuando contaba con 180 casas distribuidas en 26 manzanas y agrupando 1.156 habitantes. Eso es importante por lo que me proporciona indicios sobre la configuración y la extensión que tendría, en sus inicios, la nueva fundación de Cartago. Sin embargo, me tocó repetir, sin más, lo que dicen estas fuentes secundarias. Eso por lo que ningún autor indica su fuente. No he tenido acceso hasta ahora al documento original y contemporáneo del traslado. ¿En qué fecha se levantó, en qué archivo

está, qué más datos me puede proporcionar? En estas condiciones, no puedo sino dudar de la exactitud de estos datos modernos y de segunda mano, pero sin tener la posibilidad de cuestionar, ni comprobar su veracidad. Con este ejemplo, queremos señalar la brecha que detectamos muy a menudo, entre un acontecer comprobado y la información incompleta o vaga que de él nos llega. En este caso, no estamos cuestionando la autenticidad de un suceso, pero sí la validez de la interpretación de sus transmisores. Pero, por obviamente absurda que resulte esta interpretación, nunca conseguiré las pruebas documentales que permitan demostrar su falsedad.

Algunas veces me tocó parar un trabajo y darlo por concluido; y en este mismo momento de finalización me llegaron fuentes e informaciones nuevas, que por algún motivo eran anteriormente inaccesibles. Es así que tardíamente pude localizar el diario de un fundador de pueblo; estaba en una prendería pueblerina del Quindío y no tuve tiempo de subir hasta su hermosa colina.

Es así como la llave de la fundación de Bolívar (Valle) radica en un mapa de 1876 guardado en la notaría local. Hace años unas tesis equivocadas sobre unos pueblos de conquista y que refuté con argumentos del sencillo “sentido común”; pero mal y de manera poco convincente, por tener entonces más intuición que apoyos documentados. No he podido sacar el día que necesito para buscar y analizar este mapa. Quizá sólo lo logre después del incendio de la notaría ...

Hace tiempo que estoy aplazando la visita al único testigo vivo de la fundación de Caicedonia, Valle. La muerte no da tantos plazos, Ofelia Giraldo tiene más de 80 años. Eso es mucho vivir en Caicedonia, y tengo que apresurarme.

También ha ocurrido lo contrario; que una primera difusión de mi trabajo, una conferencia en un pueblo por ejemplo, lo reactivó; le dio impulso y cambio de rumbo, de manera a veces inesperada y accidental. Terminada mi exposición, se me acerca una diminuta viejita amarillenta que parece un pergamino, y me dice : *“soy la hija de fulano, el plano que hizo mi papa y que usted dijo que no encontró, lo tengo en la casa, camine se lo muestro”* ...

Relacionado con el punto anterior quiero señalar una falla operativa y de origen burocrático, que nunca he podido superar y que parece ser una fatalidad celestial y un castigo divino. Cuando preparo un proyecto, adjunto un cronograma y un presupuesto, del cual tengo que rendir cuentas a alguien al final. Articulo la fase informativa pensando por ejemplo: primero el viaje a San Pablo, una semana de observaciones in situ, archivos de la alcaldía y notaría, levantamientos, dibujos, material fotográfico, entrevistas, etc. Luego, segundo viaje a los archivos, digamos en Manizales o en Tunja. Siempre, siempre, terminado el trabajo, primero en San Pablo y luego en Manizales, brotan interrogantes inesperados que me obligan a un nuevo viaje a San Pablo, cuando no al archivo central en Bogotá, que no eran ni previstos ni presupuestados. Si programo las labores al revés, pasa lo mismo. Inicio las tareas en Manizales, sigo en San Pablo y alguien allá me dice:

“Este documento señor, usted lo encuentra en Manizales”.

Empezando en un sitio u otro, siempre concluyen las giras por la necesidad de otro viaje, el cual no ha sido presupuestado. Si incluyo dos viajes en mi proyecto algún auditor-verdugo (el sicario del investigador) me preguntará:

“¿Y por qué tiene que ir dos veces a Manizales? Sólo le pagamos un viaje”.

Sospecha el celoso cerbero del Ministerio de Hacienda que voy a pasear a Manizales; pero ¿a quién se le ocurre ir a Manizales por gusto y de paseo? De todos modos la moraleja sería: hasta dónde se puede pensar en lo inesperado y los imponderables, prever lo imprevisible ...

Asimismo, no puedo omitir señalar el escollo que constituye la dispersión de la información, y más que todo de los archivos históricos. Me interesa saber lo que era Tumaco a fines del siglo XVIII, y qué es eso de una comuna popular proclamada por negros palenqueros de un caserío surgiendo en una isla arenosa, con 60 chozas pajizas y 391 habitantes; que brota cuando agonizan las comunas del oriente, que dura un año completo, y que ningún historiador ha siquiera mencionado. Hasta tal punto que mi única pista es la tesis de Grado de Gloria Gómez titulada “Tumaco 1781”.

Surge de diez interrogantes un apasionante tema de indagaciones. Para vencer estos enigmas viajaré hasta la arenosa, donde no encontraré nada (todo ardió en 1947) y lo

mismo en Pasto. Regresaré de la primera con camarones, y de la segunda con catarro. Luego viajaré a Popayán y me suministrarán en el Archivo del Cauca una documentación valiosa pero parcial. Entonces, volaré hasta Bogotá y en el AGN hallaré, además de la anterior, algunos documentos más. No me faltará sino lo esencial, que quedó en Quito y a donde no puedo viajar...Resumiendo, la información básica está esparcida en cinco lugares, por lo menos. Me pregunto: ¿no es posible que todos los documentos (o una copia) queden concentrados en un sólo sitio? Aunque sea en Subachoque o en Aracataca ...

Otras trabas se originan en la práctica cotidiana, y señalé algunas al principio. Surgen a cada momento obstáculos de toda clase que limitan la capacidad de trabajo, la frenan, etc ; estorbos que uno tiene que soportar. Últimamente tengo imprenta propia; este texto lo escribí e imprimí, en casa con una máquina mágica que consiguió Gilma. Con lo cual puedo trabajar de noche o los días feriados. Así logré sacudir el yugo oligárquico de las secretarías y mecanógrafas; me liberé de la dictadura del proletariado, y enseguida se duplicó mi productividad.

Sólo quiero mencionar de paso los dramas de grabadoras (las pilas se acabaron), de filmadoras (se quedó prendida en el estuche) y las tragedias fotográficas (el rollo se veló, o se cayó al río, no corrió, era viejo, lo dañaron en el laboratorio, no era de 36, era de 12, y por supuesto la pila se acabó) y cantidades de pequeños incidentes y descabros con los cuales uno aprende a viajar con 10 rollos, pilas, tres cámaras y muchas bolsas plásticas; sin olvidar botas y capa. Más grave resulta, después de horas del registro fotográfico de una tipología completa de inquilinatos en una zona negra pericentral, el asalto de seis rufianes desapareciendo con el precioso rollo. A dos cuerdas, en la comisaría, hacen cola los asaltados; son las once y mi vuelo sale a la una... En tal pueblo un policía me prohíbe tomar fotos de la plaza. En otro, tres tipos que no son policías me impiden fotografiar una casa; no sé si eran del DAS o de la mafia ... y no falta aquel que me quiere extorsionar después de haber retratado su fachada. Otro me exige tomar foto de su casa, puesto que acabo de registrar aquella del vecino. Levantar catálogos tipológicos residenciales populares no es siempre fácil; registrar los palacios estrambóticos de la nueva oligarquía “blanca”, es a veces peligroso, y más bien desaconsejado.

No sobra mencionar la “encuesta imposible”; estoy hablando del sub-tema imprescindible en un conjunto investigativo, y para el cual o no hay datos, o son escasos y poco representativos; o son inaccesibles por algún motivo.

Un día me puse a comparar los niveles de “estatus” social, de prestigio, y en general la función ideológica respectiva, de la mansión urbana y de la residencia campestre (o “casa señorial” decía Germán) de la oligarquía esclavista hacendada del siglo XVIII. Acudí primero a fuentes secundarias, los trabajos de tres historiadores referidos a Cartagena-Mompós, Popayán, Cali-Buga.

Primer escollo, en sus listas y cuadros utilizan categorías distintas que hacen la comparación tan ilusoria como peligrosa. Segundo escollo, el universo factual de cada autor es tan restringido que no autoriza la generalización en cada región. Tercera dificultad, no se pueden sacar conclusiones a escala nacional con base en datos tan escasos y localizados. Tendría que ir de ciudad en ciudad, primero Tunja, Bogotá y Zipaquirá, luego Santa Fe de Antioquia, y después Mariquita, Pasto, Vélez y Ocaña, Pamplona y Santa Marta; buscando en archivos de cabildos (quemados o botados hace tiempo) y registros notariales (carcomidos o destruidos hace tiempo), testamentos y contratos de compraventas de casas fantasmales que desaparecieron de la geografía (hace tiempo). Tendría que dedicar un año y quizá 5.000 dólares, (que no tengo), a un asunto laborioso y de un costo muy superior a su interés; porque en definitiva eso no interesa a nadie.

Moraleja, hice un trabajo a medias, parcial, insatisfactorio, inseguro, que no tiene más validez que aquella de un sondeo; y que no conduce a ninguna respuesta significativa pero sí a nuevos interrogantes. Desde luego la culpa es mía, pretendí hacer una encuesta imposible; algo así como intentar hacer el amor de pie en una hamaca.

Un medio fracaso parecido ocurre en todos mis trabajos, originado en la destrucción o el extravío de documentos y archivos; obstáculo que señalé de entrada. El caso más reiterativo es aquel de la pérdida de los padrones de población que me permiten a veces, en algún lugar, estudiar y seguir el movimiento de las familias mediante la onomástica. En el estudio de Tunja tuve la suerte de hallar una lista de

todos los habitantes en 1620, cada poblador registrado con nombre y apellido. Así pude basarme en este padrón para realizar un ejercicio de geografía social-urbana. Pero no volví a encontrar los padrones de épocas posteriores que me hubieran permitido seguir la migración de las familias en el espacio urbano. En Cartago encontré el padrón “municipal” y urbano de 1771, doblemente precioso. Pues, por una parte pude construir un mapa hipotético de la distribución social de los moradores en el ámbito urbano y sub-urbano. Asimismo, los datos onomásticos me ayudaron para entender ciertos tópicos relativos al poblamiento del Chocó; por ejemplo, la relación directa entre los mestizos dueños de minas o sus capataces, procedentes de Cartago, y el surgimiento de sus apellidos en las cuadrillas de los Reales de Negua, Tadó, Nóvita, etc.

Igual cosa pude hacer con la estadística agropecuaria del Cauca levantada en 1721, o con las listas de minas y mineros en 1746, 1756, 1777, 1797, referidos a comarcas que van desde el río Bebaramá, hasta el Patía y Barbaçoas. Datos tan valiosos que inclusive permiten entender ciertas deformaciones; Mina vuelto Mena, Pereañez convertido en Perea, Tres Palacios reducido a Palacios, la cadena Echeverry-Chaveri-Chaverra, Morillo vuelto Murillo, La Espriella quedando Asprilla, Ribas ayer vuelto Rivas hoy, y muchos más.

Pero más allá de las curiosidades idiomáticas, lo que aquí me interesa es seguir la huella de estos apellidos en su posterior deambular por el territorio hasta hoy, para elaborar un mapa de los desplazamientos de población que se producirían a lo largo del siglo XIX; para finalmente identificar ciertas corrientes de migraciones y poblamiento de nuevos hábitats en la región del Pacífico.

Pero como decía, estas listas son vestigios afortunadamente rescatados, mas escasos y aislados, carentes de la necesaria continuidad para yo poder hacer un trabajo completo y de cierta validez. Entonces, en estas circunstancias mi trabajo no puede ser más que una muestra parcial, y de poca consistencia.

Claro que tropecé contra los escollos de la noción de tiempo histórico y de sus diversas dimensiones. Vacilé ante las duraciones, tiempos cortos o tiempos largos, desde

meses o años hasta siglos; dificultad que señalan prácticamente todos los historiadores franceses desde principios de siglo, como lo recuerda un libro de Jacques Le Goff sobre *La Nouvelle Histoire*. Dividir y partir los períodos, cortar, separar y articular es en Colombia, muy a menudo, casi imposible a causa de la discontinuidad en la información, de la carencia de documentos o de su carácter fragmentario.

Confieso que frente a la aparente inmovilidad del régimen y del período coloniales, ante la carencia de movimiento perceptible, me queda prácticamente imposible determinar las rupturas, los cambios de ritmo en el pulso que experimenta un territorio determinado, un hábitat. Contrasta este carácter estático con la intensa movilidad que adquiere el territorio de la República; gentes y cosas circulan como nunca antes, se incrementan las relaciones entre lugares y hábitats. Se multiplican los caminos, y la historia de los caminos y senderos se convierte en la historia del fraccionamiento del latifundio; en el espacio natural virgen los caminos y su trazado permiten reconstruir la historia del poblamiento de un nuevo hábitat, y desde luego las peculiaridades físicas, catastrales y sociales de éste último.

Pero quizá se me escapó alguna duración corta dentro de los tres siglos de colonialismo español, durante la cual el país experimentó una dinámica que no supe percibir. No había visto más que tiempo petrificado, no descubrí un tiempo activo y móvil; y eso que estoy siempre alerta, muy atento a detectar el movimiento.

Para ilustrar lo anterior, si me limito al material documental de los Informes y Relaciones de Mando, resultaré convencido que entre 1750 y 1790, está el período durante el cual más proliferan las villas y parroquias mestizas de vecinos libres. Pero si me devuelvo a fuentes anteriores encuentro sus gérmenes hacia fines del siglo XVII, en Medellín, en Purificación, y en diez pueblos de los Santanderes. En un caso el fenómeno dura medio siglo, mientras en el otro es más que centenario; es cosa distinta. Hay más, y es que la documentación deja entre estos dos extremos un hueco informativo abarcando la primera mitad del siglo XVIII; no sé yo qué ocurrió durante 50 años. Por lo tanto, no sé si es lícito ligar lo de fines del XVII con lo que ocurre cien años después; o si se trata

de algo diferente, que debe enfocarse de otra manera, con otra visión, otros criterios, indicadores o variables. Considero que esa es la diferencia entre tratar la historia con el debido respeto, o maltratarla.

EL PRODUCTO, SU COMUNICACIÓN Y SUS USUARIOS

De entrada quiero precisar algo que apenas señalé al principio. Es la penuria de conocimientos en una determinada disciplina, la que motivó el inicio de mi búsqueda. Entonces se inscribía en mis prácticas concretas del urbanismo. Luego, alejado del oficio y de sus fines sociales, me encerré siempre más en mis curiosidades personales. De tal modo que, durante años trabajé de manera solitaria, para satisfacer una cierta sed, sin pensar en los demás; sin siquiera sospechar su existencia. Desde luego la comunicación se limitaba a un monólogo; formulaba libremente, si se puede pretender eso, tanto las preguntas como las respuestas. Dialogaba conmigo mismo y no con interlocutores; quería entender, pero no decir, ni mucho menos convencer. En estas circunstancias, podía manejar con máxima libertad la totalidad del asunto, desde mi propia necesidad, con mi sensibilidad e incluso mis fantasías. Era para mí el mismo placer inocente e ingenuo que experimenta uno ordenando el ritmo de unas sonoridades para construir un poema sobre el papel o el teclado, jugando con el cromatismo pictórico sobre el lienzo, modelando con arcilla la plasticidad volumétrica de una mujer, o sencillamente, contemplando el arco iris de una mariposa.

Más tarde, diversas solicitudes me obligaron a considerar ésta nueva dimensión de la experiencia investigativa; su difusión. El asunto dejaba de ser personal e iba adquiriendo un tamaño, o más bien una proyección social.

A partir de este momento tuve obligatoriamente que pensar en los demás: pensar, actuar, escribir, hacer cuadros estadísticos, dibujar esquemas o mapas, considerando su

presencia y su interés. Y asumir con seriedad esta nueva responsabilidad con la cual se iba estrechando mi sagrada independencia, pero ampliando mi audiencia. Poco después me derrotaba la vanidad: había ganado público -¿por unos días?- pero perdido toda libertad, y para siempre.

La comunicación se me presenta como una situación nueva, ya no de creatividad, sino más bien de transmisión del conocimiento. De investigador paso a ser exponente del saber adquirido. Una aspiración individual culmina en una responsabilidad social. Quedó atrás la satisfacción personal de haber logrado resolver un enigma. Ahora se trata de la pertinencia y del acierto, que hacen posible ser compartido -o controvertido- por otros este conocimiento. Es un momento crucial, pues mediante la comunicación se somete a prueba la validez social de mi trabajo.

Es indispensable para mí separar -distinguir y no confundir- la producción y su divulgación. Disociar los métodos, técnicas y herramientas usados para la construcción de un conocimiento; y los instrumentos de su exposición y comunicación. Éstos, según el caso, pueden ser un informe minucioso, un ensayo reflexivo, un artículo condensado y más global, modalidades visuales o gráficas (independientes, o con mi participación), o una sencilla conferencia oral. Desde luego este abanico de modos de transmisión y la selección de una modalidad o de un estilo, también tienen que ver con mi propósito. Éste puede ser de distinta índole: descriptivo, analítico, explicativo, sintético; de uso personal o dirigido a los demás, de “consumo interno” en la universidad o “de exportación” afuera, pedagógico o no; modesto, parcial y de avance, o más ambicioso.

Siempre tengo que considerar para quién estoy trabajando. Lo cual de entrada me puede orientar hacia ciertas técnicas y descartar otras, pensando en la transmisión adecuada de mi trabajo, y más que todo en su óptima comprensión. No siempre trabajo para alumnos de una universidad ni mucho menos para la Escuela de Arquitectura. En Letras, Sociología o Historia, o en la Casa de la Cultura pueblerina, nadie sabe -ni tiene que saber- lo que es un plano con escala 1 a 100.000 y en qué se diferencia de un mapa catastral urbano de 1 a 500; ni mucho menos por qué en nuestra jerga, curiosamente, al

primero se le llama “escala pequeña” y al último “escala grande”. Despreciar eso, fácilmente lleva a la pedantería académica y a esta exhibición de erudición que permite identificar sin error a los imbéciles; tanto en las aulas de Meléndez o del Volador, como en el resto del planeta. Inclusive llega un momento en que la erudición se vuelve ofensiva para los demás.

¿A quién me dirijo? El problema indicado no existe si soy el único consumidor de mi producto; la “investigación casera de pancoger”, se podría llamar. Pero si pienso divulgar mi trabajo entre un grupo, soy el único responsable de mi capacidad de comunicación. Si cuento algo a los demás, es con el propósito que me entiendan, es decir, que si mi público no me entiende la culpa no es del público, es mía. Por lo demás estoy convencido que entre más complejo es el tema, más fácil resultará su comprensión si se transmite con un lenguaje trivial excluyendo (hasta donde se puede) el vocabulario técnico o la terminología propia del oficio; e insisto, exento de erudición exhibicionista y de vana pedantería.

Esta necesidad de hablar claro y no dejar campo a la ambigüedad, se me evidenció alguna vez en un congreso en Medellín. Terminada mi exposición, dos oyentes se enfrascaron en una polémica en tomo a lo que yo había dicho. Uno de ellos, tratando de amarrar de manera burda una tesis mía con sus inclinaciones políticas llegó hasta sugerir que me había explicado en forma confusa; y siguió explicando él, que era lo que yo quería decir. El público advirtió enseguida la maniobra, protestó; pese a mi espantosa pronunciación, todos habían entendido: no había ningún tal malentendido sino para aquellos dos polemistas. Me tocó intervenir y en forma tajante: “No necesito su traducción o su “aclaración”, gracias; lo que quería yo decir es exactamente lo que he dicho”.

Allí viene a propósito el cuento del nudo gordiano. Sesionaba la asamblea nacional de una organización popular de vivienda. Invitado a dictar una conferencia, esperando mi turno escuché la docta exposición del abogado que me precedía. Era un erudito y un doctor, y al parecer había decidido escoger la terminología que menos podían entender unos obreros y campesinos procedentes de los más apartados rincones del país, Guaviare, Urabá, Vichada; muchos de ellos analfabetas, según la rudimentaria definición del DANE.

El abogado recién alfabetizado hablaba de “estrategia a nivel macro”, de “nuevo perfil sui generis”, de “espacios de participación” y cosas parecidas; yo observaba en los rostros curtidos la mueca que nos produce el esfuerzo de tratar de entender algo difícil. En algún momento dijo el conferencista en tono algo solemne:

“Compañeros, en esta nueva política del sistema nacional de vivienda, el subsidio es el nudo gordiano”.

Las muecas se acentuaron en los rostros y oí a alguien preguntar “¿el qué?” Otro que anotaba todo en un cuaderno se dirigió a su vecino «¿cómo dijo?» Adelante se levantó una mano tímida pidiendo la palabra, pero el conferencista, ante el auditorio mudo, insistió y repitió:

“Sí compañeros, este es el nudo gordiano”.

Toda la asistencia se puso a asentir dócilmente con la cabeza.

Con toda evidencia, el nudo gordiano de este señor era su cultura recién adquirida. Este episodio me sirvió de lección y me quedó grabado. Cada vez que voy a hablar en público, pienso: cuidado con el nudo gordiano ...

Otra dificultad de comunicación, y que debo asumir y sortear, es la siguiente. Alguien me invita a exponer un fragmento de mis indagaciones, un subtema muy preciso; armo en forma compacta y escueta una conferencia de una hora (que siempre dura dos horas) ilustrada con 40 diapositivas (en general el bombillo se quema de entrada).

Desde luego mi exposición es muy anecdótica, y los asistentes no entienden cómo de este cuentico puedo, al final, sacar tesis tan elaboradas y categóricas. Es que detrás del cuentico está el riguroso recorrido completo de las etapas del conocimiento científico. Allí está también el manejo de los datos y técnicas provenientes de varias áreas científicas, geografía, historia, sociología, estadísticas, etc. Por supuesto no puedo exponer todas estas premisas en una hora; sería otra conferencia. No obstante, debo ser creíble y convincente, para que por lo menos quede claro que detrás del cuentico expuesto en una hora, están el andamiaje y el apoyo de diez años de labores. Como decía Fernán González del CINEP, en un encuentro donde se le concedía apenas treinta minutos para exponer dos años de trabajo:

“Eso de contar la historia de Colombia en media hora, es muy complicado”.

Recordarme que existe una plaga inevitable a lo largo y ancho del país: una peste tropical, endémica e imprescindible. Es aquel auditor que llegó tarde y que pregunta al final, señalando “críticamente” y con mucha propiedad, “un vacío en la exposición”; siempre, siempre, pregunta sobre algo que se expuso muy detalladamente y de entrada, cuando él no estaba.

Otra plaga que parece proliferar en estas fértiles tierras calientes del trópico, es el erudito que consiente en dirigirse a nosotros “los cafres”. Hace poco uno se gargarizó durante media hora frente a cien pobres diablos como yo; pocos podían entender “desindustrialización”, “enfoque tripolar”, “globalización”, “perfil horizontal”, “ruralización” o “reprimarización”. Me pregunto: ¿Es eso “comunicación” o búsqueda deliberada de incomunicación?

Otra lección recibí en Medellín, donde alguna instancia del alto gobierno había decidido convocarnos para convencernos de algo, tan importante que se me esfumó al día siguiente detrás de la fragancia del ciprés, en mi subida al aeropuerto de Rionegro. Con este objetivo los bogotanos -que a veces actúan como si fueran “pastusos” contrataron a destajo un experto, un asesor de estos “free lance” con dos Ph.D. Pero ante nosotros, invitados con simple papel de “participación popular”, expuso una cosa, de por sí muy sencilla, en una jerga pastosa, agro-filosófica y pseudo científica “made in” Javeriana; con la cual ésta se volvió un galimatías enigmático y melcochudo, más adecuado para el rechazo que para convencer.

El mismo conferencista se dio cuenta que nosotros los brutos de provincia no entendíamos qué era eso de “lo fractal”, y que la cosa se complicaba cuando la “fractalidad” además era “holística”. Pero el expositor, benévolo con estos iletrados campechanos se corregía después de cada frase: “Con eso lo que quiero decir...” Y más adelante; “Lo cual en otros términos significa que ...” y luego: “O sea, con otras palabras ...” etc. Hasta que entre los auditores, uno de los “pastusos” le aconsejó: “Siendo que no entendemos su terminología, y que usted a cada rato tiene que explicar cada vocablo “con otras palabras”, porque no los elimina. Así puede de una vez decir todo en forma sencilla y con las “otras palabras”.

Y en cada evento tropiezo con otra calamidad nacional, aquel angustiado autor que me persigue sin compasión con su último libro en la mano; recién publicado, quiere que lo lea yo, y se lo comente. A veces, colocó estratégicamente su mesa-ventorrillo en el pasillo donde todos tenemos que pasar. Bajó de escritor respetable a librero bufón.

En mi caso todos fueron muy benévolos conmigo en esta tierra; publicaron textos con ideas mías que no comparten, inclusive que combaten. No puedo exigir más elegancia, más “clase”, y no puedo exigir, además, que me lean.

Es probable que Van Gogh dedicó más tiempo a escribir que a pintar. Quizá pintó quinientos lienzos y escribió mil cartas; más numerosas son éstas que sus cuadros y más numerosas resultan las obras del literato que no era, que aquellas del pintor que fue. Eso porque, despachada una pintura en pocas horas, mas tenía que dedicar el día siguiente para explicarla, y argumentar su angustiosa búsqueda pictórica mediante la escritura, en las cartas que acompañaban el envío del chasis a Theo y al comprador.

Mi libro, según sus méritos y fallas, sus llenos y sus vacíos, tendrá el destino que se merece. El libro mío es bueno o es malo; está hecho con papel y palabras o con ideas. O se defiende solo, guardando la altura mediante un par de ideas; o se cae solo, por el peso de papel, de la palabrería y la vacuidad. De tal modo que si tiene méritos, algún día él mismo encontrará sus lectores. Dejemos el libro quieto y no quitemos el pan a los librereros.

A unos expositores, quizá les parezca vergonzoso no saber ni poder contestar una pregunta; entonces improvisan una respuesta apresurada, a veces en forma expeditiva y vergonzosa. Me parece más condenable la superchería, que lamentable la ignorancia. Un asistente me hace una pregunta sobre algo que nunca supe ni estudié, generalmente muy alejado de mi temario: contesto sencillamente:

- “No lo sé.”

Entre dos vergüenzas, me parece más honorable ésta a la anterior.

Otro aspecto de la cuestión es el resultado escrito, el producto final de una investigación. Constato a diario que una excelente investigación puede concluir en un pésimo informe. Y que no se debe tampoco confundir informe con libro. El informe -5 o 10

copias a máquina- se dirige a un círculo restringido de mis pares, quizá seis en el país, dos en Leningrado, otro en Bologna, uno en Tombuctu. El libro es una mercancía que se fabrica en un taller, se vende entre las zanahorias y los champús, siempre muy cerca del papel toilet (lo cual sugiere una relación espacial WC-biblioteca), y se dirige a una amplia audiencia de consumidores neófitos.

Digo eso con toda la clínica lucidez del caso. Tengo editado varios libros pésimos que son el resultado final mediocre, de una investigación que no lo era tanto. Eso me pasó por haber privilegiado lo investigativo y descuidado lo comunicativo. Fue así porque estaba convencido de que sería yo el único usuario de las respuestas a mis interrogantes. Pensaba desde el principio que el asunto en cuestión no interesaba a nadie más que a mí; actué en términos de saber personal, no de libro.

Sin embargo, puede ocurrir lo contrario, un libro espectacular o asombroso originado en los resultados de una pésima investigación. Hablando del campo de mi interés, estos días veo en vitrina dos productos ordinarios -en su contenido- sobre Bogotá y sobre “la colonización antioqueña”; pero ambos empacados en un lujo deslumbrante -en su presentación- y con un precio más alto que el nevado del Huila. Eso por lo que unas empresas editoriales descubrieron que en estos tiempos de la nueva “danza de los millones” hay gentes que necesitan libros por metro, para llenar unos estantes ante los cuales se hacen retratar para la televisión.

Y hablando de libros, aprendí a ser paciente. Un escrito mío quedó sin editor durante cerca de diez años, otro yacía en un cajón dos años después de su terminación: lo más curioso es que por casualidad ambos se publicaron al tiempo a fines de 1991. Otro manuscrito estuvo meses pasando de comité a evaluador, de comisión a Junta Editorial, y de ésta a comité y segunda evaluación...Un trabajo sobre Barranca, aquel que más me gusta, quedó varios años dormido en un estante, en el bunker del CINEP. Sin embargo, fotocopiado aquí y acá, en Bogotá, Tunja, Bucaramanga o Barrancabermeja, tengo el alegre consuelo de un record: haber sido “pirateado” antes de publicado. Pero no me es todo quejando. Lo que quiero decir es lo siguiente: uno trabaja, los demás evalúan el valor,

el alcance y la necesidad social de divulgación del resultado; ellos y no uno, deciden si merece mutarse en libro, así es y tiene que ser.

En cuanto al texto, lo redacto con cuidado y mucha conciencia de mi responsabilidad ante el lector; pero con una seriedad exenta de solemnidad. No me preocupa en lo más mínimo la idea de posteridad, puesto que ésta sólo se asomará, (si es del caso) después de mi ligero paso a la eternidad. El conocimiento es una producción continua, ininterrumpida; a diario y con una crueldad despiadada, se crea lo nuevo y se deshace lo viejo. Respondo por la exactitud hoy de lo que afirmo hoy; pero soy lúcido y sé que lo acertado hoy puede dejar de serlo mañana. No tuvo sino una validez fugaz y que no durará más de lo que duran las rosas.

Quiero señalar una herramienta que muchos desprecian, sobre todo en Ciencias Sociales, Económicas y Humanas: el valor sintético de la expresión gráfica. Un buen croquis, aunque sin medidas o a mano alzada, puede ahorrar días de redacción y muchos horrores de ortografía, como dicen ustedes. Incluso puede resultar mucho más expresivo y legible un “camembert”, que un cuadro llenando una página con cifras.

Al contrario de lo que sucede en Ciencias Humanas, historia, sociología, no me puedo imaginar hablando del espacio sin mostrarlo. Mi comunicación con los demás, inevitablemente implica el recurso a la geografía y la cartografía. Pues, geografía con discurso y sin cartografía es para mí, como queso sin chocolate para los santafereños, o como una casa terminada y que quedó sin piso. Pero tampoco es la panacea de la comunicación con los demás, y tengo que manejar los mapas con suma responsabilidad, para no cometer errores de tipo técnico en cuanto a la expresión gráfica de los datos. Aquí estoy hablando de escalas, de símbolos, de convenciones, de sus dimensiones, formas y tamaños, colores; en breve, de un lenguaje gráfico para la transmisión visual de una información. Dos ejemplos ilustran los errores técnicos que se pueden cometer.

Un investigador de talento, de baja estatura pero de talla nacional, para ilustrar un fenómeno también nacional, presentaba públicamente sus conclusiones concentradas en el mapa de sectorización municipal del país. Hubiera podido colocar un símbolo

geométrico en cada municipio donde se registró tal fenómeno, o varios para expresar cantidades. Decidió cubrir con una mancha en monocromía, la totalidad del municipio. Pueden juzgar del efecto visual en un mapa territorial con jurisdicciones municipales que fluctúan entre 10 y 10.000 kilómetros cuadrados; con municipios orientales que pueden tener incluso, mayor extensión que un departamento central completo. Desde luego el público fue muy impresionado por el mapa y su reacción mostró que confundía -con toda razón- localización con extensión. El mapa distorsionaba por completo la información y exageraba la importancia que indicaban los datos; adulteraba la realidad y hasta contradecía al expositor.

Otro excelente investigador de la sociedad colombiana, de renombre y muy serio, para un estudio de criminalidad regional, dedicó un año en el registro diario y minucioso de todos los masacrados y destripados del Cauca Grande. En el momento de construir el mapa, adoptó una sectorización territorial errónea, resultando el coeficiente de homicidios de Puerto Tejada superior a aquel de Cali. Sencillamente delimitó el territorio sin considerar que a diez minutos de Cali, esta metrópoli tiene en los cañaduales su extenso “cementerio informal”; especie de botadero de cadáveres, todos “importados” de Cali, pero situado en jurisdicción de Puerto Tejada donde se registran y se tornan estadística los finados.

Nunca se me olvida este aforismo según el cual uno escribe lo que cree para que luego todos crean lo que uno escribió. En otras palabras soy consciente que aquí están los que hacen historia, allá los que se la adueñan, y acá los que la cuentan. La interfieren productores, propietarios, parásitos, y alguno que otro charlatán o mercenario profesional; por ejemplo, el distinguido y condecorado maestro, venerable dueño y apoderado de la historia del país, con su tenebrosa pandilla de inquisidores mac cartistas.

Siempre tengo presente esta definición de un campesino asegurando que “hay dos historias, la de ellos que está en los libros y la nuestra que quedó en nuestra memoria”. No había leído a Marx e ignoraba la famosa tesis, pero no tenía dudas:

-*“Como son dueños de todo también son dueños de la historia”*. Visiblemente era partidario de la expropiación ...

Para él, era claro que los que la cuentan en nombre de todos, son peones a destajo de aquellos que se la adjudican; pero que en definitiva unos la “hacen” y otros la padecen. Claro que eso nos llevaría a otro tema, que no cabe aquí y para el cual no tengo autoridad: el triste papel de notario, de tinterillo o de escribiente que cumple el historiador cuando se contenta con “escriturar” la historia como propiedad titulada de la clase dirigente.

Un personaje de Humberto Eco lo dice a su manera:

- *“La historia oficial es la que escriben los vencedores”*.

Por eso debo dudar de entrada, sistemáticamente, de todo lo que proviene del campo de los “vencedores”, que además son también “vendedores” de ideas y de la historia; combinan con destreza los negocios con la ideología.

Lo anterior me obliga a una total “desconfianza metódica” ante los adjetivos y las estadísticas; igual sospecho de las ideas o los números, y mucho más cuando las primeras se sustentan en los últimos. En “otras palabras”, como decía el “freelance” javeriano, (y para no citar sino un ejemplo) hay dos maneras (por lo menos) de festejar los 500 años: con alegría unos, con lágrimas otros. Es que el asunto puede considerarse desde varios enfoques:

- España descubrió América.
- América “descubrió” España.
- descubrimos a los españoles.

Estos días una señora escribe en El País -más con la imaginación que con la razón- sobre las ruinas de un supuesto fuerte militar hispánico del siglo XVI encontrado por los arquitectos Salcedo arriba del Cerrito (Valle), encaramado en la cima de una colina, y que bien pudo ser un refugio-trabajadero de pastor en el siglo XVIII, o cualquier cosa, en cualquier época. Comete el error de confundir los pequeños huecos del andamiaje transversal de sujeción de la formaleta del tapial, con puestos de tiro para arcabuceros, nada menos. Y luego se dedica a esta historia invertida en la cual el vencido difunde con penoso servilismo, la visión y la ideología de sus vencedores:

-” .. *la construcción de dichas fortalezas se explica por la guerra sin cuartel declarada por los indios contra los colonizadores españoles, etc ...*”.

Una dificultad personal directamente ligada a mi origen geo-cultural es la siguiente. En Europa tenemos un sistema de comunicación oral muy burdo, limitado a la palabra. Ustedes los americanos -igual que los orientales- son mucho más refinados en eso: se expresan tanto -y hasta más- por el silencio que por el sonido. Desde luego no domino este arte del eufemismo, del medio decir y de lo sugerido, que ustedes manejan con suma sutileza; aunque, a mi parecer en detrimento de la expresividad y de la claridad. El resultado actúa contra mí. Hablo siempre demasiado claro y en ciertos recintos resulta chocante; pues se considera hasta como una agresión, cuando no como infantilismo por lo sencillo de mi vocabulario. Desde luego tengo que reconocer y asumir esta falla mía.

Otra dificultad procede del idioma y confieso que el manejo del castellano ha sido, y sigue siendo para mí, difícil. Y en el tránsito de manuscrito a libro, a veces provooco dolores de cabeza al “corrector de estilo”. Sobre todo cuando él cree que me equivoqué, y decide por cuenta propia cambiar mis palabras por las suyas. Ha visto toda la vida la palabra agronomía y no puede aceptar agrología; decide tachar aborigen y escribe indígena, vocablo que considero barbarismo y nunca uso; más grave aún, actuando su subconsciente, reemplaza deliberadamente mestizo por criollo. Como se ve, en este último caso llega hasta confundir estilo con ideología. De tal modo que terminado su trabajo, siempre me toca corregir al corrector ...

Aunque la entiendo, no comparto esta tajante prohibición de Mao Tse Tung:

- *“Quien no ha investigado no tiene derecho a hablar”.*

Siendo mi máxima frustración mi aislamiento, mi reclusión y mi ausencia de comunicación por carencia de colegas, eso significaría la soledad definitiva. Por el contrario, yo busco el diálogo y tengo que aceptarlo con aquellos que no saben lo que yo sé; reconozco el valor estimulante de estos “intercambios desiguales”. Eso no es pose sino convicción; de lo contrario no escribiría esto.

Es más, me ha ocurrido en varias oportunidades que la pregunta desprevenida de un neófito, con la ingenuidad de su ignorancia, actuó como revelador. Algo así como el

niño del cuento que fue el único que vio que el rey estaba desnudo. Me abrió una visión que se me había opacado porque los árboles me escondían la selva, o que la selva me impedía ver los árboles. Adicionalmente, puedo decir que la divulgación, muy a menudo se convierte en colaboración. El año pasado, durante una clase señalé las dificultades con las cuales tropezaba para seguir, en Cali, la pista de los planos que levantó el ingeniero Karl Brunner en 1944. Enseguida dos alumnos me informaron; habían visto un programa de televisión durante el cual se entrevistó a su hija. Me dieron los datos que me permiten retomar la pista extraviada.

Hace poco tuve esta sorpresa, que una alumna de un postgrado después de leer un largo y enredado texto mío, logró en su examen final sintetizar en una frase lo que yo no había logrado en muchas páginas:

- "La ciudad es un elemento de la organización de una comunidad, que surge en un momento ascendente de su trayectoria histórica".

No solamente había entendido lo que yo quería referir sino que lo expresaba con una fórmula sencilla, compacta; y mejor que yo.

Cierto es que manejo la instrumentación con una gran cantidad de datos durante mi trabajo pero quedan muy pocos en el producto final. Aprendí la economía, soy parco. Siempre elimino del documento final los datos que me parecen fútiles y sólo expongo los datos decisivos, terminantes y convincentes.

Siempre me han aburrido los libros plagados de citas, referencias entre paréntesis, (Brown y Vasilievich, 1879, página 354) y dos renglones abajo (Smith y Muller, 1918, 79, Swann and Proust editores) y tres renglones abajo (Fuller y Cornegidouille, 1962, 198 y también Lecon-Lajoie, 1957, 346). Largas referencias bibliográficas al pie de cada página, con enigmáticas fórmulas latinas, *ibid*, *cf*, *op. cit.*, etc, sin olvidar este tipo de canallada: Véase ... aquí un largo título en húngaro o en serbio, el autor con apellido impronunciable, algo así Trmibcht Wrkmutrck y finalmente: Biblioteca Musulmana Imperial, Estambul, Fondo ACV, Sección siglo XII, Manuscritos, N° 767, Libro 45, capítulo 16, folios 90 y 91); es decir, todo este aparato de la escuela norteamericana. La lectura

resulta una tortura, uno tiene que interrumpir el hilo diez veces en una página; más que leer (y con gusto) uno tiene que *décriptar*, y con fastidio. He padecido tanto este martirio en América que no lo voy a infligir a los que me leen. Hace poco leí una serie de estudios históricos de los más renombrados historiadores franceses, miles de páginas sin una sola interrupción, textos bien escritos, con estilo y clase. Al final vienen las 20 o 50 páginas enumerando todas las fuentes... En eso seguiré siendo galo.

Hace poco se me presentó la oferta de publicar un texto mío; me alegré, pero enseguida volví a hojear el manuscrito, entonces me asusté ante sus deficiencias y sus vacíos. Se trata de un texto sintetizando años de trabajo, especie de “collage” de veinte investigaciones distintas sobre la ciudad y los hábitats colombianos. Pero cada ensayo lleva la impronta del momento en que se hizo; y uno cambia y avanza en veinte años, porque va aprendiendo. Estos textos se refieren a indagaciones muy variadas: el sitio y su extensión territorial son diversos, el hábitat considerado tiene sus peculiaridades, el momento histórico tratado es distinto, el tema central o el fenómeno que más me interesó, más estudié y más desarrollé, es diferente de una indagación a otra. En resumen, de un ensayo a otro, se presentan numerosas desigualdades y desniveles. A veces, precisamente las desigualdades se originan, de manera bastante prosaica, en el hecho que para determinada labor disponía de fuentes abundantes y de excelente exactitud, mientras para otras se padecía la más extrema penuria.

Claro me asusté; enseguida me dediqué a tratar de “nivelar” el conjunto y remediar sus fallas más protuberantes. Me lancé en la tarea de insertar cantidades de adiciones, durante meses, tanto que proseguían estas correcciones estando el texto en la imprenta, luego en las galeras de las pruebas. Trabajo vano, con el libro en la mano me doy cuenta que estas desigualdades subsistieron. Apenas logré complicarles la vida a los tipógrafos de la editorial...

Ultima reflexión que se podría llamar: de los peligros de una excesiva confianza. Hace muchos años, un alumno de Comunicación Social, (que quiere decir periodismo) vino a consultarme a propósito de su tesis. Me solicitó, y le presté con ingenuidad, el

borrador, por lo demás muy crudo, de un pequeño texto en elaboración. Salí de vacaciones y cuando regresé me enteré: primero que lo había hecho publicar, con mi nombre eso sí, en un pasquín local; supongo que le dieron a él, unos centavos por mi trabajo. Segundo, supe que dicho texto había levantado una polémica parroquial; y tercero, que en una emisora pueblerina un mercenario, de estos peligrosos sicarios con micrófono, reclamó de las autoridades mi expulsión del país. Aquí estoy, pero el periódico quebró y se cerró a los quince días...Después de lo que leí hace poco en el “Chibcha Times of Bogota” y en “El Siglo”, contra este inofensivo K... , y a propósito de un inocente manual escolar, no tengo afán alguno en que salga a la luz mi trabajo; en estos tiempos de sicarios y del latifundismo urbano armado, más bien tengo miedo. El fascismo siempre me asustó, desde pequeño.

FUENTE ORAL Y TESTIMONIO

No faltan científicos idealizando fuentes e invalidando otras. Es así como en Historia y sus aulas, encuentro una fuerte tendencia muy adicta a la sacralización del Archivo escrito, y en general de las “fuentes primarias”, actitud que a mí me parece...muy primaria. De igual manera, la “pose” de este esnobismo un poco infantil a mi modo de ver, afirma que se deben rechazar las fuentes directas, orales, y todo lo que se ha llamado lo testimonial: por dudoso y por subjetivo. Hay fuentes nobles y otras plebeyas, algo así. Según parece, el archivo vivo es sospechoso, mientras vuelto archivo muerto adquiere respetabilidad...No hay muerto malo.

Entonces, se produce esta paradoja que hoy, los que citan a profusión Castellanos o Cieza de León, son los mismos que cuestionan la historia testimonial. No obstante, borraron de su mente este hecho quizá incómodo, y es que Castellanos a cada paso se refiere a un episodio que recogió de la boca de veteranos combatientes de los años 1520 a 1550. Cieza de León fue protagonista y testigo ocular; caminó desde el Caribe hasta Perú, combatiendo y observando. Pero también relata lo que le contaron sus compañeros que vivieron otros acontecimientos, en otros lugares. Entonces, ¿se puede negar la validez de la historia testimonial, mientras la necesitamos y la usamos a diario y a discreción? Lo cierto es que, válido o no, discutible o no, el recurso al documento oral como fuente primaria es una vieja tradición de la historiografía del país.

Resulta que después de años de experiencia no veo en qué, ni por qué, es más creíble el escrito que la voz; incluso más fácil me queda detectar la veracidad y la sinceridad en

una voz (y confiar o no en ella) que en un documento escrito. Los enigmas del escrito, enigmas quedarán. No obstante, a cada paso me encuentro con que el documento se originó en la voz. Llegué a considerar que acudir al tesoro del patrimonio oral no es más que trabajar con la materia prima, la fase inicial y el archivo vivo del futuro archivo documental escrito. En este sentido, el escrito se puede considerar como fuente secundaria y alterada, del documento oral original. Es, como bien dijo un poeta de mi tierra, “grabar sobre el papel la imagen de la voz”.

En definitiva, trabajando me di cuenta que los interrogatorios de testigos en los pleitos de los siglos XVI hasta XIX, no son sino un diálogo oral registrado sobre papel con la doble subjetividad del testigo y del escribano; ambos respetando un ritual teatral con preguntas orientadas y la réplica monótona de respuestas mecánicas aprendidas; previamente buscadas y esperadas. Un oral subjetivo consignado con tinta y papel. En esta batalla académica pueril entre lo escrito y lo oral entiendo que pugna un sector culto pero triste, negando la alegre tradición popular oral, actuante y vigente.

Pienso que no hay motivo alguno para dar entera credibilidad a los documentos de archivos, ni mucho menos para volverlos fetiches sagrados e intocables. Una excesiva credulidad se torna pura ingenuidad, cuando conlleva a la sacralización ciega del texto antiguo y manuscrito. Tengo que cuestionar su veracidad, su precisión y su exactitud, para medir su valor de información; y de paso indagar sobre su o sus autores y su visión, sus objetivos.

Un ejemplo, varios viajeros llegando a Santafé de Bogotá hacia mediados del siglo XVIII, describen una ciudad “con calles rectas y anchas”. Llegan de ciudades mediterráneas medievales, donde se circula mediante un laberinto de callejuelas oscuras, angostas y torcidas. Y pasaron por Cartagena, donde se proyectó en un litoral americano este tipo de trazado medieval. Entonces, en el barrio de San Diego caminaron por callejuelas de 4 metros entre altos muros; senderos urbanos oscuros, irregulares o sinuosos. En Bogotá transitan en La Candelaria por unas calles de siete u ocho metros, ¡anchísimas desde luego!; puesto que además son las pocas que recorren, ignorando

la mayor parte de la ciudad y los estrechos callejones del Egipto, de las Nieves o de las Cruces.

Jerónimo Escobar asegura en 1582, que en Toro hay dos mil indios encomendados a veinte españoles, y éstos son 24 en total. En 1583, un año después, Francisco Guillén dice que los indios son 800, los encomenderos 28, y un total de 50 españoles. ¿Cómo pudo crecer el número de encomenderos, disminuyendo de más de la mitad la cantidad de tributarios? ¿A quién creer?, siendo que a lo mejor uno redactó su informe sentado en Popayán, y el otro no salió de Quito. ¿Cuál de los dos datos voy a utilizar, y cuál desechar?

Considero entonces que referido al período contemporáneo, y sin ignorar las fuentes documentales, tenemos además -y como “de ñapa”- el valioso archivo vivo de los testigos y protagonistas. Puedo decir que tuvo un peso decisivo la investigación testimonial, para identificar las dos últimas formaciones espaciales de mi periodización, y precisar cantidad de asuntos de detalle: tan distintos como son los pormenores de la fundación de un pueblo de colonos y el papel del filo, (o de “la cuchilla”), algunas raíces económicas del machismo, la fabricación de tejas de astillas, el control sexual en la arquitectura rural, el paso de la cal a la “colorización antioqueña”, el salto de la colonización agraria a la colonización urbana, la génesis de unos pueblos de manumisos, la cultura arquitectónica del bambú en tierras calientes; en muchos poblados la fecha de construcción de tal o cual edificio, las migraciones campesinas de principio del siglo XX hacia el litoral del Pacífico, y muchos más. Es después de registrar miles de entrevistas con desterrados, que me atreví a proponer una tesis relacionando directamente la expulsión violenta del campesinado con la urbanización moderna del país; para luego esbozar un nuevo modelo de hábitat con la ciudad-refugio, hoy presente, vigente y activo.

Desde luego, experimenté las dificultades del manejo de las técnicas de historia testimonial. Tropiezo con sus múltiples trampas cada vez que mi temario me pone en contacto directo con una realidad viva, es decir, estudiando cuestiones del siglo XX, con protagonistas aún vivos. Aprendí a acosar la veracidad mediante su cacería sistemática y

multiplicando los testimonios. Es más o menos lo mismo que la técnica de las frecuencias en matrices agrupando indicadores y variables. Ilustro eso con el dibujo del cruce y del accidente de tránsito; captado desde cuatro ángulos distintos por Manuel y María, oído por Luis, quien es ciego, y visto por Lucía, la sorda.

Con frecuencia uso esta técnica de la visión múltiple y del accidente en el cruce. Hace diez años aclaré así, con doce biografías de protagonistas y testigos presenciales, un hecho social sepultado en la vergüenza de la oligarquía. Me acuerdo que Carlos Ruiz estaba haciendo lo mismo “en busca” del 9 de abril, utilizando una técnica literaria y periodística de reconstitución de un acontecer, tipo “El día más largo”. De su trabajo y de este mosaico con unos 70 testimonios, salió un fresco amplio y total; que orienta al lector sin agredirlo, con cierto respeto y dejando una gran libertad de interpretación.

Volviendo a la cuestión del valor relativo y selectivo de las fuentes; no tuve la suerte de Carlos Ruiz y mi manuscrito quedó en un cajón; el papel ya tiene (casi) el color amarillento del siglo XVIII. Entonces me pregunto: ¿De pronto estos testimonios, orales y subjetivos hoy, se convertirán más tarde en “fuentes escritas primarias”? De hecho, estos últimos años varios historiadores o literatos me pidieron, consultaron y usaron este manuscrito; lo consideran como fuente documental. Finalmente, el texto fue publicado a fines de 1991, y se vendieron mil ejemplares en seis meses; a pesar de un silencio total, y sin que ningún periódico o revista lo hubiera siquiera mencionado. Hoy lo encuentro integrado a unas Tesis de Doctorado...

La práctica investigativa de la encuesta con testimonio por medio de entrevistas, es particularmente apasionante; uno tiene la historia viva al frente, palpitante, de sangre y carne. Cualquier error, por mínimo que sea puede frustrar esta posibilidad. Con eso se asoma el problema de la selección de los encuestadores, de los monitores, de los colaboradores del investigador; del sitio y del momento, de los que presencian el trabajo, vecinos o familiares del entrevistado. Dos anécdotas ilustran la óptima manera de frustrar una entrevista.

Primer caso: después de horas subiendo por un río chocoano bordeado por kilómetros de plátano y plátano y más plátano, el estudiante aborda la choza ribereña

y de una vez ataca al entrevistado preguntando, para romper el hielo:

- *“¿Y cómo le fue este año con la cosecha de arroz?”*

Segundo caso: en ésta aldea primitiva del páramo papero de la cordillera central, el alumno asalta con grabadora, micrófono, tablita con cuestionario de encuesta -puede tener hasta 214 preguntas- un colono octogenario descalzo, con el pañuelo rojo y el delantal de cuero, y le pregunta:

- *“¿En su opinión cuál es el factor dinamizante en este asentamiento?”*

En ambos casos, así se inició y concluyó la entrevista. El estudiante no rompió el hielo, pero sí el diálogo.

En otra oportunidad, el alumno frente a la casa esquinera en dos plantas, la dibuja, registra los materiales en su ficha: ladrillo a la vista. Sale el propietario y el estudiante le pregunta:

- *“¿Ladrillos?”*

- “Sí”, contesta el otro. El alumno se aleja hacia otra casa, otra ficha.

Entro yo en la casa, miro el primer piso, el segundo, averiguo en el primer patio, en la fachada trasera sobre el fondo del solar: puro adobe, todita, con un adorno de ladrillo cocido pegado sobre la fachada.

¿ Qué quiero decir? Hay que ver, pero primero saber ver, y saber lo que se está viendo. Esta es un enfermedad incurable en las facultades de arquitectura. Con esta modalidad de registro epidérmico, nuestros alumnos no ven más que las fachadas; es decir, solamente lo que los propietarios permiten ver. Sabemos que la fachada es, por definición, la mentira de una máscara, el contrario de lo que se esconde atrás. No obstante, detrás del disfraz, invisibles y ocultos, pero muy distintos, están los espacios más pragmáticos y prosaicos de la vida cotidiana y de las realidades escondidas. El estudiante era crédulo, además de perezoso. Pienso que es mejor para el conocimiento exacto, algo de incredulidad.

Pero no siempre es así y experimento situaciones en las cuales, por el contrario la entrevista actúa como la apertura de una ventana; todo se despeja, se ilumina, y surge

en forma gratificante lo imprevisto. En 1980 estaba indagando sobre algunos aspectos del cambio de modelo urbanístico que operó en Bogotá a partir del 10 de abril de 1948. Busqué testigos y protagonistas y no podía ignorar el rol del arquitecto Carlos Martínez. Durante una de nuestras conversaciones sugerí que el escenario físico del 9 de abril había tenido una muy limitada extensión territorial. Le mostré las fotografías aéreas y un plano del “Espectador”. Confirmó mi hipótesis, me explicó donde ocurrieron las cosas. ¿Dónde, dónde? preguntaba yo, anotando en la libreta el lugar de cada suceso. Entonces para aclarar el asunto, tomó un papel y con un par de marcadores verde y rosado hizo un dibujo a medida que lo iba comentando. Con este sencillo croquis hecho en unos segundos, se me despejó de una vez algo que tenía yo presente, pero muy confuso y sin apoyos fácticos ; era pura intuición, que por este motivo, no me atrevía a mencionar. Sin haberlo forzado yo, sin quererlo él, me proporcionaba un elemento iluminador, y que iba a cambiar el rumbo de mis pesquisas. Durante una sencilla charla, una voz y una mano habían tenido una importancia capital; me suministraban un dato decisivo y que no figura en ningún documento escrito, en ningún archivo.

Además de actuar como «revelador», el testimonio, muy a menudo puede operar como rectificador. Incluso experimenté situaciones en las cuales una entrevista oral permitió corregir los errores sumados de la observación y del documento escrito. Cuando llegué a este caserío de Pavas en su vallecito cordillerano, creí haber descubierto un nuevo modelo urbanístico. Empecé a divagar, observando este ancho “mail” (en inglés “mall”, y al parecer “alameda”, en castellano) de 40 metros de ancho que se prolonga durante más de seis cuadras, y que configura una larguísima plaza lineal, además de ser el eje ordenador del poblado. Se había diseñado el espacio libre de un paseo público, de forma y extensión innovadores; además con su recorrido profusamente arborizado y conformando un inmenso jardín público central, con un carácter que nunca había visto en Colombia.

Pero estaba equivocado. Posteriormente, buscando la identidad del “urbanista”, volví a divagar cuando la literatura me informó que los diseñadores habían sido los ingenieros

de la compañía del Ferrocarril, quienes trazaron el nuevo poblado hacia 1910. También estaba equivocado. Más tarde, dos entrevistas in situ con ancianos nacidos en el lugar, entre ellos monseñor Collazos, restablecieron la exactitud del acontecer, totalmente distinto a lo que había visto y leído; lo oral reveló una realidad ocultada, muy alejada de mis observaciones, y más aún de los documentos oficiales. No es del caso extenderme aquí, sobre el hecho que de paso descubrí inesperadamente otra fechoría mercantilista de Rafael Reyes y sus hermanos. Más interesante resulta la moraleja, (por lo demás de sentido común) del asunto:

-Nunca confiar en una fuente única, por convincente y segura que parezca. y nunca privilegiar, ni desdeñar, una determinada técnica: siempre combinar el manejo de varios instrumentos investigativos.

Después de varios descabros de alto costo, aprendí a no perder tiempo para “agarrar” a un testigo muy anciano. En 1978 me precipité donde un protagonista que tenía 90 años. Se preparó la entrevista con sumo cuidado, para no olvidar nada en previsión de su posible muerte el día siguiente. El diálogo se prolongó horas y resultó muy completo y útil. El entrevistado vivió diez años más; en el momento de fallecer, este Recio, hijo de un fundador de Pereira había cumplido un siglo de existencia ...

Aprendí a manejarme con suma prudencia con lo que se podría llamar el “testigo profesional”. Es una fuerte personalidad local y una celebridad a nivel nacional, es que fue teniente-escolta de Rojas Pinilla, o está fotografiado con Alfonso López Pumarejo, o igual que medio país, tenía cita con Gaitán a las dos de la tarde (es increíble el número de gentes afirmando que tenían cita éste día con él). A su rancho llegan cantidades de estudiantes, profesores, antropólogos, historiadores norteamericanos o franceses, escritores, Fals Borda, el CINEP, el dúo Arocha y Friedeman, periodistas; incluso la parafernalia de la televisión, una efímera reina o algún ministro en gira. Con años de práctica adquirió experiencia y se volvió un experto en el asunto; sabe lo que esperan los visitantes y tiene su discurso listo, con todos los ingredientes del caso. Se convirtió en “estrella”, y muy a menudo “farolea” frente a la grabadora o las filmadoras. Habla hoy sin cambiar una

coma a lo que ha dicho cien veces desde años atrás. Para qué voy a perder tiempo, si todo eso ya está escrito, apropiado y desactivado; sirve más una curita sobre una pata de palo.

Por el contrario, a veces descubro tesoros. Invitado en Barrancabermeja para presentar un avance de mi trabajo sobre la génesis de la ciudad, durante mi exposición formulé un interrogante sobre algún hecho, y un asistente se volteó para decir a otro en voz baja: “Sheila”. Poco después, es éste que dijo al primero: “Sheila”. Luego, durante la pausa del tinto con empanadas se formó un grupo y varios me dijeron:

- *“Eso que usted dijo que no sabía... sabe qué, habría que ver eso con Sheila”.*

Intrigado pregunté y me dijeron que *«lo que pasa es que Sheila tiene todavía su abuela que llegó aquí en el año veinte y que tiene más de cien años»*.

Actué con la velocidad del rayo, y el mismo día tomaba contacto con Sheila, la nieta, con medio siglo encima. El día siguiente, un domingo nos fuimos en procesión como quince, sindicalistas, estudiantes, fotógrafo, filmadora con operadora, una niña dedicada a un cuaderno, otra manejando una grabadora. De entrada Sheila me dijo:

- *“Usted la va a ver, ella aceptó hablar con usted, espere que se está arreglando... Su cédula dice que tiene 105 años, ella sostiene que tiene 109; mentiras, apenas tiene 103”.*

En una sola tarde, con la santandereana centenaria María Antonia Martínez, aprendí de una fuente única en el mundo lo mejor de lo que sé sobre la aldea naciente de Barrancabermeja; e incluso sobre la Guerra de los Mil Días, tal como la vivió una niñita en un caserío de laderas llamado Zapatoca .

Tres años después, tendría que llegar hasta la casa cural de la iglesia del Carmen, en Barranquilla, para oír los recuerdos de infancia de un padre franciscano casi nonagenario y con apellido escocés Mackenzie. Así pude elucidar unos testarudos enigmas en torno a la biografía y la personalidad de Roberto De Mares.

En otra oportunidad, logré devolverme 150 años atrás. La viejita caucana Josefa Balanta de 90 años retrocedía con sus recuerdos personales a los años 80 del siglo XIX. Pero actuando como fuente secundaria, tenía acumulada los recuerdos de su mamá y de su “mamita”, contados a la niña noche tras noche, en una choza de paja. Supe con su voz y su memoria, algo de lo que era la vida cotidiana de los esclavos, durante la República

pero antes de la manumisión, en una de las principales haciendas esclavistas caucanas. Eso no lo he leído en ningún texto.

Lo que sé de la tagua, lo aprendí con tagueros, in situ y de viva voz. Y del caucho, lo que sé de la técnica de recolección de “la leche del nispero” me lo enseñaron ancianos que fueron caucheros entre 1920 y 1950, Luis Rivera y Delfía Lozano, y con los *injer-tos* de los Rivas Valencia. Y con ellos logré entender unos pormenores del paso de los *arribeños* desde los hábitats fluviales selváticos tradicionales hacia los nuevos hábitats costeros.

Cuando estas dos alumnas de un trabajo de tesis me informaron “*Profesor, en El Ortigal hay una viejita de 102 años*”, les dije dejen su esquema ideal, que primero los objetivos, y después las hipótesis, y luego el marco teórico, etc. Vayan primero y corriendo a El Ortigal para entrevistar a la negra, pero ya, que mañana será tarde ...Y cuando volvieron y leí la transcripción, les dije que ésta entrevista la hicieron mal; vamos juntos y la volvemos a hacer. Pero la hija de una se enfermó, y el día de la entrevista me llamó, “*profe lo siento mucho, tenemos que aplazar*” ... Unos días después, su compañera me dijo “*se acuerda profe de la viejita de El Ortigal, figúrese que se murió y fue el mismo sábado que debíamos ir. Mejor decir hubiéramos llegado al velorio con nuestra grabadora... imagínese profe...*”

Conclusión, más que del entrevistado, depende del entrevistador la calidad informativa y la utilidad técnica de un testimonio. Si usted llega al puente de Boyacá, se dirige al ranchito de los dos viejitos boyacenses y les pregunta:

- “*Cierto que aquí hubo una famosa matanza, según dicen*”.

No se vaya a sorprender si el campesino contesta:

- “*No señor aquí no ha pasado nada. Hemos vivido aquí toda la vida y es una vereda muy tranquila, nunca hubo violencia*”.

¿De quién es la culpa, del que contestó o del que preguntó?

Otra moraleja del caso anterior y de otros fracasos sería: actuar con prontitud y sin dilatar, debe ser una regla operativa. Yo veía a la negra Dominga Mena a diario, y por lo

tanto me la imaginaba inmortal; entonces dilataba siempre una entrevista que nunca se hacía. Finalmente, un día empezó a hablar, y anoté, y anoté en la libreta. Mirando luego los vacíos, armé la segunda entrevista para llenar los huecos. Terminado el trabajo tenía una biografía completa y un caso muy documentado para ilustrar las migraciones del Atrato hacia el litoral del Pacífico a principios del siglo XX. A los diez días una llamada telefónica me informó que acababan de sepultar a Dominga y que en el pueblo estaban en la novena.

Todo eso lo descubrí por cuenta propia y mediante años de prácticas concretas. Al principio usaba el trabajo oral como paliativo, para subsanar la carencia o penuria de otras herramientas. La falta de documentos o de mapas me obligaba al uso forzado de este recurso; pero siempre con algo de reticencia. Con el paso del tiempo cambió mi visión. Hoy en día estoy convencido que la historia testimonial oral, puede ser incorporada a la ciencia historiográfica y considerada -respetada- como integrante de ella. Pienso que Nicolás Buenaventura y Carlos Ruiz, muy temprano, y luego Fals Borda, Michael Taussig, Mauricio Archila, Nina Sánchez, Alfredo Molano, estos días Rocio Londoño, cada uno a su manera y con su técnica propia, iniciaron esta rehabilitación.

En definitiva, a mi juicio, entrevistar requiere en primer lugar una actitud de respeto frente al que sabe y que se ofrece contarme lo que ignoro. Y necesito dos cualidades “técnicas”: saber interrogar, y saber escuchar, es decir, hablar poco y escuchar mucho.

Además, no sobra escuchar este idioma popular rústico que florece del mundo agrario en las cordilleras y selvas del país. Con esta asombrosa creatividad verbal del campesinado colombiano, unos viejos hacheros y carboneros me explicaron cómo trabajaban “en cachirola”; más que un término de sabor tropical, es una sabia técnica de desmonte selvático para economizar esfuerzos, progresando en la pendiente, y “picando” de abajo hacia arriba. Otros viejos colonos, pero en otra región me contaron su penosa labor inicial “para desbrocar”, quizá alteración de desbrozar. Y en el Atrato central los hijos de los inmigrantes recuerdan que “*nuestros padres y abuelos, todos “los libres” eran “arribeños”*. No se pierde nada y se gana mucho escuchando.

Por lo demás, es indispensable una cierta sensibilidad de tipo psicológico para captar momentos malos, atmósferas negativas, sitios propicios o desaconsejables, condiciones, hora, circunstancias. Si interrogo a Ulalo y Otilia juntos, en su rancho, a mediodía y comiendo, cometo varios errores. En primer lugar, cholo comiendo, cholo mudo. En segundo lugar, se miran el uno al otro, cada uno callando al otro con la mirada, es decir, que se autocensuran. En tercer lugar, Otilia está más interesada por su fogón y sus patacones que por mis preguntas. Finalmente, entran y pasan hijas y nietos, en silencio pero vigilando las respuestas, y este control discreto pero eficaz también paraliza a los entrevistados; con ésta vergüenza de ser “cholos”, es decir, “indios”, que tienen los jóvenes, y que llegó montada sobre la ideología dominante. Me retiro derrotado; apenas conseguí algunas breves respuestas lacónicas, reticentes y negativas. Al día siguiente, bajando el sol estoy sentado en el piso con Otilia sola remendando una camisa de hombre. Cambiando su formulación y su forma, pero sin modificar el contenido, le hago las mismas preguntas. Charlando largamente a solas, habla sin reserva ni recelos, y relata prolijamente hechos de la vida doméstica que negaba el día anterior cuando podían ser “cosas de cholos”. Al rato veo a Ulalo a la sombra de una palma, sentado sobre una canoa volteada, fumando su pipa de barro y contemplando el mar. A los cinco minutos, también me cuenta con una profusión de detalles técnicos observados cien veces cuando era niño, la técnica de la cocción de tinajas de barro, y la fabricación del jabón natural -jabón de tierra- por su mamá; práctica ancestral que igualmente había negado la víspera.

EL EJEMPLO DE TULUA

Algunos trabajos míos sobre el surgimiento de Tuluá ilustran todo lo que acabo de exponer: la relación hecho-fenómeno, la cuestión de las hipótesis, los nexos forma-contenido, los escollos “domésticos” y técnicos que se presentan durante las labores, etc.

Esta es una ciudad en busca de un pasado, pero una búsqueda perezosa, y entonces, los que indagaron no se dieron a la tarea con dedicación. Y una búsqueda además algo vergonzosa; buscando un pasado noble y prestigioso eliminaron las incómodas “espinas” de la realidad; una realidad integralmente popular. Algunos quieren ser -o decir que son, o parecer- descendientes de aristócratas, blancos y españoles y no de plebeyos, labradores y mestizos. Con eso, escribieron sobre Tuluá montones de tonterías cómodas y acomodadas, y de mentiras ingenuas pero tranquilizantes. No es nada excepcional, ocurre lo mismo en Buenaventura sobre la fundación (de hecho jurídicamente y espacialmente inexistente), de la cual se escribieron kilométricas estupideces relativas a héroes, fechas y lugares. Igual cosa ocurrió a lo largo y alto del país, según parece.

Todavía hay en Tuluá gente ansiosa buscando desesperadamente en su intrincada genealogía, un glorioso capitán y fundador, lo mismo que “la fecha de la fundación”. Pero no hubo tal ceremonial; en primer lugar, porque habían concluido mucho antes los tiempos del ritual de la fundación como exorcismo de un delito, y como acto de legitimación y legalización de un despojo. En segundo lugar, porque no era posible celebrar abiertamente algo tan ilícito, que no se podía realizar sino a escondidas; y finalmente,

porque no estaban en juego ni la expropiación ni la apropiación de tierras, ni cuestionada su propiedad.

Entonces, en Tuluá inicié el trabajo sin prejuicios, observando, anotando, fotografiando. Luego miré planos, fotografías aéreas, monografías y libros de autores locales. Al poco tiempo pude esbozar las tres ciudades: la anterior a 1945, la segunda, de la orilla derecha, y la última, la desparramada, que llegó hasta Tres Esquinas y Farfán, para luego absorber el caserío de Nariño. Luego vino la etapa de la historia social, de la historia oral y testimonial, con unas diez entrevistas con protagonistas del pesado pasado reciente de la ciudad y de la comarca. Entrevistas difíciles con “mudos” o amnésicos; esfinges que siguen sudando terror cuando uno los devuelve cuarenta años atrás. Faltaba la etapa de las indagaciones en los archivos del Palacio de Justicia, y aquellos de la Notaría Primera, de los Libros Parroquiales, o de la Alcaldía, por lo demás de poco interés. De tal modo que esta fase, buscando entonces la génesis de la ciudad, prosiguió en los archivos de Buga, de Popayán y de Bogotá. Puedo señalar de paso que en un legajo archivado en el Palacio de Justicia de Buga, faltaban los dos folios que yo buscaba, un documento del siglo XIX capital para la historia de las tierras de Tuluá. Tan capital que alguien los arrancó; un oficinista con boca cosida me dijo entre dientes que estaban “extraviados” ...

Es también en los caseríos de laderas que giran en torno a Tuluá, que pude acumular una cantidad de observaciones y datos sobre el contexto contemporáneo; con los cuales llegué a cuestionar las tesis de Parsons sobre la exclusiva hegemonía antioqueña en las corrientes de colonización de vertientes. De hecho, en cada crucero encontré fenotipos y rostros que me indicaban otros orígenes étnicos y geográficos. Así logré identificar unas corrientes distintas, y por este sendero entendí el contenido de una serie de acontecimientos que impactaron la región desde los años 30 hasta los 60; configuran el fenómeno político y social determinante de este período.

Finalmente, hacia 1983-84 agrupé todas estas piezas sueltas en un pequeño ensayo, con sus anexos de documentos. Fue cuando alguien, desde la Casa de la Cultura y la

Alcaldía, me señaló que había un concurso sobre historia de la ciudad; me convenció de presentar el trabajo. Entregué este texto, y entonces ocurrió algo curioso y que decidí no tratar de elucidar. Según lo poco que se me contó después, gané el concurso por ser prácticamente el único concursante; y el municipio lo canceló, sencillamente. Vestigio de esta aventura, queda hoy en la Biblioteca Pública un ejemplar del trabajo; sepultado. En Tuluá, unos fingen ignorarlo y siguen manipulando fechas e historia local como si el trabajo no existiera. Supongo que algún día este texto resultará “extraviado”.

Poco después de estos avatares, una noche Colmenares, que había seguido el proceso, me preguntó por este trabajo; le conté mi *vía crucis* en Cóndor-City y se quedó silencioso. Un año más tarde, me obsequió con un pequeño volumen colectivo en donde él tenía un ensayo, y tuve la sorpresa de encontrar en pie de página una referencia a mi trabajo sobre Tuluá: Germán tenía a veces conmigo esta discreta elegancia.

Epílogo inesperado: Veinte cinco años más tarde (en 2010) recibiría de Tuluá mi trabajo vuelto libro que decidieron publicar allá unos intelectuales.

ITINERARIO DE UNA BÚSQUEDA; EL CASCAJAL.

Ante cien enigmas, y como de ellos no sabía nada, con esta ignorancia pude ahorrar la etapa de las atrevidas hipótesis; esas que a menudo me resultan derrotadas por la realidad de los hechos, y me obligan a reiniciar todo desde el principio.

Apoyado en el concepto de formación socio-espacial, para lograr mi propósito monté el andamiaje del conocimiento racional científico, es decir exacto y comprobable. Se incorporó la secuencia operativa y mecánica acostumbrada de herramientas empíricas, técnicas, procedimientos, cronograma; y la necesaria disciplina de trabajo con miras a conseguir un saber de cierta precisión y veracidad.

Empecé mi viaje buscando pistas y revisando la escasa bibliografía en torno a mi objeto: eso fue cuando terminaba **el siglo XX, que para mi resultó el más divertido entre todos**. Inicié la primera fase in situ, acumulando en la isla durante un año largo los hechos cumplidos y registrados, es decir confiables por ser la expresión exacta de la realidad sucedida. Escarbando papeles, me llené de datos y de polvo oliendo a pasado y marea baja; me tocó sacudir el comején de los legajos, y expulsar gusanos blancos vivos, que se alimentaban con los muertos de los folios. Luego me demoré unos meses en ordenar, seleccionar, procesar, clasificar y agrupar. En la etapa siguiente, esta materia prima se había convertido en fenómenos distribuidos en determinadas etapas del proceso, y repartidos en una propuesta de capítulos para el informe.

Siguió su análisis, combinado y con cruces para lograr un tejido unificado de las diversas dimensiones y variables manejadas. En primer lugar **la geografía**,

imprescindible en mi método, siendo el ámbito natural el soporte material y espacial activo de un hábitat humano. Los principales rasgos de la fisiografía determinan la provisión de particulares medios naturales de producción, y por ende inciden en la vida material y las prácticas cotidianas de una sociedad. Adicionalmente, comprobé por experiencia propia que **el conocimiento previo de la geografía, a veces resuelve de entrada gran parte de mis enigmas.**

Eso es lo que ocurrió para la buena ventura, donde para decriptar el origen del asiento tuve que descartar las especulaciones para enfrentar situaciones concretas. Es cuando resultó esclarecedor el cruce de la información geográfica y cartográfica con los datos más antiguos y confiables de la documentación histórica; es decir mediante un empalme entre los aportes de dos disciplinas del conocimiento.

Entonces se verificaron varios hechos: la fragilidad de las pequeñas embarcaciones del siglo XVI, con continuos naufragios en aguas del Pacífico: el temor y la obsesión de los navegantes por encontrar aguas seguras en el abrigo natural del fondo de las bahías (la “buena ventura”); eso para unas naves que no pasaban de 1.000 arrobas de capacidad (12-15 toneladas); embarcaciones que no exigían más de cinco brasas de calado (ocho metros); profundidad que los exploradores encuentran, con máxima protección en la zona de marea de bocas de ríos.

Luego me interné en la trayectoria de la demografía vista desde el concepto axial de **fuerzas productivas** en desarrollo continuo; recorrí la agitada historia política nacional y sus peripecias durante un siglo largo, pero mirada como episodio localizado de **la lucha enfrentando las clases sociales**; eché una mirada al contexto externo y las movidas relaciones internacionales, los vaivenes y los altibajos de la economía exportadora; registré los actores y protagonistas que entran y salen del escenario isleño; y algunos tópicos más. No desprecié las escasas pero preciosas huellas gráficas o pictóricas. Hice una última revisión bibliográfica que me aportó nuevos datos aunque pocas ideas.

Por fin salí del tortuoso túnel. Reunido y ensamblado bien que mal este acervo, y manejando el **concepto dialéctico de la contradicción interna**, terminé con algunas re-

flexiones sintéticas formuladas a manera de tesis generales. A eso se resume una aventura del conocimiento vivida por un carpintero; y su feliz finalización después de tres años de labores, con el paso de la obra negra de la indagación a la obra blanca de un libro.

Curiosamente, inicié estas andanzas convencido de una penuria absoluta de información escrita y gráfica. Pero sucedió todo lo contrario y muy rápidamente me encontré hundido en profusa documentación. Inicialmente mi propósito se limitaba a la configuración material y física del lugar, la inscripción de un asentamiento en un espacio natural, su modo de expansión, su urbanismo y los determinantes de su arquitectura. Por eso apenas usé una mínima parte de los archivos locales del Cabildo, de la parroquia y de la notaría.

En Cali donde queda conservado (y más botado que conservado) el archivo del FFCC del Pacífico (y la cartografía), apenas realicé algunas cortas exploraciones, y lo mismo en Popayán. Pero no escarbé los archivos nacionales en Bogotá, ni consulté aquellos de Quito. Por eso, después de tres años de labores, el libro solo expone las respuestas a mis primeros interrogantes; pero en rigor este ensayo no es más que una introducción : **una exploración y un acercamiento al tema.**

No obstante se logró el objetivo de esclarecer unos oscuridades; como son los pormenores de un proceso portuario y urbano que brota de unas primeras semillas autóctonas, es decir raizales - hay que insistir en eso - hacia 1820; que experimenta un progreso lento contrariado y constreñido por una serie de obstáculos, y por lo tanto solo adquiere su manifestación material tangible y su consolidación definitiva hacia 1930-33.

En el momento de cerrar el estudio , entre los logros más relevantes del trabajo pude resaltar unos hallazgos originales y formular unas tesis finales . Una muy somera descripción de la geografía del lugar permitió caracterizar la *contradicción* entre el sitio y el nuevo proyecto, la “distancia” y la oposición entre el espacio y la sociedad; fenómeno del cual resultó la mayor parte de la problemática que hoy vive el extenso conglomerado urbano insular-continental.

LAS FUENTES CONTAMINADAS

Un académico de provincia, a propósito de una fundación controvertida, contra la evidencia de los datos provenientes de los documentos, incluso negando el testimonio de un protagonista, defiende a capa y espada una fecha imposible y un lugar que no fue. Le toca entregarse, inútilmente, a una laboriosa gimnasia, con numerosos “es probable”, “es de suponer”, “posiblemente”, “al parecer”. De paso, elimina alegremente a los autores, y desconoce los documentos, que podrían contradecir una hipótesis construida a priori y con hormigón reforzado. Ante las evidencias más testarudas, desprovisto de fuentes fidedignas y de pruebas fehacientes acude y se aferra a “la tradición”; en este caso, un error de reciente origen, luego repetido y transmitido, multiplicado y así, por arte de magia -estilo Goebbels- vuelto verdad. Contra los hechos, elige la fantasía imaginativa.

¿Por qué actúa así? Sencillamente, porque aceptar la veracidad y la exactitud históricas, equivale a correr el riesgo de ver derrumbada la estatua de su héroe; un conquistador muy ordinario y “segundón”; y la biografía de este, que constituye su obra de una vida entera. Allí celebra un rufián que terminó su vida de fechorías condenado a muerte por la Justicia Real, por amancebado, exterminador de indios, asesino de españoles rivales, ladrón del Tesoro real, adulterador de repartimientos de encomiendas en beneficio de sus hijos bastardos ; además interceptaba el correo enviado a la Corte, y como si fuera poco no cumplía las órdenes de su Majestad.

De tal modo que el autor dedica más de quinientas páginas fastidiosas a la sinuosa biografía de su héroe; un grueso volumen plagado de torpes falsificaciones y omi-

siones, para hacer coincidir su personaje con la idea que él quiere legar: que Benalcázar fundó (o mandó fundar) **Neiva, Timaná, Popayán y Cali, Buenaventura, Anserma, Caramanta, Cartago, Arma, Santa Fe de Antioquia**: nada menos. En realidad, con múltiples contradicciones, su propio texto evidencia que el tal fundador no estuvo físicamente presente en ninguna; que en la cadena jerarquizada de las decisiones, es tan válido atribuir tales fundaciones al Rey o a Pizarro; y que muchas de éstas fundaciones, obra de sus rivales, fueron realizadas por distintos jefes de bandas sueltas y enfrentadas, contra Benalcázar y sus órdenes.

El autor es un académico admirado, respetado y celebrado por los suyos. Estos, sólo le pedían reafirmar contra vientos y mareas, la anterioridad de Cali sobre Popayán, vieja disputa provincial de fines del siglo XIX que se inscribe en la lucha política y económica de la primera para sacudir la tutela y el poder de la segunda. Entonces, sus amigos y su clase quedaron satisfechos. Pero la historia sale muy maltratada por el malabarista. Su libro es lo que llamo una fuente envenenada ...

En otra oportunidad, cometí el error de confiar demasiado en mi fuente. Posteriormente aprendí a manejar con sumo cuidado los relatos de los viajeros extranjeros del siglo XIX cuando describen los poblados y ciudades. De hecho resultan generalmente con poca curiosidad: siguen un camino malo y único, del cual nunca se desvían, ignorando los lugares donde no pasa éste. Desde Mellet, Mollien y Hamilton hacia 1820-25 hasta Holton, Hettner o Rothlisberger, todos ignoran a Caloto. Entre Popayán y Cali, encuentran el “crucero” de Quilichao o de la hacienda de Japio, dejando de lado Caloto, escondida en el rincón de un pliego entre dos costillas de la cordillera. Describen Palmira, Cali, Quilichao y Popayán pero no vieron a Caloto. Me tocó reconstruir -aunque de manera imperfecta- la historia del camino del pie de monte, desde Quilichao hasta Candelaria y Palmira, para elucidar esta carencia.

Otro caso surgió de un desvío en mi camino exploratorio. En algún momento el estudio urbano de Barrancabermeja me obligó a regresar hasta su fundación, cuyo recuento hizo imprescindible devolverme a la cronología de la Concesión De Mares. Aún

faltaba un paso hacia atrás, y así terminé en Washington y Panamá, metido de pleno en los asuntos que rodean la secesión del Istmo y el vergonzoso tratado Herrán-Hay.

Cualquier día, leí en el «Chibcha Times of Bogota» el artículo de un renombrado académico costeño; una reseña del trabajo de un historiador norteamericano (La Crisis de Panamá, 1900-1904, de Thomas Dodd), develando, a partir de la correspondencia de Tomás Herrán (que había sido entregada a la Universidad de Georgetown por su viuda a solicitud de un norteamericano “para proteger el nombre del señor Herrán de cualquier manera posible”), su triste papel en la liquidación del Istmo.

Muy respetuoso de “Don Tomás”, se muestra visiblemente disgustado el historiador oficial de Panamá y de Cartagena. En primer lugar, lo incomoda ver revelados por otro historiador sucesos que causan sensación y que él ignoraba; en segundo lugar, se molesta que un extranjero los publique, y peor aún sin su autorización, lo cual lamenta en estos términos:

“... creo que, en vez de un favor, la publicación de sus papeles, lo que ha hecho es un daño y bien grande a su memoria ... aparecen dos hechos nuevos -por lo menos para mí- que habría sido mejor que se quedarán definitivamente en la penumbra, para bien de la memoria del señor Herrán”.

En resumen, para el historiador costeño prevalece la reputación de un estadista sobre la verdad histórica, y dictamina que sería mejor para toda Colombia seguir ignorando definitivamente la felonía del “pillo de buena familia”. Quizá no sobra recordar aquí que fue acusado de alta traición y de “vendepatria” por el Congreso e incluso, según el propio académico, un senador dijo en el Capitolio que *“para criminales de esa laya, la horca les viene chica”*. De tal modo que es por lo menos curioso ver a un historiador **exaltar no el conocimiento de los acontecimientos sino por el contrario su ignorancia; no su revelación sino su ocultamiento**. No busca la luz sino que explícitamente recomienda la sombra, “la penumbra”. Ciertamente, más que el pobre Herrán, sale muy mal librada del asunto su clase en general; la cual es la clase para la cual trabajó servilmente el citado académico durante medio siglo.

En cuanto a los hechos son de una sencillez patética. Se nombró Encargado de la Legación de Colombia en Washington, (sin cargo diplomático de alto rango, pero dejando a este funcionario la responsabilidad de tomar decisiones importantes) el hijo y nieto de dos presidentes (Herrán y su suegro Mosquera), criado en los Estados Unidos, socio de banqueros y mercaderes de Medellín por alianza matrimonial, y que en algún momento confundió los negocios con la diplomacia. Terminó vendiendo como en cualquier feria ganadera andina, un pedazo de Colombia, cortándole el brazo al país. No era la primera vez, no sería la última. Pero no hay aquí nada nuevo, y todo eso se sabía desde principios del siglo. Lo que no se sabía es que Tomás Herrán es nombrado por el Presidente Marroquín en la embajada de Colombia en Washington, **después de haber sido durante siete años Cónsul de los Estados Unidos en Medellín**. Dicho con otras palabras un *factótum* indígena de los Estados Unidos en Colombia, luego pasa a ser empleado de Colombia en Estados Unidos.

“Es este un caso triste para el honor nacional”, escribe el historiador cartagenero, pero no lo califica como delito. Sencillamente descubre aterrado que en el Tratado Hay-Herrán no actuaron dos naciones sino que *“Estados Unidos había firmado un Tratado consigo mismo”*. El hecho es que la familia Herrán tenía desde medio siglo atrás su ambiente de vida social, de amistades y de negocios en los Estados Unidos. Pedro Alcántara sería Embajador en Washington en tres períodos totalizando diez años y su hijo Tomás al parecer, a los 25 años apenas había pasado los cuatro primeros en Colombia. Pues su padre, entre 1850 y 1855 había montado en New York un negocio de importaciones con su suegro Tomas Cipriano Mosquera. Tomás y cuatro de sus seis hijos morirían en los Estados Unidos. Además padre e hijo llevaron una vida de gitanos de embajada en consulado, en distintos países: Perú, Chile, Inglaterra, Hamburgo.

Cuando Herrán defiende repetidamente la posición del Secretario de Estado de los EEUU Hay sobre el Tratado, actúa en forma natural y convencida. El mismo mundo de sus amistades de juventud, o más recientes, en Estados Unidos, lo presionan a diario para que tome determinada decisión. Tenía necesariamente, con los antecedentes de

su vida privada, que ser un embajador de los Estados Unidos en Washington, contratado eso sí, en Colombia. En estas circunstancias, es casi un contrasentido cargar los Herrán de “vendepatria”: ¿cuál patria? Modelado por la civilización del Norte, Herrán no podía ser sino un agente doble. Theodor Roosevelt había decidido que si seguían regateando eternamente los colombianos, firmaría con Nicaragua. Para Herrán este chantaje significa elegir con «patriotismo» el canal por Colombia; en las condiciones que sean, aunque bajo el ultimátum dictatorial. Con esta dialéctica cruel se convierte en mensajero transmitiendo dócilmente a Bogotá los deseos y la presión de Roosevelt. Es la correa de transmisión del chantaje imperialista; actúa en forma “patriótica” para que el canal no escape del país en beneficio de otra nación.

En segundo lugar, Herrán desde Washington mantenía informado con un código en clave (reproducido en el libro), a unos socios y familiares de Medellín traficando con las divisas, especulando sobre las fluctuaciones del cambio originadas en sus negociaciones diplomáticas relativas a Panamá. La misma noche de la firma, de regreso a su casa en Washington, Herrán manda sin tardar un cable a su socio paisa, para recomendarle una especulación inmediata sobre la tasa de cambio. Efectivamente, a lo largo del libro abundan las cartas que evidencian explícitamente que Herrán favoreció a sus banqueros en Medellín, Julio Uribe, Vicente Villa, Germán Villa, Lisandro Restrepo; también Enrique Cortés su banquero en Londres -y que años más tarde, Embajador de Rafael Reyes en Washington se volvería otro “vendepatria”- ; y sus familiares Hurtado, el tío Embajador en Roma y el primo Vicente con cargo en París. Unos le proponen el negocio, otros le agradecen por el resultado. Curiosamente, Dodd no parece haber leído los documentos que publica, cuando dice: “*no hay evidencia que Herrán se benefició de este arreglo*”.

En definitiva, la lectura de la correspondencia demuestra que Herrán era un agente doble, o triple: al servicio de la Cancillería, su formación y su cultura lo llevaban a favorecer al adversario; además de eso comunicaba toda la correspondencia diplomática, incluso la más secreta, en primer lugar a los mercachifles antioqueños traficando con la tasa de cambio; finalmente, se transmitía la información al obispo de Medellín, amigo también de los Herrán.

Es lo que el académico costeño llama un hecho “*lamentable en grado sumo*”; tampoco lo califica de delito. En fin de cuentas, no le molestan tanto los hechos, pero sí su divulgación; no acusa al delincuente que los cometió, pero da un tirón de oreja al historiador que los denuncia. Pero tampoco es muy claro el propósito del historiador Dodd, profesor de historia en la misma universidad jesuita de Georgetown, donde estudió Herrán. Al parecer, el autor decidió publicar la correspondencia sin analizarla; como quien dice allí están los documentos, que juzguen ustedes. No obstante, tanto en su introducción como en las notas aclaratorias, muestra visible simpatía por su personaje; el lector llega a la conclusión de que la escogencia de las cartas se hizo con el propósito de rehabilitación del “traidor”. Dice haber reproducido “la mayoría” de las cartas tratando el asunto del canal, pero eliminó gran parte de la correspondencia “doméstica” del diplomático; aquella que más permitiría aclarar algunos enigmas de su vida privada que aquí dejan interrogantes. Dice Dodd, ésta es “una pequeña parte”, una selección de las cartas mandadas o recibidas por el diplomático. No sabemos si esta selección actúa en favor o en contra del personaje. El libro parece hecho a medias y deja un sabor de inacabado; uno termina sintiendo la necesidad de ir a revisar el archivo. Pero no es tan fácil armar una estadia de seis meses en Georgetown para destapar esta alcantarilla y tratar de descontaminar una fuente de aguas negras y particularmente nauseabundas .

Me detuve en el asunto por lo que ésta es, sin lugar a duda, la clase de historia tranquilizadora y anestésica que preconiza y practica la academia: una historia “de clase”, de “mala clase” en este caso. Con el cloro del escamoteo y de la amnesia, los lavadores de biografías las hacen “más blancas” ...

ERRORES POR MONTONES

He cometido cantidad de errores, de toda clase y por los más distintos motivos. Sigo cometiendo errores, pero por lo menos aprendí a no repetir el mismo.

Por lo general, me cuido bastante de las equivocaciones de fondo, como son las inexactitudes; pero soy muy vulnerable a las equivocaciones, digamos de forma. A menudo una idea válida no tiene un desarrollo llevado al nivel de su valor intrínseco y queda como subexplotada. La idea es buena pero está sustentada de manera torpe o incompleta; se nota un desfase entre el enunciado y su respaldo.

Más de una vez me ha tocado rectificarme. Un documento tan capital como definitivo, perfecto, inobjetable, llega a mis manos demasiado tarde. Destruyó por completo mi argumentación y me obliga a cuestionar lo que expuse cuando no lo conocía. Había sacado conclusiones apresuradas de una información escasa, o incompleta, y que datos posteriores contradecían.

Muy a menudo, en mi premura radica el origen del error. En diversas oportunidades me embarqué en la búsqueda de ciudades fantasmales y que resultaron míticas. El caso resultó bastante incómodo en una supuesta fundación de conquista caucana, sobre la cual, por descuido, me atreví a escribir algo en forma muy prematura, confiando en documentos que parecían seguros y veraces. En realidad, estos cimientos no eran muy firmes; acertados, eso sí, pero insuficientes. Luego, por casualidad, ojeando un documento en el Archivo Nacional, descubrí mi error; me tocó recortarle como dos siglos a la trayectoria de Caloto. Había cometido el error grosero de asociar la fundación de Caloto de 1587

con la geografía en la cual se asienta la Caloto actual, creyendo entonces que se trataba de la fundación definitiva. Hice un dibujo de la planta del pueblo según los datos de 1587, en un lugar que no era. Un folio del AHNC echó todo por tierra; una visita de un funcionario real en 1787 y una sesión del cabildo en 1793, revelaron una realidad muy distinta. Estos papeles eran inobjetables: me convencí que la Caloto actual surgió hacia 1700. Entonces, afloraron cantidades de contradicciones entre mi dibujo y la realidad. Más grave aún, tuve que “desplazar” a Caloto como conjunto social, ya no era “ciudad de españoles” del siglo XVI, sino “villa de mestizos libres de todos los colores” del siglo XVIII, es decir, algo muy distinto, incluso antagónico, y que exige de mi parte una mirada distinta. Por eso me tocó rectificar lo que había dicho. Pues una Caloto en 1587, sería fundación de soldados españoles vueltos encomenderos ricos, con mano de obra servil, y recibiendo tributos. Una Caloto del siglo XVIII ignora los rituales legales y no se funda; no se beneficia con la Encomienda, y sus moradores son indios, es decir, agricultores mestizos y pobres en su casi totalidad. Y su pueblo es distinto y sus casas son diferentes; no son mansiones sino chozas.

Otra clase de error tiene que ver a la vez con mi método y con mi premura. Tengo la costumbre de buscar en los hechos repetitivos la perennidad de un fenómeno; entonces, este último se va asentando y va tomando firmeza. Conseguido un determinado volumen de datos, puedo reflexionar con acierto y concluir con algo de sensatez.

Retomando el caso de los ejidos de Cali, logré poco a poco construir una secuencia, desde 1706 hasta hoy, como dije anteriormente. No obstante, en el momento de concluir encontré “huecos”, es decir, vacíos en la continuidad, un período sin información, más o menos entre 1870 y 1915. Consciente de eso, sin embargo, me atreví y construí algo en pocas páginas; al rato alguien vino, me preguntó, leyó eso, se lo llevó y enseguida lo publicó.

Pero al mes, esculcando en el Archivo del Ministerio de Gobierno las guerras de las petroleras, encontraba por casualidad un magnífico documento de abril 14 del año de 1897 que colmaba el vacío. Se trata de un memorial de moradores firmado en forma

masiva por 115 vecinos y 2 mujeres; dirigido al Ministro, informa que el Personero de Cali teme a los ocupantes y propietarios de los ejidos en razón de su *“número, riqueza y posición social, que dan prestigio e influencia a los actuales detentadores de los Ejidos... y que de allí surja algún resentimiento personal contra el empleado”*.

Es un documento capital para reforzar mi concatenación, y desde luego mi argumentación relativa a la persistencia histórica de la lucha colectiva y popular en defensa de los ejidos de Cali. Pero llegó más tarde que mi prisa ...

En otra ocasión, engañado por libros de “historiadores” que resultaron ser periodistas fracasados o famélicos y tinterillos jubilados, busqué desesperadamente en el litoral una Buenaventura hispánica y colonial que nunca fue fundada, por ningún conquistador, es decir, que nunca existió, ni en la costa ni adentro, ni en los papeles y tampoco en la geografía; es tan ausente de los manglares como de los documentos. En este caso mi error fue perder tiempo en busca de un espejismo. Pero no me arrepiento, eso me obligó a restablecer paso a paso y meticulosamente, algo poco conocido. Quizá no será del agrado de las autoridades locales, puesto que desaparece del calendario de la ciudad el día de fiesta consagrado al “aniversario de la fundación”.

Trabajar con fenómenos recientes no me asusta de manera particular, pero sí me obliga a considerar con sumo cuidado su posible desarrollo futuro. Supongamos que detecté algún ciclo; mediante su seguimiento, lo llevo desde tiempos atrás hasta hoy, y desde su surgimiento hasta su aparente extinción. ¿Quién puede asegurar que consideré la totalidad del ciclo? Quizá su desenvolvimiento esté incompleto y tendrá en el futuro una fase final que aún no se dio.

Cometí este error, particularmente burdo e imperdonable, con lo que llamé “el efecto Chapinero”. Seguí este barrio y este fenómeno desde sus inicios hasta su apogeo, y luego su rápida decadencia. Observaciones en varias ciudades permitieron afirmar la tipicidad de este modelo de barrio en varias ciudades, Cartagena, Barranquilla, Cali, Medellín, Bucaramanga, entre otras. Este respaldo empírico me llevó a enunciar “el efecto Chapinero”, considerada su decadencia como fase final, lo cual era más que un descuido,

una tontería idealista. Me apresuré, cuando tenía que esperar y detectar la fase actual, nueva, de “la reconquista y del reciclaje”, para darle algún calificativo. Allí me equivoqué de manera grosera; como quien dice que en el semáforo de la carrera 13 con 65, se paró el movimiento y se detuvo la dialéctica.

Y cometí con frecuencia errores de tipo operativo; el más grave es olvidar una pregunta o una consulta documental, por razones prácticas, puro descuido, falta de tiempo o algo así. Después me doy cuenta de que algo falta, pero ya es muy tarde y resulta difícil, incluso imposible, volver a la fuente informativa.

NO SOY NEUTRAL

Después de años de prácticas investigativas en el campo de la planificación urbana y del origen y morfología de los hábitats, constato que no conozco, hasta hoy, una fuente neutral de información, y un solo dato que no esté viciado de entrada por su parcialidad. Es más, observo a diario cómo, en Ciencias Sociales, interferido por la doble carga ideológica de su productor y de su usuario, el dato nunca es neutral, sino por el contrario doblemente parcializado. Ni siquiera son neutrales los inocentes grupos de edades que nos proporciona la oficina estatal de estadística, y con los cuales elaboramos una sencilla pirámide demográfica.

Entonces, si el dato que me llega no es neutral ¿por qué tendría yo que ser neutral frente a él? Prácticamente, sería quedarme pasivo y desarmado frente a un dato activo.

Bien sea trabajando por sencillo deseo personal de conocimiento, bien sea con un compromiso frente a los demás, nunca soy neutral. Producto de un lugar, de un momento, de una civilización, de una clase, soy histórica, biológica, cultural, social e ideológicamente definido. Me formé en una determinada manera de concebir el mundo y la sociedad, a partir de mi inserción en ella. Pretender a la imparcialidad y a la neutralidad sería engañarme, antes que mentir a los demás. Sería además dejar libre paso a los que me exigen “imparcialidad”, por beneficiarse de mi “objetividad”; quieren verme neutral para tenerme neutralizado, mejor decir desactivado. No soy neutral, y aunque culturalmente distanciado por mi condición de “observador extranjero”, soy testigo y protagonista mediante mi vida social y sus prácticas cotidianas. Como voy a ser neu-

tral observando las múltiples manifestaciones del caótico combate social urbano que se apoderó de un país. Sería como en la fábula, no tomar partido entre el lobo y la oveja.

“Hay que tomar distancia de los aconteceres, dejar que pase el tiempo y las pasiones, que emerjan los documentos, uno no puede ser cronista neutral de lo que fue protagonista o testigo presencial”, etc. Estos son los consejos y objeciones que se oyen a diario. ¿Hasta dónde llegarán estos dictámenes y prohibiciones? ¿Será que debemos descartar a Cieza de León? Porque de pronto, podría yo solicitar de los historiadores una “distanciación espacial”; argumentar que la presencia física en el lugar no es garantía alguna; también impide la “necesaria distancia” e invalida el trabajo de los historiadores colombianos y así, sin más ni menos decretar que solamente es válida y “científica” la producción aséptica, imparcial y objetiva “de los blancos”, con su máxima “distancia” geográfica; allá en sus incontaminados laboratorios en Oxford o en La Sorbona. ¡Qué tal!

Considero que historia es lo que ya ocurrió, y a priori, no me causa dramas de conciencia el hecho que haya sucedido en 1693 o el miércoles pasado. El resto es asunto de mi capacidad o talento, para colocarme al nivel de estas diferencias, y buscar el enfoque adecuado.

En cuanto a la interpretación, en parte depende de las metas del investigador y de su actitud frente a la información. Si hago un recorrido por las colecciones de los periódicos colombianos desde principios del siglo, constato sin mayor dificultad la presencia insistente de un tema: el café. Trátase del volumen exportado, previsto o esperado, de buena o mala cosecha como consecuencia de la sequía o del invierno, de sus precios en Nueva York, de las cuotas autorizadas en la bolsa mundial de los compradores, está presente el grano en los titulares de primera plana de la prensa regional o nacional, desde los años veinte, por lo menos, hasta estos días de fin del siglo.

De lo anterior puedo sacar mil conclusiones de toda índole y hasta opuestas, pesimistas u optimistas, según que proceden de los labradores o de los compradores, de los exportadores, de las tostadoras, de los transportadores, de los banqueros, del Estado o de la Federación. Lo que me interesa, en primer lugar, es tratar de sintetizar esta multi-

plicidad tan contradictoria. Pero lo que más me resulta útil, es a través de unos setenta años de titulares de prensa, comprobar una constante: la angustia cotidiana y permanente de un país bajo tutela, y pendiente a diario de decisiones externas.

Veinte años de trabajo con fuentes elaboradas por los demás me convencieron que ninguno de ellos actuó al margen de sus convicciones, distanciado de su formación, de su situación social y de su ideología, la cual es por lo general la ideología impuesta por la clase dominante. “Dominante” por lo que al parecer la ideología respeta la ley de Newton y se mueve de arriba hacia abajo, y desde “los de arriba” hacia “los de abajo”.

¿Qué derecho tienen de exigirme imparcialidad y una supuesta objetividad, aquellos mercenarios baratos que laboran a destajo para reforzar o perpetuar la ideología del poder y mantener el *statu quo* ? ¿Y qué derecho tienen de exigir mi objetividad, aquellos que me proporcionan una información y unos datos alterados, adulterados y parcializados por su ideología y sus intereses?

Registrando sucesos, recolectando hechos y datos que me proporcionan las fuentes (como se vio siempre ideológicamente “contaminadas”), procedo a su conexión coherente. Luego los analizo y finalmente los interpreto a partir de mi formación como practicante de una determinada disciplina, y como ser social con determinada concepción del mundo; en este caso el materialismo dialéctico e histórico. Así, sumándose el conocimiento adquirido, con mi visión y mis convicciones, voy construyendo mi explicación.

Encuentro un padrón de población, digamos de fines del siglo XVIII, y tropiezo con el hecho de que el empadronador, en su parrilla situó los individuos mezclando categorías sociales, de oficios o epidérmicas, a partir de una clasificación meramente sensorial y arbitraria; blanco, paseto, pardo, labrador, eclesiástico, esclavo, libre, hortelano, mulato, zambo, noble, español, indio, chino y china, estanciero, montañés, mestizo, liberto; con este revoltillo que no es gratuito.

Brincando siglos, encuentro en el último censo nacional de población el formulario destinado a la vivienda; alguien puso en sus categorías clasificatorias de construcciones la “casa en mármol”, así; incluso figura dos veces, con piso de mármol, y con muros

en mármol... Qué nos importa que en un parque nacional de construcciones sumando millones de casas, se hallan diez forradas en mármol; siendo que además el “cafre” contratado como “experto”, confundió muros portantes con enchapado.

Otros, en el DANE, deciden levantar un censo especial de los “indígenas” y queda claro que los criterios del “especialista”, tenían como primero objetivo que él no apareciera clasificado como indígena. Unos llegan a Silvia o al Baudó y ven un “indígena” donde veo un campesino, es decir, en primer lugar un segmento social. Y me pregunto; ¿quién es “indígena” en Colombia? ¿Y quién no lo es? Nadie hasta hoy me ha contestado; sencillamente porque la palabra está adulterada y su sentido original y etimológico viciado; alterado por su misma carga ideológica.

Algo parecido ocurre estos días con “criollo”. Me acuerdo de un lapso ideológico muy característico en Medardo Rivas:

«El capitán Hernán González ... casado en Facatativá con la india Firavita ... y padre de una hermosa niña criolla».

Utilizaba el calificativo pantalla, para no usar el término correcto de mestiza, vedado en el mundo social del autor.

En definitiva, diría como Sartre; el problema no es de los indígenas sino de aquellos que ven indígenas. Acabo de terminar con Gilma un trabajo sobre los hábitats de colonización del Atrato y en un informe de 250 páginas sólo figura una vez la palabra negro; es que antes de ver negros vimos campesinos “neoafricanos” en situación social, jurídica y laboral de colonos y labradores, más que en situación étnica.

En resumen, para no alargar y más bien concluir esta multikilométrica exposición, hice mío lo que señalaba en el siglo XVI el poeta François Rabelais:

«Ciencia sin conciencia no es sino ruina del alma».

Cuatro siglos después, no era tan distante este postulado que comparto plenamente y que formulaba hace veinte años Manuel Castells en un libro (La cuestión urbana) que fue efímera Biblia de Facultades, y que víctima del canibalismo universitario terminó injustamente en las canecas del olvido:

«No hay teoría del espacio al margen de una teoría social general, sea esta explícita o implícita».

ENSAYO PRESENTADO EN:

- Conferencia dictada en el Seminario «El oficio del Investigador», Facultad de Ciencias Sociales, Universidad del Valle, Cali, mayo de 1989.
- Ponencia , VII Congreso de Historia Colombiana, Popayán, 1990.
- Artículo , Revista Planta Libre N° 3, Universidad del Valle, Cali, 1990.
- Magíster de Sociología, Universidad del Valle, Cali, abril de 1991.
- Banco de la República, Medellín, agosto 12 de 1991.
- Magíster en Historia, Universidad Nacional, Bogotá, marzo 4 de 1992.
- Casa de la Moneda , Bogotá, 1992.
- Taller urbano, I . P. C. Medellín, octubre 22 de 1992.
- Conferencia, Feria del Libro, Medellín, marzo 20 de 1993.
- Postgrado en Historia, UPTC, Tunja, abril de 1993.
- Encuentro Nacional de Investigación Urbana, ESAP, Bogotá, agosto de 1993.
- Departamento de Historia, ULS, Bucaramanga, octubre 27 de 1993.
- CETEC, Cali, junio 29 de 1994.
- UPTC, Tunja, 1998.
- Universidad Nacional, Manizales, septiembre 2001.
- Universidad Nacional, Medellín , 16-17 de octubre 2001.
- Univalle , Dpto de Geografía, marzo 20 de 2001.
- Univalle, CALI, Humanidades, febrero 6 , 2004.
- Cali, Universidad Autónoma, febrero 17 , 2004.
- Quibdó, UTCH, diciembre 5 , 2005.
- Univalle, Cali, Maestría en Urbanismo, octubre 2011.
- Barranquilla, Uninorte, Maestría en Urbanismo, Febrero 2012

CONTENIDO

	Pág.
<i>EL INVESTIGADOR</i>	7
<i>LOS INFORTUNIOS DE UN INVESTIGADOR</i>	9
<i>DESCRIBIENDO LA TRAYECTORIA</i>	21
<i>UNA HISTORIA ACTUANTE</i>	26
<i>...Y UNA GEOGRAFIA ACTIVA.</i>	35
<i>EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO: LA PERIODIZACIÓN</i>	37
<i>EN BUSCA DE UNA TEORÍA ; LAS FORMACIONES SOCIO-ESPACIALES.</i>	44
<i>LOS ESPACIOS HISTÓRICOS.</i>	48
<i>UNA PAUSA</i>	56
<i>LO TÍPICO Y LO ATÍPICO</i>	59
<i>ALGUNAS REGLAS</i>	67
<i>DEL MALTRATO A LAS CIFRAS.</i>	75
<i>LA PREGUNTA.</i>	83
<i>HECHOS, FENÓMENOS Y LEYES</i>	96
<i>DE LA MUY DISCRETA CARTOGRAFIA</i>	117
<i>TRABAS Y ESCOLLOS</i>	127
<i>EL PRODUCTO, SU COMUNICACIÓN Y SUS USUARIOS</i>	137
<i>FUENTE ORAL Y TESTIMONIO</i>	151
<i>EL EJEMPLO DE TULUA</i>	162
<i>ITINERARIO DE UNA BÚSQUEDA ; EL CASCAJAL.</i>	165
<i>LAS FUENTES CONTAMINADAS</i>	168
<i>ERRORES POR MONTONES</i>	174
<i>NO SOY NEUTRAL</i>	178



JACQUES APRILE-GNISET

Urbanista francés. Ha sido profesor en la Universidad Nacional de Colombia, Universidad del Valle y otras instituciones de educación superior del país. Es conocido como el historiador de la ciudad colombiana por sus obras sobre urbanización de varias regiones del país, muchos de ellas en coautoría con la arquitecta chocoana y su esposa, Gilma Mosquera Torres. Su serie "La ciudad colombiana" ya lleva cuatro volúmenes.